



MORUENA ESTRÍNGANA
INFINITAMENTE TÚ

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2018

© 2018 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

Corrección: Elena Hernández

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A mi marido y a mi hijo, os quiero.

Prólogo

Christian firmaba su primer contrato discográfico pensando que era lo mejor que le podía pasar en la vida.

Al fin se cumplía su sueño.

Todo iba a salir bien.

Nada podía ir mal. Al hombre de la agencia discográfica se le veía serio y comprometido con él. Les había encantado su trabajo.

Sellaron el trato con un apretón de manos y una mirada intensa. La de Christian cargada de ilusión y sueños, la del otro de ambición. Algo que el joven no vería hasta que fuera demasiado tarde.

Es lo que sucede con los sueños y con tu deseo de cumplirlos sea como sea. Que en nuestro camino hacia ellos a veces te encuentras con personas que se aprovechan de tu ilusión para lucrarse y reírse de los que luchan por creer en la buena fe de las personas.

Christian no era consciente del mundo de buitres donde se estaba metiendo.

Y que esa mirada verde llena de ilusión poco a poco pasaría a ser la de un hombre que no se fiaba ni de su sombra...

Capítulo 1

Lisa

Cuelgo el teléfono y miro a Lilliam y Delia, que me miran como si me hubieran salido dos cabezas en esta llamada.

—Bueno qué, ¿nos vas a contar por qué tienes esa cara?

Delia coge una galleta y me mira curiosa. Es increíble que esta pequeña solo tenga ocho años, en sus ojos se ve tanta inteligencia que puedes acabar por confesarle hasta tus secretos más oscuros. Claro que no lo haré. Es solo una niña.

—Me ha llamado la madre de Christian... El cantante de moda con esa cara de chulito de playa...

—Sé quién es Christian sin que añadas adjetivos dañinos, y Delia también porque le gusta su música.

—No me gusta nada su música —dice la pequeña dejando mal a su madre. Me entra la risa—, es verdad —dice al ver cómo esta la mira—. Son canciones hechas para vender que no muestran corazón. Y es un viejo.

Me río, yo pienso como la pequeña, pero no en lo de viejo, ya que Christian tiene treinta y dos años y yo treinta. Pero en el resto es así. Sus canciones no tienen alma.

—Creí que te gustaba —dice con una sonrisa Lilliam a su hija—. Te he visto escucharlo...

—Para hacer un experimento social de por qué gustan ese tipo de canciones a las generaciones de hoy. Idea de papá.

Me río por la cara de Lilliam.

—Debí haberlo imaginado. —Da un beso a su hija, feliz de cómo es y de que haga este tipo de cosas y sobre todo de que no mienta—. Bueno, sea como sea, aclarado la madre de quién te ha llamado. Dinos para qué.

—Para que le haga de *personal shopper*. Están en la ciudad para preparar la gira de su hijo y quiere que la ayude. Que le han hablado de mí y eso... Claro, porque soy la mejor —digo dándome el pegote. No lo soy, pero

me gusta decir cosas así para subirme la moral.

—Eso nadie lo duda —me dice mi amiga—. Y me parece bien, te va a dar currículum...

—Y a ti, porque pienso llevarla a tu tienda para que le diseñes cosas.

—Me encantará. He visto en la prensa que es una mujer muy guapa.

—Sí, no tiene más de cincuenta y cuatro años. Tuvo a Christian muy joven.

—Sí, eso dice la prensa. Va con él a las giras que puede. Parece una buena mujer.

—Sí, eso parece, por eso le he dicho que sí.

—Y si se deja le harás fotos para tu Instagram —dice Delia—. He visto tu vídeo de hoy.

—¿Te ha gustado mi modelito? —le digo con una sonrisa sabiendo qué me dirá.

—Estabas graciosa... Y si me preguntas por la ropa era rara.

Me río, a lo que ella llama «rara» es a un vestido tipo *pin up* diseño de Lilliam.

Desde hace unos meses, para hacerme currículum, decidí subir mis modelos a las redes sociales. Y mi cara de recién levantada o de borracha... Sí, una noche tras una fiesta con Maddie donde se me fue un poco la mano con la botella. Llegué a casa y me hice fotos con esa cara de oso panda por el maquillaje corrido. Juro que en mi mente pensaba que estaba preciosa y deseable.

El espanto fue tremendo al levantarme y ver las fotos y cientos de comentarios. De hecho, a raíz de esas fotos mis seguidores siguieron. Creo que más de uno quería ver a la colgada esa.

Desde entonces, subo fotos aun sin maquillar. La naturalidad reina en mi muro, y luego cómo quedo tras pasarme horas arreglándome. Creo que ver cómo paso de ser corriente a llamativa es lo que me da seguidores, ya que yo siempre digo que soy genial y maravillosa, pero no soy tonta para saber que soy más llamativa que atractiva. Pero oye, a quien no le guste que no mire. A mí me encanta cómo soy, y más sacarme partido con cientos de modelos diferentes.

Siempre me ha gustado la moda, pero hace unos años no estaba de moda

y decir que quería trabajar de esto era raro. O de alguien que estaba loco. Ahora se ha puesto de moda y ha hecho que yo no tenga tantos reparos en decir lo que me gusta y luchar por ello. Claro que me siento un poco cobarde por haberlo hecho ahora que está de moda y la gente lo ve a la última y no cuando hubiera sido una pionera. Pero hasta que decidí luchar por lo que deseaba seguía teniendo la esperanza de ser perfecta para mis padres. Hasta que me di cuenta de que desde que me acosté con el primer hombre sin estar casada ya les había defraudado por, como ellos me dijeron, ser una guarra.

Ya es agua pasada, lo tengo superado. O he aceptado que es mejor que ellos hagan su vida y yo la mía. Más desde que subieron esas fotos mías y me dijeron que en su casa no se me había perdido nada. Y lo más triste es que la gente de mi pueblo, la gran mayoría fieles creyentes, les dieron la razón.

Vivir en un pueblo tan pequeño con unos ideales un tanto antiguos ha marcado mi vida. Hasta que dejé de sentirme culpable por nada. Yo no he hecho nada malo. Malo es hacer lo que no deseas, no hacer lo que quieres y no arrepentirte de ello. Bueno, vale, me arrepiento mucho de besar tantos sapos asquerosos, pero oye, lo hice porque quise. En ese momento me dejé llevar por lo que sentía. O por mi deseo de encontrar el amor. Hace años que asumí que perdí ese tren hace tiempo. Y no he vuelto a besar más sapos. A causa de eso tengo treinta, una casa preciosa donde vivo sola y nada más. Estoy pensando comprarme cientos de gatos y ser la señora de los gatos... No, no lo haré. Me dan alergia. Pero he de reconocer que cada vez me veo más como una solterona tía de los hijos de mis amigas que madre con un par de niños.

Me despido de Lilliam y su preciosa hija y me voy a mi casa. Es el piso de Lilliam, se lo compré cuando ella se fue a vivir con Owen. Tenía un dinero ahorrado y así sabía que ella podía meterse en la tienda que tanto quería y ayudar a Owen con los gastos de la casa. Yo, por mi parte, en mi trabajo solo necesito un ordenador y mucho morro para escribir a todas esas mujeres que veo preciosas pero con poco gusto para la moda y tentarlas con mis propuestas. Mucha gente me ha bloqueado o escrito cosas horribles. Otras, por su parte, me han escuchado y luego dado las gracias por haberles ayudado a sentirse preciosas sin parecer disfrazadas.

Abro la puerta de la casa y echo de menos esos cientos de gatos. Al

menos saldrían a recibirme y me acariciarían. Y tal vez hasta dormirían conmigo y dejaría de sentir tan fría y vacía la cama.

Siempre puedo comprar gatos sin pelo... Creo que al verlos gritaría. Son... peculiares, la verdad.

Dios, creo que estoy perdiendo la cabeza.

Me quito todo el maquillaje y mi ropa y tras ponerme un pijama horrible me tiro a la cama sin saber si ver la tele, cenar o simplemente cerrar los ojos y dejar que pase otro día.

Al final cojo el móvil y me hago un selfi. Así, al natural, y con mi horrible pijama. La subo y digo:

Tras quitarme el maquillaje y un día más aceptar que sin la chapa y pintura soy del montón. ¡¡Que viva las chicas normales!! Así pasamos desapercibidas cuando no queremos ser vistas. ¡Ole yo! #Cómomolo #másguapaqueunamona #sinotegustóbórrame

Me río con los *hashtags* que pongo y subo la foto. En verdad es así, a quien no le guste que no mire.

Hablando de mirar... Busco el Instagram de Christian y miro sus últimas fotos. Como siempre, son impersonales, comerciales y no se ve nada en ellas que tenga alma. No sé cómo un día pude verlo atractivo. Fue leer su libro y darme cuenta de que era un cantante igual que cientos que solo quería vender y a quien no le importaba nada más y menos que ser único.

A ver qué tal me va con su madre. Tal vez le dé consejos para su hijo. Con esos pelos tan largos y desarreglados junto con la ropa parece que dice «mírame, pero no me toques».

Bloqueo el móvil y me meto en la cama para ver algo en la tele hasta que me entre el sueño, y seguramente me duerma con esta de fondo. Así no me siento tan sola.

Capítulo 2

Lisa

Entramos entre bastidores del escenario que están montando para el concierto de Christian su madre y yo, tras una semana de compras frenética. Se ha dejado hacer fotos encantada con todo. Y eso me ha dado muchos seguidores, porque mis fotos han salido en los programas de cotilleo... criticando mis estilos. Pero oye, para gustos colores, y lo bueno es que se hable de uno. Para mí que va perfecta con lo que le he elegido porque va natural y antes iba demasiado recargada, como si quisiera lucir todo lo que tenía. Menos es más siempre.

—Estás nerviosa por ver a Christian.

—Tanto que no sé si cuando lo vea lloraré como una fan loca y le pediré un hijo suyo.

Se ríe por mi broma. Ella las sabe pillar y eso me encanta de ella.

—Mira, ahí está el idiota de su mánager y productor.

—Amanda —le dice a la madre de Christian—, y tu...

—Te presento a Lisa, la encargada de que yo hoy luzca así de espectacular.

—Sí estás preciosa, sí —le dice tirándole los trastos—. Aunque ya eres hermosa.

—Tú que me miras con buenos ojos. —Se ríe atontado—. ¿Y mi hijo?

—Por ahí anda enfadado con unos cambios de nada.

—Seguro que con razón.

—Te aseguro que no.

—Raro era que estuviera arreglándose y dejando de parecer un pordiosero. —El mánager me mira—. ¿Usted se ha dado cuenta de que últimamente ha perdido fans? Es por esas pintas que tiene de dejado. No tiene la suerte de contar con alguien como yo que cuide su estilismo, claro.

Me mira de una manera que me hace darme cuenta de que le he dejado un órdago, y no sé si me apetece siquiera trabajar para este músico de tres al

cuarto.

—Y tú eres la mejor, ¿no?

—Para mí sí, claro. Pero si me vas a ofrecer que le cambie el estilo no sé si soy capaz de tratar con cosas imposibles. El que es feo lo es y punto. —Se ríe—. Christian no tiene arreglo.

—¿Ni pasando por ti? Pensé que eras la mejor.

—Lo soy...

—No me había planteado hasta ahora que podía haber perdido seguidores por sus pintas de dejado. Pero ahora que lo dices tienes razón. Estás contratadas. Te vienes con nosotros de gira.

Se empieza a ir.

—Espere un momento. Yo no puedo hacer eso...

—¿Tienes algo mejor que hacer? Te pagaré bien y te dejaré que digas que eres la estilista de Christian. Sé quién eres, te he seguido esta semana haciendo fotos a Amanda. Eres buena y tú has sido la que ha empezado esta charla. ¿De verdad no querías que acabara así? Eres ambiciosa y eso sé verlo enseguida. Ahora no te hagas la modesta y sígueme para redactar un contrato.

Lo sigo sin saber muy bien dónde me he metido. Me giro y miro a la madre de Christian y me sorprende verla con los pulgares hacia arriba y feliz con esto.

Está claro que me dará currículum, pero no sé si me apetece vivir entre músicos y *groupies* locas por Christian.



Salgo del despacho con este hombre, que me parece un mal bicho, cogiéndome del brazo. Quería hacerme un contrato de mierda, donde yo no ganaba nada salvo poder hacer fotos a Christian y poco más. Se ha pensado que por ser rubia soy tonta, y de tonta no tengo un pelo. A veces me lo hago porque me interesa hacerlo para poder observarlo todo sin que me presten atención, pero no lo soy. Por eso he conseguido un contrato muy bueno.

—Te voy a presentar a tu chico.

—Ese no es mi nada.

—Eso es bueno, que no quieras meterte en su cama.

—Paso de acabar con una enfermedad venérea, a saber con cuántas ha estado sin protección.

—Ni lo sé ni me importa, pero como deje hijos por ahí se olvida de mí.

«Menudo cerdo», pienso, y más cuando sonrío como si nada. No sé cómo lo soporta Christian, pero claro, todo sea por conseguir premios y llenar estadios de fútbol.

De hecho, hoy estamos en el campo de fútbol de Donovan. No parece el mismo con el escenario puesto.

Lo sigo hasta donde están los músicos y veo en el centro a Christian hablando con ellos enfadado. Está de espaldas y cuando se da cuenta de que se han callado todos se gira y mira a su mánager de una forma que me da escalofríos.

Lo hace hasta que se percata de mi presencia y posa su mirada en mí unos segundos. Los suficientes para que pueda admirar, para mi mortificación, sus ojos verdes y esa cara de adonis que tiene. Que sí, el tío está muy bueno. Dan ganas de recorrer su cuerpo con la lengua y una y otra vez y todo eso..., pero tiene el cerebro del tamaño de una nuez y paso de estar con alguien que tiene más grande el ego que la inteligencia. Por eso, por mucho que me lo como con la vista nada cambia en mí de lo que pienso de él tras leer ese horrible libro que, aunque odio dejar los libros, lo usé de posavasos hasta que se me calló una bebida encima y lo tuve que tirar destrozado.

—Christian, permíteme que te presente a la señorita Lisa, va a ser tu estilista a partir de ahora.

—No necesito a nadie que me diga qué debo o no ponerme.

—Lo necesitas. ¿Te has mirado últimamente al espejo? —Christian evita mirarse esa ropa que lleva.

Un vaquero y una sencilla camisa blanca. El pelo rubio lo tiene más largo que cuando empezó y, aunque puede llevarlo suelto, hoy lo luce con una pequeña coleta en la nuca.

—No pienso soportar tonterías de esta señora...

—Señorita —puntualizo.

—Eso es porque no has encontrado ni Dios que te soporte. —Me suelta de buenas a primeras.

—Más bien que no tengo ganas de soportar a idiotas como tú. Y los hombres buenos a mi edad o están cogidos o son gays.

—Ya, claro, a otro con otro cuento.

—Me da igual si me crees o no, no estoy aquí para ser tu amiga, solo voy a hacer mi trabajo.

Christian mira a su mánager y ambos se asesinan con la mirada dejando claro lo poco que se soportan, al final Christian se marcha. Está claro que la fama se la ha subido a la cabeza.

—Puedes darte una vuelta por donde quieras. Mandaré que te den un pase. Acostúmbrate, bonita, este será tu mundo ahora.

Se marcha y miro a los músicos, a los que me presento como si me encantara estar aquí y no me estuviera preguntando dónde diablos me metido y si merece la pena todo esto por conseguir mi sueño.

Es tarde cuando me marchó, y antes de hacerlo veo a Christian solo en el escenario con su guitarra, no puedo evitar hacerle una foto y subirla a mi Instagram, tengo permiso de su mánager para hacerlo. Lo hago y digo:

Este adonis de pelo rubio se ha convertido en mi próximo cliente, pienso domar a la bestia y hacer que deje de parecer un pordiosero que se ha caído en medio de un escenario y le importan una mierda los cientos de personas que pagan por verlo. ¿Me seguís en este cambio de look? #Hombresguaposconpococerebro #Nososugroupieamínomeponeelcantante #Mevoydegira

Lo leo todo antes de subirlo y sé que me voy a ganar muchos amigos... y un sinfín de enemigos. ¿Estoy preparada para el precio de la fama?

Capítulo 3

Christian

Entro al camerino de mi odioso mánager echando humo por las orejas. Abro la puerta y sonrío.

—Si no te gusta todo lo que te digo, ya sabes lo que hay. No me vengas con tus pataletas de mierda cuando sabes que no hay nada que hacer. O sigues o te marchas, pero ya sabes las consecuencias.

—Eres un cabrón. Lo soy y no olvides que gracias a mí eres lo que eres.

Me marchó de aquí una vez más odiando como nunca el haber firmado ese contrato. Esta no era la vida que yo soñaba. La que él me planteó. Todo eran mentiras para llevarme a ser un muñeco en sus manos y uno más entre cientos de cantantes como yo.

Yo no soñaba con esto.

Estoy llegando a mi despacho cuando veo a mi madre.

—Te va a venir bien lo del cambio...

—No lo haré. En la ropa era en lo único en lo que mandaba... Ahora no tengo nada. Un día ese capullo me dirá hasta cuándo tengo permitido ir al puñetero váter.

—¡Chris!

—Lo siento, mamá. No estoy de humor.

—No, no estás desde hace mucho tiempo.

Veó el dolor en los ojos de mi madre, trato de cambiar, de sonreír por ella. Lo logro a duras penas, pero es mi madre, ella sabe mejor que nadie que esta sonrisa es falsa.

—Todo irá bien, hijo.

—No, no lo haré.

Entro en mi camerino buscando un poco de paz. Escucho unos pasos y veo a una de las *groupies* que nos siguen sonreírme con esos labios rojo intenso. No la deseo, pero sí deseo por unos segundos perderme y olvidarme de todo.

Es por eso que cuando se alza y me besa me dejo hacer.

Lisa

Llego a casa y veo en la puerta a mis cuatro amigas esperándome. Voy hacia ellas y sonrío.

—¡Me voy de gira! —les digo sabiendo que por eso están aquí.

—Estás loca —me dice Maddie antes de abrazarme—. Ya has conocido al famoso Christian.

—Es una gamba, se utiliza todo menos su cerebro...

—Era menos la cabeza, y Christian tiene una cara preciosa —apunta Britt.

—Que vas a decir tú, casi te lo tiraste —le suelto.

—Qué bruta eres —me dice Abby con una sonrisilla.

Subimos a mi casa y nada más abrir cada una se va a su sitio en los sofás tras guardar las chaquetas en el armario. Saco unas bebidas y algo de picar y me siento para contarles cómo me he metido en este lío.

—¿Estás segura? —me pregunta Lilliam.

—Claro que no, pero así soy yo. Me lío la manta a la cabeza y lo hago. Va a salir bien, y mientras vamos de una ciudad a otra puedo trabajar con las personas de la zona. Lo tengo todo pensado.

—Seguro que lo pasarás genial —me dice Maddie, que hoy parece distraída—. A mí en unos meses se me acabará todo esto.

Las cuatro las miramos atentas.

—Vamos, di —le dice Britt.

—Si lo estáis pensando todas. Tengo una falta y el Predictor ha dicho que espero un bebé... —No puede acabar porque Britt se lanza a abrazarla y las demás le siguen.

Hago lo mismo y las abrazo. A Lilliam le entra la risa tonta y la miramos pensando que ha perdido la cabeza.

—Nos veo a las dos pariendo a la vez. —Agrandando los ojos asimilando que mis dos amigas van a tener otro bebé.

Se abrazan entre ellas y hago lo mismo. ¿Cómo se puede estar feliz y triste a la vez? Estoy supercontenta por ellas, el problema es que ver su felicidad me recuerda mi soledad y todo lo que no tengo y tal vez nunca lo

haga.

—¿Y cómo vas a llevar el trabajar y ser madre? Porque no es fácil — dice Maddie.

—Tal vez tenga que aparcar un poco mi trabajo, pero sin dejarlo de lado. No lo hemos buscado, pero ha venido y estoy feliz. Delia y Owen están muy contentos con la noticia y yo también. Podré con todo.

—Yo espero que también... Pero sé que deberé renunciar a irme de gira maquillando de un lado a otro. Quiero que mi hijo tenga una casa fija. No que su vida sea estar de un lado a otro. Por eso quería que llegara más tarde...

—No puedes decidir sobre el destino de tu hijo —le dice Britt—. Y cuando lo tengas te darás cuenta de que él es toda tu vida y ya habrá tiempo de todo lo demás. Podrás con todo, Maddie, solo deberás encontrar el modo. Yo tengo dos hijos y trabajo. Tal vez no tanto como antes, pero lo hago. No veas todas las cosas a las que renuncias, piensa en todo lo que ganas. Cuando lo tengas en tus brazos lo entenderás.

—Lo sé. Es solo que estoy algo asustada... Odio los médicos y ahora es un no parar... y Leo se va de promoción. No sé cómo llevará el no poder estar conmigo tanto como querría. —Tienes suerte, Lilliam. Owen y tú tenéis una vida con sueños normales y cada noche cuando te acuestas está a tu lado. Algunos sueños tienen un precio muy alto.

—Seguro que lo llevaréis bien —le dice Abby antes de darle un abrazo.

Maddie está algo desanimada. Se nota que quiere ser madre, pero tiene miedo de todo a lo que renuncia y a que cuando Leo esté de viaje ella será la madre y el padre del bebé. Es normal que le inquiete todo esto. Britt al menos tenía a Donovan cada poco tiempo y dormía en casa. Leo se tira meses de rodaje y de gira.

Se quedan un rato hablando de los bebés y de los niños que ya hay en el grupo. No digo nada, no sé qué decir, una vez más echo en falta tener una mascota de la que hablar como si fuera mi hijo... Qué triste.

Se marchan y me quedo con la sensación de que, aunque las quiero y son mis amigas del alma, la vida nos separa. Porque, aunque yo quiera entender lo que es ser esposa y madre, no tengo ni idea. Y eso hace que haya un abismo entre nosotras, y siento que con los años será más grande.

Nunca he tenido tanto miedo a la soledad como hoy y siento que la gira

ha llegado en el mejor momento. Al menos mientras duerma lejos de casa no recordaré lo vacía que siento las paredes de la mía.

Capítulo 4

Christian

La puerta de mi camerino se abre dando un golpe y eso acentúa mi dolor de cabeza. Miro hacia ella enfadado por la interrupción y me encuentro con Lisa. Va vestida de una forma sin sentido. Lleva un mono vaquero sobre un *body* rojo de media manga. Unos tacones rojos y un bolso enorme de ese mismo color. ¿Y ella me va a dar mis clases de moda?

—Nos vamos de compras.

—No.

—Sí.

—Ni de coña.

—Estoy aquí para que dejes de parecer un pordiosero.

—Mi camiseta vale más que todas las chorradas que tú llevas puestas.

—Pues te han timado, bonito, porque es fea a rabiar. ¿No sabes que lo caro no siempre es sinónimo de bonito?

—Piérdete.

—Dios, qué humor de buena mañana. —Va hacia mi mesa, donde tengo la cafetera y algo de desayuno. Se prepara uno como si lo llevara haciendo toda la vida y se sienta con él en uno de los sillones—. Creo que sé qué te puede quedar bien.

—Genial, vas, me lo compras y yo veré si me lo pongo o no para el concierto.

—Te lo pones y punto.

—Puedo decidir qué quiero.

—Claro, te traeré varios y el pelo...

—No pienso dejarte que toques mi pelo. Me gusta así.

Nos miramos a los ojos. Los suyos son de color ámbar y contrastan muy bien con su pelo rubio cobrizo. Me mira divertida.

—Vale, dejamos el pelo porque te da un toque salvaje que, admitámoslo, las pone cachondas.

La miro asombrado por lo directa que es.

—Y eso vende, ¿no?

—Por supuesto. Y esto aquí para que tengas más fans, y las mujeres que se mueren por ti lo son. Así que lo dejamos, pero el resto no.

—Haz lo que te dé la gana, pero fuera de mi camerino. Tengo que ensayar.

—Como quieras. —Se termina el café y lo deja sobre la mesa, que está llena de cosas—. No voy a disfrazarte, solo voy a sacar tu mejor cara. Ese es mi trabajo.

—Esta es mi mejor cara...

—Pues entonces voy a ocultar esa cara de pocos amigos que tienes. Estás aquí porque quieres, ¿no? —No digo nada—. Pues que se note. La gente que paga por ti no se merece que los mires como si te importaran una mierda. Y con esa actitud es lo que transmites. Les debes un respeto a las personas que pagan por una entrada o compran tus discos. No lo hagas por ti, hazlo por ellos.

—¿Y los quiero más porque me pase horas pensando qué poner? Venga ya.

—No es por la ropa, es por las ganas que tienes de que te vean bien, aunque tu elección fuera un saco de patatas. La ropa que luces y la cara que llevas dice: «Me importáis una mierda».

—Es mi problema.

—Ahora también el mío. Desde ayer tengo más seguidores y no pienso perderlos.

Saca su móvil de color rosa con una carcasa de brillitos y se hace un selfi conmigo de fondo.

—Te debería cobrar por hacerme fotos.

—Entra en el contrato que he firmado. Nos vemos, Christian. Y alegra esa cara.

Se marcha y su perfume de flores se queda en mi camerino recordándome a mi nueva pesadilla. Cojo el móvil y miro su Instagram. Ya ha subido la foto, sale ella sonriendo y yo de fondo con cara de pocos amigos y dice:

Esta chica está loca. Y lo peor es que siento que esto no va a acabar nada bien. No tengo tiempo en mi vida para lo que se supone que ella está aquí.

Lisa

Voy a varias tiendas de caballero y no encuentro nada que me inspire para Christian. Al final le compro algunas camisetas básicas para que no vaya con esas de agujeros que se han puesto de moda y que a mí me hacen pensar más en si han dejado que una rata las muerda por la noche. Llego al campo de fútbol y el de la entrada me deja pasar. Ya se ha quedado con mi cara. Mejor. Aun así, me pongo el pase dentro para que nadie me diga nada.

Hay un montón de gente de un lado a otro. Y un sinfín de trabajadores. Hay que ver la cantidad de personas que mueve un solo hombre.

Llego al camerino de Christian y abro la puerta sin llamar. Me gusta hacerlo por la cara que me pone de pocos amigos.

—No me mires así, soy yo.

—¿Y eso mejora las cosas?

—Me ha costado mucho encontrarte algo decente o que me guste para ti. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Te he traído esto. —Le tiendo varias camisetas básicas y las coge impactado.

—¿Te pagan por eso? Eso lo puede hacer un niño de cinco años.

—Te he dicho que no he encontrado nada, pero lo haré. Pero al menos no tiene agujeros. Pruébatelas, creo que he acertado con la talla.

Espero que se vaya al servicio que tiene en el camerino, pero no. Se quita esa camiseta de agujeros gris ante mis ojos y me la tira. Su perfume se cuele en mis fosas nasales, y sí, huele de maravilla. A limpio y a perfume caro, de este último no lleva apenas, pero su esencia impregna toda la prenda y es un olor que invita a perderse en él. Lástima que no pueda usar eso para atraer a más fan.

Lo miro cómo se pone una de las camisetas que le he traído tapando su perfecto cuerpo. Saco el móvil y le hago una foto un instante antes de que se cubra donde se ve parte de la morena piel de su estómago. No he captado la pedazo chocolatina que tiene el hombre, pero no era mi intención. Es mejor insinuar que enseñar. La subo mientras se viste.

¿Una camiseta básica? ¡Arriba lo sencillo! #¿Oshabéisquedadoconganasdeverlomásdesnudo? #noesparatanto #elchocolateengorda

—¿Me vas a hacer fotos desnudo? —Giro el móvil para que vea la foto que he puesto con un filtro de blanco y negro.

—No es mi estilo. Yo visto a la gente. ¿De qué me sirve que te vean en pelotas? Nunca lo haría. Respeto el cuerpo del hombre y de la mujer por igual. Si tú quieres salir en pelotas es decisión tuya.

Sé de qué estoy hablando por lo que me pasó y decido sonreír para que no note cómo me sigue doliendo saber que en algunas webs aún está mi foto en webs de sexo. Se han quitado muchas y cuando aparece denuncio, pero es complicado. Yo perdí los derechos de esa foto cuando la mandé por WhatsApp, el problema es que no era consciente de hasta qué punto estaba condenando mi vida por un momento divertido y sexi con alguien en quien confiaba.

—Mejor. Dime, ¿en qué he cambiado con esta camiseta?

—En nada, sigues con esa cara de pocos amigos. ¿Has pensando operarte una sonrisa permanente?

—¿Siempre eres así de graciosa?

—Peor. Hoy es que no tengo un buen día.

—¿Y eso? —Que se interese me descoloca.

—No te importa. Me marcho a ver si encuentro algo, y esa camiseta por sí sola no luce, pero si sobre esta le pones una *bomber* de cuerpo mejora. Esa era la idea, ahora voy a ver si encuentro una para ti.

Me marcho de aquí sabiendo que por un momento he visto en Christian a ese chico que enamoró a Britt y que se hizo amigo de Leo. A ese que se ha perdido en este camino de fama y éxito. El problema es que no sé si se ha perdido porque ha querido o porque lo que le rodea le ha hecho olvidarse de quién fue.

Es su problema. No el mío.

Capítulo 5

Christian

Llego a casa de Leo, donde he quedado para tomar algo y distraerme. Debería ensayar, pero no tengo ganas. Quién me lo iba a decir a mí, que casi nací pegado a una guitarra y aprendí a tocar el piano antes casi que a escribir, que un día no encontraría atractiva la música. O la música para la que trabajo.

Toco la puerta y Leo no tarda en abrirme. Me sonrío y me da un abrazo.

—Cómo cuesta que nos veamos —dice yendo hacia su salón.

—Sí, cuando tú estás por una punta del país, yo por la otra. ¿Y tu mujer?

—En nuestro cuarto haciendo una videollamada con sus padres...

Hablando de su embarazo y de lo que nos ha dicho hoy el médico.

—Enhorabuena, ¿no? —digo al ver su cara.

—Sí, claro, es gran noticia. Estoy muy feliz y te juro que ya quiero a ese crío y no lo he visto. Es muy raro. Es que ahora mi profesión no me parece tan atractiva. Me tengo que ir en nada de gira. Y me gustaría estar al lado de Maddie en todo el embarazo y todas las pruebas... Es una mierda. Y cuando nazca será peor...

—Sí, y ahora no puedes dejar tu carrera porque es por tu hijo también, trabajas por él en parte, para que tenga lo mejor.

—Lo sé.

—Ahora mismo envidio a Killiam y a Owen. Ellos están todo el día al lado de sus hijos y yo me deberé acostumbrar a verlos crecer por WhatsApp o videollamadas. Aun así, estoy muy feliz.

—Serás un gran padre y sabrás llegar a todo. Ya lo verás.

—Eso quiero creer. Estoy acojonado. No sé cuidarme casi a mí mismo y ahora vamos a tener que cuidar a un bebé. Maddie está aterrada por todo lo de los médicos. Odia la sangre.

—Pues que se prepare.

—Eso le dicen todos, y ella cada vez se aterra más. Odio no poder estar a su lado tanto como quisiera y más ahora que estamos de promoción y no

rodando una película donde ella nos acompaña como parte del equipo.

—Siempre puede irse contigo donde vayas.

—Sí. Ya se verá. Sea como sea, estoy muy feliz.

—Eso hay que celebrarlo entonces. —Leo sonrío y va hacia su mueble bar para sacar un champán para brindar—. Por los futuros padres. Seguro que encontráis la forma de seguir siendo vosotros y a la vez ser los mejores padres.

Brindamos y nos sentamos a hablar un rato. Hasta que Maddie aparece y, tras darle la enhorabuena, me da un abrazo.

—Por cierto, mi amiga Lisa va a trabajar contigo.

—Lo sé.

—¿Sabías que era mi amiga?

—He visto su Instagram y sales en él maquillando a Lilliam y abajo pone «amigas para siempre».

—Vaya, el Instagram de Lisa deja poco a la sorpresa. Prepárate, desde hace meses lo sube todo. Raro que no diga cuántas veces va al aseo. —Maddie se ríe por su ocurrencia—. Es buena gente.

—Solo va a decirme cómo debo o no vestir. No está ahí para que seamos amigos.

—Bueno, como sea, cuídala, es importante para mí.

—¿De verdad necesita que la cuiden? Se nota que sabe hacerlo muy bien sola.

—Sí, pero suele tener una lengua más afilada que la mía, y mira que eso ya es decir.

—Le echaré un ojo si así te quedas más tranquila. —Asiente feliz.

Me quedo un rato con ellos hasta que decido regresar al hotel donde han cogido nuestras habitaciones.

—¡Christian! —Me giro y veo a Lisa con cara de sueño y un montón de bolsas venir hacia mí. Lleva otro modelito, esta vez va en chándal con tacones. ¿De verdad esta mujer entiende de moda yendo así?—. Te estaba esperando.

—Tenía cosas que hacer...

—No me tienes que dar explicaciones. Me quedé un rato por si regresabas pronto. He encontrado algunas cosas en una tienda pequeña de un

pueblo no muy lejos... ¿Subimos a tu cuarto y te las pruebas?

—¿Tú no descansas?

—Me tomo muy en serio mi trabajo. No lo olvides —me dice tratando de parecer seria.

—Si lo hago, seguro que me lo recuerdas una y otra vez.

—No te quepa duda.

Sonríe y anda hacia los ascensores con ese aire suficiente que tiene. La sigo a mi cuarto, ella ni sabe qué piso es. O quién sabe, lo mismo mi mánager se lo ha dicho para fastidiarme. Al entrar al ascensor me pide que marque la planta donde estoy y resuelve mis dudas.

—Que típico, el ático.

—¿De músicos? —Asiente—. ¿Has estado con muchos?

—Una vez salí con uno... Besaba bien, pero nunca pasó de ahí. —Nos miramos a los ojos, sonrío—. Se ve que la tenía pequeña y no quería que me espantara.

¡Dios! Esta mujer no tiene filtro.

—Sería eso, o que no le ponías. No siempre es culpa de los hombres que su soldadito no cumpla.

Se ríe con ganas.

—¿Soldadito? Me encanta. En tu libro, por lo que leí, lo sacas mucho a pasear y nunca has tenido nada serio con nadie. Nunca te has enamorado. Debes de tener un callo en tus partes si lo que dicen esas páginas es cierto, o bueno, teniendo en cuenta su apodo, lo mismo quieres que lo asciendan a coronel por todos los servicios prestados al cuerpo.

La miro asombrado y las puertas evitan que le respondan. No sé si quiero que sepa que todo lo que dije en ese libro es mentira, que solo dije lo que mi mánager me dijo que contara para ganar más popularidad.

Al llegar a donde tengo el cuarto vemos a varias seguidoras esperando. Al verme gritan. No sé cómo el hotel las ha dejado pasar hasta aquí. Se me tiran encima literalmente. Hasta el punto de que pierdo a Lisa entre este mar de gente. Al girarme la veo en el suelo y sus bolsas desparramadas. La ropa la están pisando y estropeando mientras tratan de llegar a mí, hacerse fotos o llevarse alguna cosa mía. Me cuesta moverme y aunque trato de ser amable me cuesta cuando no paran de tocarme o de meterme mano. Algo que no

soporto. Me encanta hablar con mis seguidores, pero no que invadan mi espacio personal o que me toquen como si en vez de una persona fuera un objeto.

Al fin, la seguridad del hotel, alertada seguramente por los que están en los otros áticos, acude y se llevan a las chicas de aquí.

Me giro a buscar a Lisa y la encuentro sentada en una de las sillas que hay en el pasillo con su móvil tecleando algo. Me apuesto lo que quieras a que está subiendo esto a las redes sociales.

—¿Vamos?

—Un segundo —me dice sin mirarme. Me fijo en que ha recogido como ha podido las ropas. Voy hacia ella y veo que, como yo pensaba, estaba subiendo una foto de esto—. Listo.

Cojo su cursi móvil y veo la foto. En ella salgo yo quieto con los ojos cerrados y varias mujeres tirando de mi ropa. Me fijo en que una trata de tocarme mis partes. Ni me he dado cuenta de si me ha tocado o no porque me han tocado por todos lados. Leo lo que ha puesto:

¿Si Christian fuera una mujer estaríamos hablando de abusos sexuales? Respetar el espacio de todas las personas sin mirar si son hombres o mujeres.

P. D. Lo que veis en el suelo es la ropa que tenía para él, perdida totalmente y por suerte mi culo sigue de una pieza tras caerme empujada por estas... ¿locas? Nunca pensé que ir de gira fuera un trabajo de alto riesgo. #Medueleelculo #nosoportoalascchillonas #igualdad.

Se lo devuelvo y no comento nada, pero sé que luego le daré a «me gusta» dejando claro que pienso como ella. Hasta ahora no he apoyado de esa forma ninguna de sus fotos.

Entramos en mi cuarto y le digo dónde está el servicio por si se quiere arreglar.

Cojo curioso la ropa que había comprado. No está mal, pero está sucia y rota.

—Algunas no creo que tengan arreglo. Otras si las lavo sí...

—Se lo daré al servicio de habitaciones para que las lave.

—Pero no te las puedes probar, y quería ver si estaban bien... Es complicado vestirme y que sigas siendo tú. Porque ahora mismo eres así, alguien que pasa de todo y que le da igual ir bien o no con la ropa que lleva. No solo tu ropa da sensación de pasotismo, tu cara también, y encontrar ropa que diga lo contrario cuando tienes ese gesto de perdonavidas siempre es

complicado.

—Siempre puedes dejar el trabajo.

—Ni de coña, pienso lograr tus mejores conjuntos para cada concierto, guapito. —Mira el cuarto como si buscara algo antes de sentarse en uno de los sofás—. ¿Dónde está la chica de esta noche? Según tu libro todas las noches tienes que tener sexo. Y dudo que estés pensando en mí porque no pienso acostarme con tu soldadito.

—¿Te crees todo lo que se publica?

—Bueno, si lo escribe una de mis mejores amigas y tú le dices lo que pone en tus diarios, pues sí.

—Piensa lo que quieras, Lisa —le digo sin ganas de explicarme.

—Vale, pues seguiré pensando que todo lo que se escribió en ese libro donde cuenta tu biografía es verdad. Y es triste eso de saber que nunca te has enamorado. —Nos miramos a los ojos—. Ni tan siquiera cuando eras un adolescente, y a veces se confunde el deseo con el amor. Pero tú verás, es tu vida.

—Es mi vida, sí.

—Yo, por el contrario, nunca oculto a las personas a las que he querido o con las que he estado. Son parte de mi vida y en cierta forma lo que soy hoy, y cómo pienso es también debido a las personas que han sido parte de mi día a día.

—¿Das por hecho que he mentado y sí estuve enamorado? Te contradices, hasta hace un momento creías a pies puntillas en ese libro y ahora dudas de que sea cierto. Aclárate, Lisa.

—Creo en ese libro —me dice tajante—. Y por eso me voy, no quiero estropear tu superfiesta de sexo loco y sin ataduras.

La dejo ir sin decirle que los verdaderos diarios están escondidos en mi maleta y que no he dejado ni dejaré que nadie los lea.

Capítulo 6

Lisa

Me rebano los sesos para encontrar el modelo perfecto para el concierto, por eso cuando lo tengo entro al camerino de Christian sin llamar y me encuentro de lleno al cantante besando a alguien a quien fijo le saca mínimo diez años. Dejo las bolsas sobre la mesa y no me marchó. Sé que debería, pero no lo hago. Me siento frente a ellos mientras se dan el lote y espero.

—¡Joder, tío! Qué bien besas. Me pones cachonda. —Me entra la risa y se dan cuenta de que estoy mirando.

Christian se aparta como si quemara o lo hubiera pillado su novia. Le saludo.

La chica me saluda como tontita. ¿En serio le gusta este tipo de mujeres? La chica se va y le deja su teléfono en un papel.

—Lo mismo te denuncia por acoso a una menor. Dudo que tenga más de dieciocho.

—Tiene veinticuatro.

—¿En serio? Te ha engañado. Su forma de decir «joder, tío, me pones cachonda». —Finjo un orgasmo. Christian me mira impactado—. Hasta yo sentada mirando a alguien que no me pone nada finjo mejor. Solo le pone que eres cantante y contar a todas sus amigas que se ha liado contigo.

—Como si no lo supiera, Lisa, y apuesto lo que quieras a que no es la primera vez que finges un orgasmo.

—Pues por supuesto que no, he estado con tíos que me desesperaban hasta el punto de fingir para que me dejaran en paz... Qué triste mi vida. Bueno, dejemos todo esto a un lado. Te he traído lo que debes llevar esta noche... y espero que te guste.

—Me va a dar igual si me gusta o no, me lo tengo que poner por órdenes de mi agente. ¿Acaso lo olvidas? Por tu culpa ya no tengo autoridad en nada. Gracias, Lisa.

Me levanto sabiendo que si está así de borde es porque lo he pillado con

esa.

—Seguro que luego estará dispuesta a acostarse contigo. No te he jodido nada, así que no me mires así.

—Otra vez llama antes de entrar.

—O tú cierra la puñetera puerta con pestillo a menos que te guste que te miren cómo te lo montas.

—Pues tal vez sí. No sabes nada de mí.

—Ni tú de mí. Me marchó, y haz lo que te dé la gana con la ropa. No me pienso ir, pienso seguir cerca de ti te guste o no.

—Lo mejor para los dos sería que te quedaras aquí y dejaras esta tontería de cambiarme.

—Dirás lo mejor para ti. Para no tener que verme..., pues te jodes. No pienso perder esta oportunidad de conseguir más trabajo porque a ti no te guste mi presencia o te joda que te diga lo que debes llevar.

Me marchó y trato de controlarme. Si sigo adelante debo controlar mi genio y mi boca...

Yo puedo con esto, por mucho que no soporte a ese músico que no es más que uno más entre cientos iguales.



Me cuesta decidir los modelos para el concierto, al final acabo por pedir ropa *online* y me la traen superrápido. Incluso hay una aplicación donde pides lo que quieres y en media hora o así la tienes en casa. Como si pidieras comida a domicilio. Cómo está cambiando el mundo y qué daño seguro que hace para todas esas personas que prefieren quedarse en casa a relacionarse. Me hace preguntarme si llegará un momento en que la gente no sabrá lo es ir a tomar un café con amigas porque lo tomarán cada una en su casa conectadas a una cámara web.

Sería triste que todos los avances nos estén acercando a la soledad.

Toco la puerta del camerino de Christian, hoy no me apetece verlo dándose el lote con nadie. Me dice que pase. Lo hago y lo encuentro con su guitarra. Tocando unas teclas sin sentido. Alza la vista y clava sus ojos verdes en mí. Parece enfadado. Aunque siempre está así.

—Te he traído la ropa de esta noche —digo dejándola sobre el sofá.

Me ignora y le hago una foto.

—Te debería cobrar por hacerme tantas fotos, al final voy a pensar que no puedes dejar de pensar en mí.

—Y no dejo de pensar en ti... En qué ropa ponerte y si te quedará bien. Es mi trabajo.

Subo la foto con el título:

La soledad del cantante momentos antes de salir al escenario. Espero que os guste la ropa que he elegido para él. #estámuybuenoperoesuncarrabias #grupisenvidiadme #estoypensandohacermecantante

Me río por mi último *hashtag*, la gente que me conoce sabe que no canto mal, pero ni loca me metería en este mundillo. No me gusta.

Christian sigue concentrado y por una vez lo dejo hacer. Coloco los modelos en orden y para no molestarlo le pongo carteles de uno, dos, tres...

Me marcho y, aunque no lo admitiré nunca, no puedo evitar mirarlo una vez más ahí solo con su guitarra como única compañera de batallas. Y esta foto mental me la quedo solo para mí.

El concierto es un caos tras el escenario. Todo el mundo corre de un lado a otro para que todo esté perfecto mientras Christian nos inunda con su voz. Que sí, tiene una voz sensual preciosa. El problema es que son canciones comerciales y no veo diferencia entre él y cientos más. Es como si tuviera miedo de hacer algo diferente y fracasar. Yo prefiero ser yo misma. Aunque se me vaya la pinza y cada día vista de una forma. Así soy yo. Me gusta improvisar y lucir lo que me apetece en cada momento. Mucha gente no me entenderá o dirá que al no tener un estilo propio en verdad no sé lo que quiero. Pero no es así, yo soy así, única por lucir como me da la gana según mi estado de ánimo, y mi estilo es no anclarme en una moda que me privaría de la maravilla de poder ser lo que quiera con solo dar una oportunidad a un tipo de ropa diferente.

Y a quien no le guste que no mire, y punto.

Hago fotos a Christian con cada *look* que le he elegido. No lo he disfrazado, sigue siendo él. Seguro que la gente esperaba mucho más del cambio. Pero no se puede cambiar a una persona con la ropa. Al mirarla tienes que verla a ella, no verla disfrazada. Hay que mirar a la persona y elegir lo que le hará brillar más con lo que es. No ponerle mucho maquillaje, mechas y ropa sin sentido para que sí luzca diferente, pero que oculte cómo es en verdad. Hacer brillar a una persona con lo que no es obvio a la vista es

lo que más me gusta de mi trabajo. Me encanta cómo las personas, tras elegirles ropa, se miran al espejo y es como si se vieran por primera vez y ese culo gordo que tenían pase a ser un culazo y esas tetas algo caídas sean un atractivo escote. Eso siempre ha estado ahí, pero luciendo una ropa poco apropiada son defectos, usando la indicada son virtudes.

Al acabar el concierto le piden varios besos y Christian los hace como si no estuviera agotado tras dos horas cantando sin parar y moviéndose de un lado a otro del escenario.

Estoy yo cansada de verlo.

—Nos vamos a tomar algo. ¿Te apuntas? —me dice Antoni, uno de los encargados del sonido.

—Vale. No tengo nada mejor que hacer.

Sonríe y me dice que ahora nos iremos todos a un *pub* cerca de aquí. Pienso en el de Owen, ese que se quemó y que ahora es un centro para superdotados. Cómo han cambiado las cosas.

Ahora hay otro *pub* en la ciudad con éxito. Tras cerrar Owen y su padre, varios abrieron deprisa y corriendo locales grandes para cosechar ganancias. Casi todos cerraron, menos uno dirigido por un chico muy joven. Apenas tiene dieciocho años y ya es dueño de *pub*.

Nos vamos a un *pub* cerca. Justo al del chico casi adolescente.

Entramos y está lleno de gente. Nos cuesta movernos hasta la zona VIP. Más a Christian al que, cuando se dan cuenta de quién es, varias mujeres lo detienen para tirarse casi a sus brazos.

Ale, que se lo queden todo para ellas.

Me voy junto al resto del equipo y nos pedimos varios chupitos. Antoni me reta a que no le puedo seguir su ritmo. Y no puedo evitar seguirle el juego. Al final le gano y estoy más borracha que una cuba... Por cierto, ¿por qué dicen que estás más borracha que una cuba? ¿Se emborrachan las cubas?... ¡¿Qué es una cuba?!... Estoy delirando. Creo que es hora de pedirme un taxi y dormir la mona.

Me despido de todos... o no. Ni lo sé. Ahora mismo si me dicen cómo me llamo lo mismo me lo invento para salir del paso. Joder. Estoy peor de lo que pensaba, pienso cuando me cuesta llegar a la puerta.

Al salir a la calle el aire fresco me golpea en la cara... y me entra la risa.

Es muy divertido ver el pelo que me golpea la cara. Lo llevo sobre los hombros y me hace cosquillas. Qué frío... ¿Llevo el abrigo? Sí, pienso al mirármelo puesto... ¿Y cuándo me lo puse? Por cierto, ¿dónde iba?

—Lisa. —Me giro y veo a Christian cerca—. Te llevo a tu casa.

—No me voy a acostar contigo..., soldadito de plomo. —Me entra la risa. Qué graciosa soy.

—Estás muy borracha.

—Para nada. Estoy genial.

—¿Qué has dicho?

—¿Acaso no escuchas?

—Si ni se te entiende —me dice, pero yo sí sé muy bien qué he dicho. Me está tomando el pelo.

Lo miro enfadada. Me muevo y todo me da vueltas. Christian me coge en brazos.

—¿Ya te vas con esa guarrilla?

¿Me acaban de llamar guarrilla? Me giro y veo a un capullo, porque eso por muy borracha que esté no lo distorsiono, mirándome lascivamente. Voy hacia él y se ríe cuando trato de golpearlo.

—Anda, coge a tu puta y diviértete.

—No es una puta. Deberías pedirle perdón.

—De rodillas —digo, o eso creo.

—Pues lo parece.

—Y tú eres un idiota. —Trato de golpearlo y no le doy, pero él sí me empuja y casi me tira al suelo de no ser por Christian, que me coge antes de darle un puñetazo.

—Pídele perdón —le dice cogiéndole de la camiseta—. El de seguridad se acerca y se queda a un lado por si Christian lo necesita.

—No me da la gana, me he pajeado con ella en una web porno. No he dicho nada que sea mentira.

—Pídele perdón —repite Christian sin importarle lo que ha dicho.

A mí me ha dado el bajón por lo que ha dicho y asco por saber que ha hecho eso por culpa de que alguien me engañó hace tiempo.

—Nosotros nos encargamos —le dice el de seguridad al ver que la gente se acerca curiosa.

Christian mira a su alrededor y al verme no sé qué ve que deja al capullo y viene hacia mí. Me coge en brazos y me lleva hacia su coche.

—No le hagas caso...

—Es cierto... Estoy en páginas porno...

—Cada cual hace con su cuerpo y con su vida lo que quiere.

—Yo no quería —le digo ya en su coche. Dormito hasta mi casa y ni me acuerdo de cómo he acabado en mi cuarto con Christian rebuscándome un pijama.

—Voy a hacerte algo de comer o tu resaca será monumental mañana. —Asiento o no..., a saber. Cojo el móvil, y empiezo a grabar: *«No soy una puta, yo solo cometí el error de enviar una foto sexi a un novio... y que lleve minifalda y un top muy sexi no me convierte en una guarra... Ese idiota iba con una camiseta casi transparente..., pero claro, es hombre...»*—. Lisa. —Christian coge mi móvil y lo apaga—. Duerme tras comerte esto y mañana si quieres haz un vídeo, pero ahora ni se entiende qué dices.

—¿No?

—No.

—Pues vaya mierda.

Cojo el pijama y me lo pongo delante de Christian y me tiro en la cama. Cierro los ojos... y todo me da vueltas. Ya no recuerdo si llego o no al aseo. El resto de la noche se me torna todo borroso.

Menuda llevo encima...

Capítulo 7

Christian

Me quedo cuidando a Lisa. No era mi idea, pero tras acompañarla por segunda vez a tirar todo lo ingerido casi se cayó de espaldas si no la llego a sujetar yo. Me preocupé y por eso he acabado por dormir en uno de los cuartos que tiene sin usar y con las sábanas puestas. Como si esperara que en cualquier momento alguien fuera a quedarse con ella a dormir.

Estoy preparándome un café cuando escucho unos pasos. Alzo la vista y veo a Lisa, que entra en la cocina con muy mala cara.

—Estoy fatal.

—Ya veo. Si te sorprende más eso tras lo que ingeriste que el que esté en tu casa a estas horas... Puedo haberme aprovechado de ti.

—Lo dudo, según tu libro te gustan las chicas activas y yo borracha no soy más activa que un mueble. Joder, qué voz tengo.

—De vomitar.

—Tengo una cara horrible. Lo he visto.

—¿Y no te has hecho una foto para subirla a tu Instagram? Mira que lo dudo. Ayer hiciste un directo. Que te borré. No se entendía nada y daba muy mala imagen de ti si quieres que la gente te llame para trabajar.

—Gracias. Se me va mucho la pinza cuando bebo. Por eso no suelo emborracharme tanto. El problema fue que Antoni me retó con esa cara de «yo soy hombre y aguanto más que tú que eres mujer», y mira que no soy feminista, que creo en la igualdad de géneros, pero me salió la vena de defender los tópicos y darle en los morros.

—Por lo que sé, le ganaste.

—Soy un poco cabezota. —No comento nada—. ¿Me has preparado el desayuno? —Asiento y le muestro dónde lo he dejado—. No te creas que por esto me vas a caer bien de golpe.

—No lo hago por eso. —Me tomo el café y voy hacia donde está mi chaqueta—. Me marchó, supongo que nos veremos pronto de viaje porque no

te vas a dejar esto.

—Supones bien... Gracias por todo. Aunque puedo cuidarme solita.

—Eso he visto, sobre todo cuando casi te abres la cabeza contra el suelo.

Ten cuidado.

Me marchó con una sensación rara de su casa.

Lisa

Llego a casa de Britt, donde he quedado con mis amigas para despedirnos hasta la próxima vez que pueda escaparme de la gira y venir a verlas. Me abre Donovan con su hija pequeña en los brazos, que está cada día más bonita. Le doy cientos de besos y cuando coge mi carita entre sus manos me emociona. Britt tiene mucha suerte con la familia que tiene. Bueno ella y todas, pienso al entrar y ver que no es exactamente una reunión de amigas, es más de toda la familia al completo. Que me encanta, pero me recuerda lo sola que estoy yo cuando llego a mi casa.

Tal vez la culpa es que yo creo en el amor. Y lo he sentido..., tal vez sea porque yo cuando no era más que una adolescente dejé ir a mi primer amor porque pensaba que estaba loco:

—Cásate conmigo y así no nos tendremos que separar.

—Estás loco —le dije con lágrimas en los ojos.

—Es posible, pero por una vez hagamos infinito lo efímero.

Me reí y llorando me agarré a sus brazos y le dije que no podía. Por aquel entonces seguía pensando que mis padres un día me aceptarían. Quería hacerlo todo bien, ser la hija que esperaban.

—Volveré a por ti, te lo juro.

Y sí, volvimos a encontrarnos, pero ya no éramos los mismos. Todo había cambiado entre los dos. Pero aun así sé lo que es que alguien te ame y querer a alguien hasta el punto de plantearte hacer locuras. Por eso, llevo desde entonces besando a idiotas con tal de sentir parte de lo que ya experimenté.

Lo triste es que hace años acepté que algunas cosas pasan una sola vez en la vida y te pasas toda esta tratando de saborear una vez más por un instante aquello que tuviste y perdiste.

—¿Qué tal el concierto de anoche? —me pregunta Maddie, que no tiene

muy buena cara.

—Bien... ¿Y tú?

—Estoy bien, pero tengo ardor y pensar en comida me da asco... Yo pensaba que cuando me quedara tendría muchos antojos... y no es así.

—Vaya. Es bueno saberlo para cuando antes de que se me pase el arroz me haga una inseminación artificial —les suelto.

—¿Vas a hacer eso? —me pregunta Abby. Asiento—. Yo creo que antes encontrarás a alguien.

—Sí, seguro. No me importa. Sola estoy genial. Puedo hacer lo que me dé gana e ir sin depilar, que a nadie le importa. —A Maddie le entra la risa.

—Yo ya ni me planteo si estoy depilada o no —dice Britt.

—Es lo que tiene llevar tantos años de casados. Se pierden los detalles. —Bromea Donovan, por su cara deja claro que le da igual cómo esté su mujer.

Esa es la diferencia entre que te guste alguien o te atraiga o lo ames. Que cuando lo amas lo ves a él y te olvidas de mirar cómo va porque siempre lo ves increíble, y eso les pasa a mis amigos.

A media tarde les digo que me voy a preparar el equipaje. Me encanta estar con ellos, pero me siento fuera de lugar cuando hablan de cosas de niños o de temas de pareja que no sé. Me encanta oírlos, pero no sé qué decir. Yo, que no me callo ni bajo el agua, sin saber de qué hablar.

—Lisa —me dice Lilliam antes de que entre en mi coche. La espero. Me abraza—. Ten cuidado y no te olvides de hacer videollamadas cada dos por tres.

—No lo haré, Delia no se merece pasar tanto tiempo sin ver el careto de su tía favorita —digo mirando a la pequeña, que me mira desde la puerta.

—Disfruta, y quién sabe, lo mismo encuentras el amor.

—U otro sapo para la colección. Eso es más probable. —Lilliam sonrío y me da otro abrazo.

Me marchó de aquí con un nudo en la garganta. Siento que este viaje va a cambiar algo en mí. Ahora la pregunta es si para bien o para mal.



Cierro los ojos con fuerza. No puedo respirar. Me estoy asfixiando. Me falta el aire...

—Respira Lisa—. La voz de Christian se cuela en mis oídos. Abro los ojos y lo veo sentado a mi lado en el avión—. Odias volar —afirma.

Asiento, ahora mismo no sé ni hablar. Cierro los ojos y trato de no escuchar a la azafata cómo salvar mi vida en caso de catástrofe. Eso me pone más nerviosa.

La escucho hasta que la mano de Christian coge la mía. Abro los ojos y las veo entrelazadas.

—Suéltame.

—No lo haré.

Lo miro a los ojos y me pierdo en su iris verde. En todos y cada uno de sus matices. Me acaricia. Le pido que me suelte de nuevo. No lo hace y yo tampoco hago nada por apartarme de su contacto. Cierro los ojos con fuerza y cuando despega el avión le estrujo los dedos. Que se fastidie por ir de caballero de brillante armadura.

Abro un poco el ojo cuando nos han dicho que podemos quitarnos los cinturones y lo miro de reojo.

—Sigo aquí —me dice.

—No quiero que estés.

—Lo sé. Pero por esta vez haré lo que me dé la gana a mí.

Por esta vez lo dejo hacer sabiendo que cuando bajemos de este horrible aparato todo será como siempre. No me cae bien este músico de pacotilla y no lo hará en breve, y punto.

Capítulo 8

Christian

Otra nueva ciudad para cantar y que mi música llegue más lejos... Eso me gustaría a mí. Dejo las cosas en mi nuevo cuarto de hotel. He perdido la cuenta de la cantidad de lugares en los que he estado. A veces no sé si veo algo en un sitio u en otro. Desde que entré en este mundillo todo pasa muy deprisa y cuesta mucho ver la línea que separa lo irreal y falso de la verdad. De hecho, creo que la realidad se quedó atrás cuando firmé esta mierda de contrato.

Lo malo fue que al principio no era consciente de dónde me había metido. Me dejó que creara algunas canciones y publicara una o dos más y me decía que más adelante todo el disco sería como yo deseaba, que ahora tenía que pasar por esta fase más comercial y cuando me hiciera un nombre ya podría elegir qué música tocar. Por eso me dejaba llevar. Pensaba que tenía el control de todo. Poco a poco descubres que no, que todo son mentiras para hacer contigo lo que quiera y, como muchas veces me ha dicho, si fuera feo y sin atractivo sexual nunca me hubiera contratado por muy buena voz que tuviera. Eso me hizo odiar mi físico otro tanto de veces... Tal vez hasta el punto de importarme una mierda qué ropa llevaba o si me quedaba mejor o peor.

Cuando te rodeas de tantas mentiras, de tantas personas que solo te quieren por el cantante y no por la persona que eres, acabas por perderte sin querer, te dejas llevar porque no hay de otra. Romper el contrato no es una opción, no puedo, y solo me queda seguir aquí hasta que estas cadenas que me puse libremente se rompan.

Y como yo hay muchos, muchas personas que firman contratos creyendo que va a ser una cosa y luego es otra. Hay muchos que se aprovechan de la ilusión y del miedo que tenemos de que si decimos que no estamos perdiendo la oportunidad de nuestras vidas de lograr nuestro sueño.

Decido dejar de pensar en esto y darme una ducha. Mi idea es dormir un

poco, pero al salir ya cambiado de ropa tocan a mi puerta.

Abro y me encuentro a Lisa, que hoy va con unos pantalones de pitillo y una camisa atada al ombligo blanca de manga larga. Y cómo no, tacones de más de doce centímetros. El pelo lo lleva en dos trenzas africanas que me resultan infantiles, aunque he de admitir que a ella le quedan bien.

—Me toca compartir cuarto —me dice visiblemente enfadada. Luego se pierde tras la puerta y entra con varias bolsas—. He venido a darte lo que he comprado.

—¿Acabamos de llegar y ya te has ido de tiendas? —Cierro la puerta cuando entra a mi suite.

—Era eso o vomitar azúcar de lo empalagosa que se estaba poniendo mi compañera con su novio al teléfono. Además, la tienda estaba cerca. Es de una bloguera que tiene cosas muy chulas. Ahora iré a ver a otra, pero está en la otra punta de la ciudad y primero quiero mirar bien las líneas de metro para no perderme.

—Si quieres te llevo, total vas a comprar mi ropa...

—¿Eres consciente de que tienes un careto reconocible?

—¿Y tú de que existen gorras y gafas de sol? —Me saca la lengua.

—Qué raro que quieras venir conmigo.

—No soy yo el que odia todo lo que haces por culpa de un maldito libro.

—No es solo por eso. —Me mira a los ojos un instante antes de apartar la mirada—. Es porque me caes mal, y punto.

—Y punto. Bien, pues vete en metro y ya me traerás lo que has comprado para disfrazarme.

—No, ahora quiero que me lleves. Hace frío y seguro que tienes un coche de alquiler muy chulo y calentito. Ya puedes cambiarte.

—¿Y si quiero ir en chándal? —le digo retándola.

—Me da igual, pero no quieres llamar la atención y esa ropa marca tu soldadito... Y por mucho que lleves gorra más de una te mirará golosa.

—¿Golosa? Sí es cierto que te han llenado la cabeza de azúcar —sonríe—. Así que me estabas mirando mi soldadito.

—Ya quisieras. Pero no, y ahora márchate a cambiar, y a poder ser elige ropa que no diga «quiero echar un polvo».

—Qué ordinaria eres.

—Y tú que puritano.

Me marcho a cambiarme y me pongo unos vaqueros y una sudadera azul marino. Cuando salgo me hace inspección y pone mala cara.

—No me pienso cambiar.

—O yo estoy muy mal por esto de no tener sexo o te pongas lo que te pongas estas muy deseable —sonríó—. No eres mi tipo, rubiales, pero tengo ojos en la cara y muchos años a pan y agua. No te flipes.

—No me flipo, no me atraes nada.

—Ya claro, eso quisieras, sé que te encanta mi culo...

—Más bien a ti, que lo pones cada dos por tres en tu Instagram.

—Es por puro marketing. No es para tanto.

—Ya claro.

—Por supuesto. Y ahora, deja de hablar y vámonos.

Me pongo una gorra y unas gafas. El pelo me lo he recogido en una coleta, aunque no lo tengo excesivamente largo, solo que hace tiempo que no paso por un peluquero. Vamos hacia los ascensores y luego a la recepción para pedir el coche que tienen listo para mí, como en cada ciudad a la que voy. Me gusta conducir y tengo varios en mi casa muertos de risa porque me paso media vida fuera de esta. Mi idea nunca fue esa. Soy casero, me gusta la música, pero también disfrutar de estar en tu hogar viendo pelis sin hacer nada más que disfrutar del placer de vagar.

Desde que firmé el contrato voy de un lado a otro. De promociones, concierto o grabando nuevas canciones. Mi mánager odia estar en casa, soporta a su mujer porque le queda bien y no le gusta tomarse muchas vacaciones para disfrutar de sus hijos. Es un gilipollas hasta para eso.

Entramos en el coche que me han elegido. Un modelo de alta gama negro. Lisa lo admira y luego entra en el lugar del copiloto.

—Si este coche hablara... —dice mirando hacia atrás alzando las cejas de manera sugerente.

—Eres una mal pensada.

Se ríe y no me contradice.

—Dime dónde tenemos que ir y pongo la dirección en el GPS del coche.

—Ya lo pongo yo. —Lisa lo hace tras sacar su móvil y comprobar en el Instagram de la chica—. Listo.

Me mira sonriente. Pongo el coche en marcha preguntándome por qué narices le he dicho de llevarla. Estaba más tranquilo en mi cuarto durmiendo y descansando.

—¿Por qué elegiste esta profesión? —le pregunto para hablar de algo. No quiero creer que en verdad me importa lo que diga.

Se queda callada y pienso que no me va a responder.

—Antes estaba muy gordita... —Abro la boca para hablar, pero me silencia alzando el brazo—, no es malo estar gorda. Lo malo es no gustarte como eres. Y eso me pasaba a mí. Mis padres no es que ayudaran mucho a que me quisiera más, ya que desde pequeña me llamaban «balle» de «ballena» o zanahoria por mi pelo. Toda la ropa que me ponía me hacía sentir incluso más gorda de lo que estaba. Fue antes de entrar a la universidad, cuando ya estaba lejos de mi pueblo cuando vi una tienda de tallas grandes. Entré para comprarme ropa oscura para empezar las clases. La mujer al verme entrar me sonrió y me dijo que era preciosa y que tenía la ropa perfecta para mí. Ignoro por qué la dejé hacer, tal vez fue esa convicción que vi en sus ojos de que de verdad había algo que me quedaría genial. Me hizo probarme varias cosas y cuando me miré al espejo seguía siendo la misma gordita, pero no me fui. De repente, me vi guapa y mis curvas eran atractivas. La miré impactada y se rio y me dijo que es lo que tiene la ropa, que mal elegida te saca los defectos y acertada resalta tus virtudes. Salí de allí fascinada y con varias prendas. Me empecé a interesar por la moda, por los diseños. De repente, no me parecía un mundo tan ajeno a mí. Al empezar las clases, el ajetreo de estudios y el ir andando a mi casa todos los días me hizo perder peso sin apenas darme cuenta. ¿Y sabes lo más increíble?

—¿Qué? —le pregunto cuando se calla.

—Que cuando me miro al espejo me sigo viendo tan hermosa como ese día, sin importar si tengo más o menos kilos. Soy yo. Y me encanta ayudar a que la gente se vea como es en realidad y no como se disfraza por culpa de las modas. Por eso yo luzco lo que quiero sin importarme de qué siglo sea.

—Me gusta tu historia.

—Y vas a dejar que te saque tu verdadero yo. ¿A que sí?

—Eres muy lista, me las ha contado para convencerme de hacer conmigo lo que quieras —se ríe.

—En parte sí, el otro motivo porque he confiado en ti me lo guardo para mí.

La miro un segundo aprovechando que estoy parado en un semáforo. Ninguno de los dos dice nada. Y no insisto. Hacerlo le haría pensar que me importa.

Llegamos a la pequeña tienda y nada más entrar la chica reconoce a Lisa de su Instagram. Empiezan a hablar de moda y de otras cosas más que ni entiendo. Me doy una vuelta por la pequeña tienda hasta la sección de caballero. Observo la ropa y he de reconocer que tiene un rollo muy chulo. Está customizada y los toques que le ha dado esta mujer son muy buenos y muy de mi estilo, para mi desgracia. No me gusta que Lisa ande por aquí, todo sería más fácil si no supiera de moda y se marchara a su casa y así yo poder llevar la ropa que más me apetezca o cualquiera con tal de demostrar que estoy harto de este mundillo.

Siento a Lisa cerca. La miro y me ha hecho una foto. Raro que hasta ahora no haya sido así.

—No me importa que la subas, pero si lo haces ahora que estamos aquí no te van a dejar elegir nada de ropa y se va a llenar de gente la tienda buscándome.

—Cierto, no había caído en eso. ¿Es por eso que a muchos famosos no os gusta haceros selfis en vuestras horas de descanso?

—Sí, antes era otra cosa, la gente te hacía una foto y la enseñaba más tarde a sus amigos, o si era de carrete hasta no revelarla nadie la podía ver. Ahora te ven cenando en un sitio y suben la foto al instante a todas sus redes sociales y corre como pólvora. A los pocos minutos cientos de fans están en el local y no puedes disfrutar de un segundo de anonimato. Me encanta atender a mis fans, pero a veces necesito ser solo un hombre corriente.

—Lo sé, mis amigos, ya lo sabes, algunos son famosos y sé lo que es eso. Pero como no les hago selfis cuando vamos de cena no había caído en lo que me has dicho hasta ahora. Me la guardo para luego, y ahora vamos a probarte ropa. Por cierto, la dependienta sabe quién eres y le encantas, pero me da que no quiere atosigarte por eso de que vas de incógnito. ¿Puedes acercarte y decirle algo? Le encantaría.

Hago lo que me dice y nos toca escuchar a ambos cómo canta mis

canciones, y no, no lo hace nada bien. Lisa la mira como si cantara fenomenal y a mí me cuesta aguantarme la risa por lo ridícula que es esta situación, pienso que durará poco. Pero con cada cambio de ropa me canta. Y llega un momento que hasta veo a Lisa escondiéndose tras un bolso enorme para que no note cómo se ríe. Al final salimos con varias prendas de ropa y un importante dolor de cabeza. He de reconocer que la ropa me ha gustado y que la chica era simpática, aunque más cuando se callaba.

Al entrar al coche Lisa rompe a reír y no puedo evitar reírme con ella.

—Ha sido todo muy surrealista. —Le reconozco.

—Ha sido increíble, me ha encantado. Y sí, cantaba fatal, pero nos ha regalado un momento único y diferente. Y eso me encanta. Y ahora invítame a comer, me muero de hambre.

—Podemos ir al hotel y pedir que nos suban algo a nuestros cuartos y así descansamos.

—Claro. Cómo no se me ha ocurrido —dice mirando por el espejo, y no puedo saber si le gusta la idea o no.

Por un segundo estoy tentado de irnos a comer juntos. Al final pongo rumbo al hotel, es mejor así. Ella y yo no somos nada, no tengo por qué ser amable con Lisa.

No la conozco.

Al llegar a su planta de hotel sale con un adiós muy seco, no le doy importancia. Anda hacia su cuarto y antes de llegar y de que se cierre la puerta se gira y me mira, y en sus ojos veo todo lo que siente porque haya preferido no invitarla.

Es mejor así, me repito. Solo somos dos extraños.

Capítulo 9

Lisa

No veo a Christian hasta el día del concierto. No es que me importe mucho ahorrarme el tener que ver su feo careto. Pero llega a un punto que no sé si lo evito yo o me evita él. Prefiero pensar que soy yo la que pasa de verlo más de lo necesario. No quiso invitarme a comer, ahí dejó claro que no quiere que seamos algo más que dos conocidos de trabajo. Que le den a ese culo bonito.

Preparo la ropa para el concierto y pido a los del hotel que se la lleven al cuarto de Christian con notas de dónde creo que debería lucir cada una. Añado al final que, si no le gusta, siempre puede ponerse un saco en la cabeza y evitar al resto de mortales ver su fea cara.

Sé que lo estoy picando para que me diga algo. Y que me molesta que no lo haga en todo el día. Es por eso que llego al concierto sin muchas ganas de estar aquí. Si no fuera por la cantidad de trabajo que me está llegando de las ciudades en las que estaremos de gira me marcharía. No sé qué se me pasó por la cabeza para acabar aquí.

Me dejan pasar hasta el escenario. Llego cuando Christian ya ha salido a escena y me sorprende ver que se ha puesto la ropa que yo elegí para él para este primer tramo del concierto. Sé que muchos cantantes usan el mismo estilo en todos los conciertos. Yo creo que la gente que va a verte se merece la molestia de que lo modifiques, y más con las redes sociales, que cientos de imágenes circularán por la red a los pocos segundos de que salga.

Christian canta su canción más famosa. Lo hace sonriente y la gente canta con él. Aunque las de la primera fila más bien lloran y gritan como si Christian fuera más un ser inmortal. Es solo un hombre, y punto.

Le hago una foto cuando acaba la canción y va a por su guitarra. Acaricia sus cuerdas y me fijo en que su mirada está muy lejos de aquí. Miro la foto y la paso a blanco y negro. Con la gente la foto queda muy chula:

Leo el último *hashtag* y sé que lo he puesto para quitar la tensión que veo en la instantánea, ya que sí se le ve muy solo, y parece increíble rodeado de tantos miles de personas.

Sigo haciendo fotos del concierto y subo las más chulas, esta vez sin *hashtag*. Al terminar estoy agotada y solo quiero irme a la cama, pero cuando Antoni me pide la revancha no puedo evitar decirle que sí.

Algo que no debería haber hecho, mañana salimos pronto de viaje y sé que debería dejar de beber... o al menos hasta perder el sentido.



Abro los ojos. Me duele mucho la cabeza. Poco a poco consigo centrar la vista. Estoy en un cuarto de hombre... ¡Un momento! Me levanto agitada. Agobiada y más al mirar mi ropa y ver que estoy en ropa interior.

Me falta el aire. Busco mi ropa y mis cosas.

No las veo. Me agobio pensando en todo lo que he podido hacer y con quién.

Nunca bebo tanto hasta perder el sentido, últimamente me estoy luciendo.

Salgo de la cama y me golpeo con el pie de esta. Evito gritar, pero se me escapa un quejido que alerta a la persona con quien he pasado la noche. ¿Habré usado protección? ¿Me habrá violado? Por Dios, cuantas más vueltas le doy es peor.

La puerta del cuarto se abre y busco algo con lo que golpearle, cojo la lámpara.

—A buenas horas muestras algo de cordura. —Esa voz. Me giro y veo a un sonriente Romeo venir hacia mí—. Buenos días, Lisa.

Estoy tan feliz de ver al hermano de Owen aquí que salgo a sus brazos sin importarme la poca ropa. Me abraza y me calma notando el temblor que llevo encima.

—Estoy loca por beber así.

—Mucho, suerte que fuera yo quien te viera y te trajera a casa.

—Sí, la verdad.

—Date una ducha y te preparo algo para comer.

—Y una caja llena de aspirinas. —Se ríe y se va tras indicarme dónde está el servicio y mis cosas.

Miro la hora que es. No tengo mucho tiempo para llegar al hotel y recoger mis cosas antes de irnos. Es por eso que me doy una ducha muy rápida y me visto con mis cosas. El pelo me lo dejo secar al aire y aunque tengo maquillaje en el bolso no lo uso.

Busco a Romeo y lo encuentro en la cocina terminando de servir café en la mesa que hay en esta.

—En media hora tengo que estar en el hotel para irnos de viaje.

—Suerte que te has despertado a tiempo. Ayer solo decías tonterías y ninguna con coherencia.

—A saber qué más hice. Me he quedado sin batería. Y me da miedo saber qué subí a Instagram.

—Por lo que sé un vídeo bailando y nada más.

—Ah, bien, al menos no hablo —sonríe.

Me siento a la mesa y como lo que puedo. Tengo el estómago cerrado y el dolor de cabeza me está matando. Me tomo una pastilla y espero que haga efecto inmediatamente, sé que no, pero de ilusión también se vive.

—¿Este piso es tuyo? —pregunto curiosa, asiente.

—Es uno de los que tengo. Estoy aquí por negocios.

—Gracias por lo de anoche. No sé qué hubiera pasado de no encontrarme tú.

—De nada. Somos de la familia, ya que eres la tía de mi sobrina. —Me río.

—Sí, mejor que Delia no sepa lo mal que lo hago, creo que me regañaría, a veces a su lado me siento más inmadura que ella. —Asiente con cariño—. La quiero mucho. Me encanta cómo es.

—A mí también. —Romeo y Delia tiene una relación especial. Delia adora a su tío y este a ella.

—Me tengo que ir —digo antes de terminarme el café con leche de un trago—. ¿Me llevas?

—Claro.

Romeo me deja en la puerta del hotel. Ya veo trasiego de varios del equipo bajando equipajes. Llego por los pelos.

—Muchas gracias por todo, Romeo.

—De nada, Lisa, y ten cuidado. Puedes hacer lo que quieras con tu vida,

pero cuando la pones en peligro es un juego muy peligroso al que juegas.

—Lo sé. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

Cuando supe que era hermano de Owen pensé: «Ya está, nos enamoramos y todos contentos como una familia feliz...». El problema es que por muy bueno que esté y unos increíbles ojos verdes que tenga, nunca me ha atraído de esa forma, y me he cansado de dejarme llevar solo por alguien que me parece mono. Quiero algo más.

—Por cierto —me dice antes de salir de su coche—. Estaré de viaje por algunas de las ciudades donde Christian hace concierto. Te pasaré en un mensaje dónde y así si tienes problemas o necesitas hablar me llamas y quedamos.

—Genial. Porque la verdad es que estoy de músicos y todo lo que esté relacionado con eso hasta el gorro y esto acaba de empezar. Yupi...

Salgo del coche y lanzo un beso a Romeo. Sonríe antes de irse. Al alzar la vista, como si se hubiera materializado, mis ojos se cruzan con los de Christian y por su mirada sé que se piensa que he pasado la noche con Romeo.

—No esperamos a nadie.

—He llegado a tiempo. Eso sí, estoy agotada —le digo claramente con el doble sentido.

—Mejor, así no darás el coñazo en el vuelo preguntando por qué pasa todo y si estamos a punto de estrellarnos —dice recordando nuestro último vuelo.

Se da la vuelta y se aleja, le saca la lengua como una niña cría a su espalda.

No lo soporto.

Recojo mis cosas y llego por los pelos. Al entrar en el avión tengo ganas de llorar. Y esta vez vamos todos, menos Christian y su mánager, en zona preferente y ellos en la VIP. Parecemos sardinas en lata. Y el que tengo al lado huele a una colonia que me da dolor de cabeza.

Cierro los ojos y tras ponerme el cinturón me agarro con fuerza a los reposabrazos. Empiezan a dar las indicaciones de cómo salvarte si este aparato se estrella y siento deseos de vomitar. Lo hago hasta que siento movimiento a mi lado y cómo alguien me coge la mano.

—Respira o te vas a morir, pero por asfixia. —Abro un poco los ojos y veo a Christian a mi lado.

—Vuelve a tu zona megavip.

—No puedo, le he cambiado el asiento a tu acompañante.

—No tenías que hacerlo.

—No, la verdad es que no.

El avión empieza despegar y me mareo por lo ingerido por la noche y mi miedo a volar. Noto una caricia en mi cara. Al abrir los ojos me pierdo en los iris verdes de Christian.

—Respira. En nada estamos aterrizando.

—Estoy por besar el suelo cada vez que lo haga —sonríe, y no puedo negar que es muy atractivo. Al menos, si nos estampamos, en mi retina guardaré su cara.

El viaje va bien, la mano de Christian, que no suelto hasta pasado un rato, no. Que se fastidie por ir de caballero. No me relajo hasta aterrizar y no beso el suelo, pero casi. Estoy mareada y no me siento nada bien. Han alquilado un autobús para llevarnos al hotel, a todos no, Christian se va con el mánager en una pedazo limusina. Llego al hotel y una vez más me toca compartir cuarto. Con otra persona diferente y más rara que la anterior, ya que al entrar al cuarto le trato de hablar y me dice que es novia del silencio, y por si esto fuera poco saca sus calcetines y los pone colgados por todas partes.

Sé que es una manía y no tengo nada contra ellas, pero contra el silencio sí. No sé estar callada. Por suerte estoy tan cansada que tras darme una ducha me meto en la cama y Lisa deja de existir por unas horas.

Capítulo 10

Christian

El escenario está casi montado cuando llegamos. Me gusta echarle un ojo nada más llegar. Me pongo en el medio y miro el campo de fútbol que dentro de unos días estará lleno de gente cantando mis canciones. Es lo que siempre soñé. Desde que de pequeño desperté oído para la música y mi madre hizo lo posible para que aprendiera. Mi madre, que me criaba sola porque mi padre tras tenerme se agobió con tener un bebé. No estaba preparado para ser padre, para que lo primero fuera su hijo y que su vida quedara un poco aparcada mientras yo crecía. O que mi madre no tuviera sexo con él con la frecuencia que él quería. Eso me lo confesó una noche, que como no le daba en casa lo que deseaba se empezó a ir con otras..., hasta que dijo que se iba de casa y le dijo que en el fondo hacía tiempo que ya no era su marido porque había estado con otras.

Se fue para no volver y solo lo vi cuando empecé a triunfar. Entonces sí quería acordarse de mí y pegarse el pegote de ser mi padre de cara a sus amigos. Le dije que mi padre y mi madre habían sido la misma persona que me crio desde el día que él se fue, y no he sabido más de él.

Yo por mi madre sería capaz de todo. Gracias a ella estoy aquí... Lástima que no haya sido como lo esperábamos. Me pregunto si, de cantar mi música, la gente me seguiría o, como dice mi mánager, la gente quiere más de lo mismo por mucho que se quejen de que no hay diversidad. En parte creo que tiene razón, porque yo, que me gusta la música, estoy siempre al tanto de novedades y de vez en cuando sale un cantante muy bueno con un estilo propio y no llega muy lejos. La misma gente que se queja es la que rechaza lo raro porque en el fondo están acostumbrados a las mismas composiciones.

Tal vez un día cuando este contrato acabe me arriesgue a ser yo, aunque sea uno de esos noventa y nueve olvidados que sueñan con ser ese uno por cierto que destaca por sus diferencias.

La gente piensa que por tener dinero se tiene todo. Cuando escucho esto

me entra la risa. ¿De verdad se tiene todo? Lo más importante de la vida, lo que de verdad te hace sentir completo, es aquello que no se compra ni por todo el oro del mundo.

Es por eso que, por mucho que tenga en mi banco, en verdad siento que no tengo nada.

Escucho pasos, me giro pensando que es Lisa con su móvil para subir más fotos mías a su muro, pero no, es mi madre.

Al llegar a mí me da un abrazo que le devuelvo. A su lado siento que sigo siendo quien era, que todo lo que este mundo me ha quitado se queda lejos. Por un momento solo soy un niño ilusionado con ser un cantante famoso y que la gente cantara mis propias canciones.

—Hola, hijo, tienes buena cara.

—¿En serio? —le digo con una sonrisa.

—Para mí siempre estás perfecto, pero sí, he de admitir que algo ha cambiado en ti. Será cosa de Lisa.

—No, te puedo asegurar que no.

—¿No te está cambiando el estilo?

—Porque no me puedo negar...

—Reconoce que está haciendo que tu estilo tenga sentido y no te está disfrazando.

—No pienso admitir tal cosa —le digo con una sonrisa en los labios—. No quiero hablar de ella. Mejor te invito a comer donde te apetezca.

—Como quieras, hijo, y hoy te dejo que elijas tú.

Me marchó con mi madre y buscamos un lugar tranquilo donde poder comer y ser solo Christian comiendo con la mujer más importante de mi vida.

Lisa

Recibo un mensaje de mi tía por Instagram. Sería algo normal si no llevara años sin hablarme. Los mismos que llevan mis padres diciendo que por ellos no tienen una hija.

Mi padre fue coronel del Ejército. Antes de él su padre y el padre de este... Mi casa era más como una base militar cargada de órdenes, por eso no le entraba en la cabeza que su hija odiara el Ejército y fuera una gordita amante del azúcar. Me puso «balle» para ver si así decidía cambiar. Al

parecer eso lo hacía con sus subordinados. No lo hice. Aunque siempre busqué su aceptación. Pensaba que un día me querría como era..., pero no, él solo se quiere a sí mismo. En el pueblo, tanto él como mi madre siempre han ido de familia modelo que ayuda a los más necesitados. Y parece ser que repudiar a tu hija cuando le roban una imagen está bien visto, ya que muchos de mi pueblo alabaron que me dieran ese escarmiento porque me había descarriado... Mi tía está casada con un amigo de mi padre del Ejército con las mismas ideas que mi progenitor. Y cuando mi padre decidió dejarme de hablar mi madre aceptó y mi tía igual. No tengo más familia, por eso en cuanto estas dos decidieron agachar la cabeza me quedé sola.

Y me dio igual. Fue triste, pero no me sentía mal, había hecho todo lo que estaba en mi mano para ser una hija perfecta. Y supe, tras ver a mis amigos con sus hijos, que yo no hice nada malo, que no tenía que ganarme el cariño de mis padres y que cuando un hijo se descarrila no es culpa del hijo siempre, el padre debe preguntarse también en qué momento falló a su hijo para que este en vez de adorarle le fuera indiferente.

Por todo esto, que mi tía me escriba y me diga que está en la ciudad y quiere verme me inquieta a la par que me hace sentir una curiosidad enorme.

Le digo que sí y quedo con ella no muy lejos en una cafetería tranquila.

Llego pronto y me sorprende no solo verla ya aquí, sino su cambio de *look*. Parece mucho más joven, siempre la vi como una vieja joven, y ahora no sabría calcular su edad.

Al verme se levanta y me abraza. Me quedo quieta porque no lo esperaba. Venía preparada para muchas cosas, pero no para su cariño. Le devuelvo el gesto.

—Cuánto te he echado de menos. —Mi tía no tiene hijos porque su marido no quiso, y punto, no había más discusión.

La gente se piensa que en este siglo no pasan estas cosas, pero cuando el amor te nubla puedes o bien caer con un hombre bueno que te haga ser la mejor versión de ti mismo o te vaya matando poco a poco hasta que no queda nada de ti.

—Yo también —le digo dudosa.

—Es normal que me mires así. Te iba a buscar, pero vi en tu Instagram, que sigo, por cierto, que estabas justo en la ciudad donde vivo ahora y no me

lo pensé dos veces. La miro extrañada. Se sienta a la mesa y hago lo mismo —. ¿Ves raro que viva en esta gran ciudad?

—El tío odia las ciudades.

—Ya, por eso él puede seguir viviendo en su pueblo y metérselo por el culo si quiere. —Agrandando los ojos. Quién es esta mujer y qué han hecho con mi tía—. Me he divorciado. Justo hoy he firmado los papeles del divorcio y he estado tan liada con eso y mi cambio de domicilio que no te he podido hablar hasta ahora.

—Vaya... ¿Enhorabuena? —le digo dudosa.

—¡Sí! Al fin soy libre. —Coge mis manos—. Viví con tu abuelo y sus imposiciones y me casé con un hombre como él porque no era capaz de ver todo lo bueno que me brindaba la vida y porque creía que era un bicho raro que no merecía nada mejor que agachar la cabeza. La vergüenza es muy mala.

—Ahora sí que me he perdido.

—Me gustan las mujeres, Lisa —lo dice y se ríe como una niña pequeña que acaba de confesar que se ha comido todos los dulces—. ¡Soy lesbiana! —dice tan alto que creo que todos los han escuchado.

Al mirarla, entiendo por qué hace esto y la opresión que ha sentido. El miedo que tenía al rechazo en una época que aún no veía con muy buenos ojos que la gente ama a quien quiere, y punto.

—Di algo. —Noto su miedo en la mirada y sé que si no me ha llamado antes ha sido también por eso. Por miedo a que la rechazara—. Me lo merezco por no haberte seguido..., pero tú me hiciste despertar.

—¿Yo?

—Sí, te echaba de menos y me enfadaba con tu padre y tu madre por tratarte así. Más que la gente del pueblo, que se pegan el pegote de ser buenos, vieses bien todo eso. Y me di cuenta poco a poco de que estaba callándome por miedo a no encajar con ellos, y que lo más triste es que ya no quería ser parte de ese mundo. Te puedes imaginar la que se ha liado en el pueblo por mi divorcio y confesión.

Me levanto y la abrazo, noto cómo se relaja.

—Eres mi tía y me alegro de que hayas decidido dejar de ocultarte y no solo por quién te guste, sino por quién eres tú. El mundo se estaba perdiendo

a una mujer maravillosa.

Noto cómo se le humedecen los ojos.

—Gracias. Y ahora cuéntame. ¿Qué tal te va? ¿Cómo estás?

—Soltera y entera. —Me mira dejando claro que no se lo cree—. De momento nadie me ha quitado ninguna pieza.

—Mejor. Qué feliz estoy de estar contigo.

—Y yo, tía. —Vienen a ver si queremos algo más y me pido un café—. ¿Y qué vas a hacer ahora con tu vida?

—Vivir, pero no sé por dónde empezar. De momento me he cambiado de domicilio. Y ahora no sé qué hacer. Tú sí que te lo estás montando bien yéndote de gira y viendo mundo.

—Pues únete a nosotros. El abuelo te dejó mucho dinero —le digo como quien no quiere la cosa. En verdad ahora que estoy a su lado no quiero perderla tan pronto.

Es la primera vez que estamos juntas sin miedos y sin cuidar las formas. Siempre fue mi tía querida y la que más me comprendió. Ahora sé que cuando la veía triste y apagada era porque estaba representando un papel que no le correspondía.

Tenía tanto miedo de no gustar que acabó por no gustarse nada a sí misma.

—Es una locura, Lisa.

—Puedo decir que me ayudas eligiendo la ropa. ¡Y la customizas! Se te da muy bien coser.

—Sí, pero no tengo ideas...

—Yo sí.

—Es una locura. De las grandes... Que sí, coño. —Agrandando los ojos, se ríe—. Soy una nueva Lidia.

—Ya veo, ya. —Alzo el café que me acaban de traer y lo choco con el suyo—. Porque nunca perdamos nuestra propia esencia por nadie.

—Por nadie. —Bebo cuando choca su vaso.

—¡Joder, me he quemado! —Mi tía se ríe y yo con ella.

—Qué gusto da no tener que medir hasta el poder decir un puto taco.

Me río. Mi tía diciendo tacos, creo que he viajado a un mundo de locos. Uno que me encanta.

Pasamos la tarde en la cafetería hablando. Le cuento cómo ha sido mi vida sin codificar por miedo a que no me entienda. Y ella me habla de su verdadero amor, de una compañera de clase. Me dice que en verdad odiaba quererla porque se sentía sucia. Que ella no quería sentirse atraída por ella. Y que cuando la besó le dio una bofetada por lo mucho que le gustó. Que por aquel entonces no entendía que ella era normal y no hacía nada malo.

Me da pena lo que ha tenido que pasar y sé que como ella hay mucha gente que por miedo a tener que hacer frente, no solo a la familia, sino al mundo, prefieren fingir que ser rechazados.

Es triste que se condene a una persona solo por amar.

Mi padre en nuestro pueblo, siendo un tirano que me ha dejado de hablar, está mejor visto que mi tía por haber dicho que le gustan las mujeres. Eso me ha dicho.

Qué triste es a veces este mundo en el que vivimos que ven más normal a un mal padre que una homosexual.

Mi tía me dice que se unirá a la gira, pero que ahora mismo no puede dejarlo todo e irse. Regreso al hotel con ganas de que lo haga pronto.

Yo siempre he sido muy familiar y cariñosa, pero no podía demostrarlo.

Ahora todo ha cambiado y más que nunca pienso que quien no te quiere como eres en verdad nunca te querrá. Sea quien sea para ti en tu vida.

Capítulo 11

Lisa

Me cuesta encontrar ropa para Christian, esta vez al final tengo que coger un tren e irme a una ciudad cercana. Por suerte, allí consigo algo decente para el concierto de mañana. Lo malo es que se me echa el tiempo encima y pierdo el último tren de vuelta. Deambulo por la ciudad hasta encontrar un hostel que me parece muy acogedor y decido pasar la noche aquí.

—Este es tu cuarto —me dice la amable mujer.

—Gracias.

—Por cierto, me encanta tu Instagram. Mi hija te sigue y yo suelo seguir algunos de los que ella sigue y el tuyo es de los más divertidos. Sobre todo los comentarios que pones tras la foto.

—Sí, se me va algo la pinza.

—Un poco. Eres natural, y eso gusta. Y ya que estás aquí tal vez me podrías aconsejar un poco. Mi hija dice que voy siempre muy maquillada. Me maquillo así desde que me casé. Mis padres odiaban que me maquillara y no me daban para pinturas, mi marido me regaló una bolsa de maquillaje sabiendo lo mucho que me gustaba y desde entonces me pinto así, como el día de mi boda.

—¿Te gusta a ti cómo vas? —Es cierto que va demasiado maquillada. Mucho azul, mucha raya negra y un colorete rosa que tira para atrás, pero al mirarla ves su personalidad. Es raro cómo un maquillaje tan estrambótico puede sentar bien a alguien.

—A mí sí, aunque estoy vieja al maquillarme me acuerdo de ese día sentada en mi cuarto pintándome para el hombre de mi vida.

—¿Y su marido cómo la ve? Aunque lo importante es que le guste a usted.

—Él me sigue mirando como aquel día cuando entré a la iglesia.

—Entonces quiere cambiar por su hija.

—Sí, ella no lo entiende y yo quiero... Bueno, quiero darle una alegría.

Entiendo enseguida la situación, la mujer no quiere cambiar, y tampoco le gustan los Instagram que sigue su hija, pero siente que la pierde porque su hija ya no es una niña y quiere algo para estar unida a ella. Ojalá mi madre hubiera sido así.

—No quiero cambiarla, pero si quiere mañana podemos irnos de compras con su hija y ver ropa las tres. Puede ser muy divertido.

—¡Eso sería genial! Voy a llamar ahora mismo a mi hija para decírselo, pero... ¿No tienes que estar mañana en el concierto?

—Sí, pero voy a pedir ahora que un mensajero recoja la ropa a primera hora y se la lleve a Christian y ya no se me requiere para nada más.

La mujer me abraza feliz. Se va y sé que esto es lo que más me gusta de mi trabajo. Hacer feliz a la gente, sentirme por unos instantes como el hada madrina que con un vestido y unos zapatos nuevos dio a una niña que se anulaba el poder de brillar como una estrella.

A la mañana siguiente un mensajero viene a recoger la caja que he preparado con la dueña del hostel, que se llama Esther. He metido notas a Christian para que sepa dónde va cada uno. Aunque mi idea es ir al concierto, dudo que nos hablemos allí.

Tras un desayuno delicioso en la casa de Esther y su marido, que está en la última planta del hostel, su hija Patricia hace aparición. Es de mi edad y temo que eso nos haga chocar, ya que yo no quiero cambiar a su madre y ella sí. Siempre me llevo mejor con las mujeres mayores. Con ellas no siento que tenga que competir por nada. Pero no, Patricia me abraza como si fuéramos amigas de toda la vida y luego a sus padres, y veo que no viene sola, trae una barriga de embarazada de lo menos seis meses. Eso me hace comprender que su madre teme que ahora que va a tener un bebé la deje más de lado. Seguro que no. Noto el cariño entre ellas enseguida. Tienen mucha suerte de tenerse cerca. De poder contar la una con la otra en un momento así. Yo dudo que me quede embarazada pronto de manera natural, y si de verdad decido tener un hijo con la fecundación *in vitro* estaré sola. O, bueno, con mi tía. Cuesta recordar que ha vuelto a mi vida y tal vez si me cuesta es porque temo que lo del otro día no fuera más que un espejismo.

Nos pasamos el día de compras y dejamos que Esther decida su propio

estilo y dentro de su estilo la aconsejamos. Con el maquillaje hacemos lo mismo. Tras una mañana de compras, tras comer, nos vamos a la peluquería. Yo solo me hago las uñas que como no paro las llevo siempre cortas. A Esther le cortan el pelo y la maquillan y ahí es donde le voy aconsejando cómo hacerlo y diciendo a Esther cómo seguir siendo ella misma, pero que quede mejor. Al acabar se mira al espejo y se pone a llorar.

A nadie nos importa que se estropee el maquillaje.

—Estoy más joven... y guapa.

—Siempre estás guapa, mamá.

Su madre mira emocionada a su hija y pide que le retoquen un poco el maquillaje. Le pedimos que se vista con uno de los modelos que hemos comprado. Ignora que su hija le ha organizado una cena romántica con su padre.

Al llegar al hostel su marido está de espaldas y como si sintiera que su mujer se acerca se gira y la mira enamorado. Noto la emoción en los ojos de ambos y se me corta la respiración por la intensidad del momento de ver cómo dos personas que llevan toda la vida juntas consiguen mirarse con este amor que no se apaga pese al paso del tiempo.

—Bueno, y ahora es mejor que os vayáis, que os esperan.

—¿Dónde nos esperan, hija? —pregunta su madre, pero su padre ya la está cogiendo del brazo galante y se la lleva.

—Da gusto verlos juntos —me dice su hija cuando nos quedamos solas. Asiento—. Me pregunto si yo con mi marido estaré así dentro de unos años.

—Seguro que sí.

—Son otros tiempos...

—¿Tienes problemas?

—No, es solo que el embarazo me ha quitado las ganas de sexo. Las ha aniquilado.

—¿En serio? —Asiente—. ¿Y qué problema hay?

—Pues que él no está embarazado y aunque dice comprenderme sé que me desea... y luego llegará el bebé y habrá menos tiempo para nosotros...

—A veces se hace el amor con solo una caricia —le digo—. Tus padres han pasado por eso. Y por más cosas. Seguramente, cuando tú naciste tu madre se ocupó sola de ti y tu padre pensaba que su deber era trabajar

exclusivamente. Eran otros tiempos. Imagínate a tu madre sola contigo... y lo pasó. Lo que te quiero decir es que si tu marido te quiere, aunque esté más duro que una piedra, seguirá a tu lado por lo que siente solo con mirarte.

—Eso espero. —Me abraza—. Y ahora tienes que irte o vas a perder el tren otra vez.

—Me alegra haberlo perdido. Me ha encantado conoceros.

—A mí a ti, eres diferente a tu Instagram y mira que eres natural en él, pero al conocerte te veo más humana y menos loca.

No sé qué decirle. Siempre he sido más loca que humana. Digo lo que se me pasa por la cabeza y no todo el mundo entiende mis bromas. Pero sí es cierto que desde hace tiempo noto que he cambiado. Que ya no soy la misma que era hace años.

—Sigo siendo un poco loca.

—Sí, pero una loca muy divertida y que se muere por que la quieran. Yo también me fijo en los detalles.

—Tengo mucha gente que me quiere. Soy adorable. —Se ríe.

—Seguro, y aquí una amiga más, ya tienes mi móvil, cuando quieras me llamas para hablar.

—Lo haré, y espero lo mismo.

Recojo mis cosas y tras despedirme me marcho al tren para llegar al concierto a tiempo. De camino no paro de pensar en lo que me ha dicho de que parezco menos loca y más humana. Su madre me dijo que era muy natural. Miro las fotos de mi Instagram y aunque hay naturalidad y mucha locura en ellas me pregunto si todo eso es la fachada que trato de mostrar para que nadie vea los pedazos en los que está dividido mi corazón.

Uno por aquel chico que amé y nunca regresó.

Otro por esos padres que nunca me aceptaron como soy.

Y un sinfín de trozos por todos esos chicos a los que quise querer y solo querían sexo de mí.

¿Cuánto más se puede romper un corazón y que siga latiendo?

No lo sé, el mío está hecho de trocitos que remiendo con sonrisas e ironía y con hacer creer a todos que soy superfeliz. O con subir fotos a mis redes sociales de que las solteras somos las mejores, y todo porque en el fondo sé que o acepto mi soltería o me costará sujetar los trozos que

componen mi corazón.



El concierto va genial y subo fotos de Christian con mis modelitos. Enseguida tengo varios comentarios, unos alabando mis diseños y otros criticándome. Es estos momentos, cuando lees tanta maldad, cuando te preguntas por qué haces esto. Si algo no te gusta no te gusta, y punto. Ir a decirle a una persona que hace su trabajo mal como si tú supieras más que ella te hacer ser un prepotente sabelotodo o una persona que disfruta haciendo daño al resto porque su vida no le llena lo suficiente y le gusta saber que el resto es igual de desgraciado que él. Siempre he creído que las personas que son felices o que no envidian al resto no pierden el tiempo en criticar e insultar a otros. Otros lo tienen todo y no lo saben ver porque están más pendientes de la mierda que tiene su vecino que en ver los errores que están cometiendo por estar más pendiente de lo ajeno que de lo propio.

Sea como sea un poco me duele. La gran mayoría de comentarios son para hacer daño. Sí, he ganado seguidores, pero todo por el morbo. En fin, es lo que hay cuando te expones públicamente.

El concierto acaba y se nota la emoción de todos por un trabajo bien hecho. Se abrazan y una mayoría empieza a recoger para irse a otro lugar. Otros dicen de ir a tomar algo.

—Te reto a que hoy bebo yo más que tú —me dice Antoni cogiéndome por la cintura.

—Seguro que sí, me voy a dormir al hotel.

—¿En serio, pelirroja?

—Soy rubia cobrizo, chaval —le digo seria.

—Bueno, como quieras llamar a tu pelo, pero vente. Lo pasaremos bien.

Veo a Christian pasar con varias fans con pase especial e ir hacia su camerino. No paran de hacerle fotos y una de ellas está colgada de su brazo. Esta noche seguro que tiene fiesta. Bien por él.

El soldadito estará contento.

—No, hoy me voy al hotel.

—Como quieras. Ten cuidado.

—Tú también. —Me sonrío y se marcha con los que se van de fiesta.

Salgo hacia el hotel y en la puerta veo a uno de los vendedores de cosas

de Christian recoger los CD. No sé qué me impulsa a comprar su último disco. O, bueno sí, para tenerlo de recuerdo por esta experiencia. O eso quiero creer. Miro la portada, Christian parece un chulito de «mírame y no me toques»... o de «estoy deseando que te metas en mi cama»... Y pensar que hace tiempo me gustaba..., suerte que he recuperado el buen juicio y no me atrae ya nada de nada.

Llego al hotel y me pego una ducha antes de ponerme un pijama caliente y nada atractivo. En este hotel no va muy bien la calefacción y en esta ciudad corre mucho viento y este se cuele por las ventanas. He tenido que comprarme un pijama casi de borrego para no helarme. Este es uno de los inconvenientes de ir de un lado a otro del mundo, que hoy me muero de frío y mañana de calor. Mi maleta crece por momentos y temo que llegue un momento que o no pueda con ella o tenga que ir dejando ropa olvidada en los lugares donde me hospedo.

Me miro al espejo y me hace gracia mi vestimenta hasta con los calcetines por encima del pijama. Me hago varias fotos y las miro. Una vez más pienso si muestro mi naturalidad o no. Esta soy yo... Estoy pensando en si subir la foto o no cuando tocan a la puerta de mi cuarto. Mi compañera no es, porque primero lleva llave y segundo ha sido de las primeras en irse de fiesta.

Voy hacia la puerta cuando llaman de nuevo y abro a ver quién puede ser sin preguntar. Alzo la vista y me quedo de piedra al ver que se trata de Christian.

—Hola —me dice, y sin invitación entra en mi cuarto.

—Puedo estar con alguien retozando...

—¿Así como vas vestida? —me dice divertido. El cuarto es minúsculo con él dentro más.

—Estoy cañón. —Sonríe—. ¿Qué quieres? Aparte de invadir mi espacio.

—Me han dicho que no salías y tú no te pierdes una fiesta...

—¿Y has venido aposta a ver si estoy bien? —Me da la risa—. Sé cuidar de mí misma, Christian, no hace falta que cuides de mí. Tal vez lo que pasa es que estoy muy cansada de anoche... No soy como tú, que necesito sexo todos los días —le digo tirándole a la cara otra parte de su libro. Sonrío como

si me diera igual. Si le he dicho eso es porque me molesta que haya venido aquí como si fuera una niña pequeña a la que hay que cuidar. Dudo que esté por otra cosa.

—Mira, haz lo que te dé la gana. Solo viene a por una cosa y pregunté. No eres tan importante para mí.

—Tú me eres indiferente.

—Todo aclarado. Me marchó. —Hace amago de irse, pero ve su CD en mi mesita. Lo coge y busca un boli.

—No hace falta que me lo dediques.

—Sí que la hace, así cuando lo vendas tendrá más valor.

—¿Y por qué piensas que lo voy a vender?

—Porque está claro que tú no quieres nada que sea mío —dice por la forma en la que lo trato.

Lo firma y se marcha y solo cuando estoy sola veo qué me ha puesto.

¡Pero será idiota! ¿Este de qué va? Me cabreo tanto por la tontería que ha puesto que tiro el CD directamente a la basura.

Capítulo 12

Christian

Me quedo en blanco en directo en una entrevista de televisión. Me acaban de hacer una pregunta de mi vida privada que no estaba pactada. Sale en mi libro, claro, pero no he hablado más de eso. Miro a mi mánager y sonrío. Es un cabrón, claro que él ha pactado esta pregunta. Quiere que quede como un insensible, un chico duro. Esa imagen vende mucho entre las mujeres.

Pienso en el contrato y los motivos por los que sigo en esto y sonrío falsamente actuando. Yo creía que era cantante y músico, y he acabado siendo un actor de mi propia vida.

—No, nunca he estado enamorado ni he querido a nadie. Es una lástima. En mi corazón hay mucho amor para dar.

Miro a mi mánager y sonrío feliz por mi respuesta.

—Seguro que mujeres no te faltan. Y a más de una le encantará enamorarte. —El público grita y aplaude, las miro y siguen gritando. Estoy cansado, no quiero seguir sonriendo.

—Seguro que sí. Estoy deseando encontrar a mi musa.

Digo esto porque mi mánager quiere que sea un malo que quiere transformarse cuando encuentre a la mujer perfecta.

Lo odio.

Termina la entrevista y me hago fotos con las mujeres del público. Como siempre, me tocan donde no quiero e invaden mi espacio como si todo estuviera permitido, y todo esto lo tengo que dejar hacer con una sonrisa amable o quedaré de mala persona por apartar a una mujer porque me está tocando donde no quiero que me toque.

Termina este espectáculo y vamos directos al avión. El resto del equipo ya se ha ido en otro. Incluida Lisa, con la que no hablo desde hace dos conciertos. Me deja la ropa por mensajero y la veo de vez en cuando. Me evita, y es mejor. Está aquí como un trabajador más, no tengo que hacer de

niñera.

Llego al hotel cansado del viaje. Tanto que no estoy para firmar nada y hacerme fotos, pero al llegar a mi cuarto en la puerta hay varias jóvenes que seguramente sean hijas o amigas de los trabajadores y saben dónde estaré. En algunos hoteles sí cuidan que pueda descansar, tanto yo como el resto de los clientes que están en sus habitaciones. En otros les da igual. Y este es más barato porque de vez en cuando mi querido mánager hace eso para ahorrar gastos.

Cada vez lo soporto menos y siento que estoy a un paso de perderme del todo para no pensar en todo esto y dejarme llevar.

Llego hasta ellas y me saltan encima o lo hacen hasta que alguien grita que fuera de aquí.

Miro a Lisa, que está roja de furia. No me mira a mí, aunque sé que es a mí a quien busca. La esperaba. O esperaba que viniera.

Voy hacia mi cuarto y abro la puerta sabiendo que me seguirá cuando estemos solos. Y así es.

Cierra la puerta de un portazo dejando claro el enfado que siente.

—No sé a qué juegas. No sé a qué mierda juegas. —Me lanza el disco que le dediqué y observo lo que hice. La señal del infinito—. Si tan poco te importé, si tan poco te importa nuestro recuerdo, como has dejado claro en esa mierda de libro y ahora en la entrevista, no sé a qué juegas... No sé por qué hacerme esa marca que me hace recordar cuando me creí que me amabas.

Nos miramos a los ojos por primera vez en este tiempo sin artificios, sin máscaras, siendo los que siempre fuimos el uno para el otro.

Lisa abre la puerta y se marcha, y esta vez no es a ella a la que veo ir, es a mi Lis. La única mujer a la que he pedido matrimonio y por la que estuve tentado de cometer la locura de apostar todo a una carta.

Capítulo 13

Lisa

Cierro la puerta de mi minúsculo cuarto y veo a mi compañera mirarme. Recojo mi ordenador y me marcho de aquí buscando soledad y necesitando hablar con alguien. Llevo mucho tiempo callando esto.

Escribo en el grupo que necesito hablar con mis amigas urgente. Abby, Britt y Lilliam están en casa de esta última y Maddie dice que en cuanto diga se conecta. Busco un maldito sitio en este hotel asqueroso donde poder estar sola. Acabo en el cuarto de las fregonas. Juro que he mirado antes de acabar en este sitio pestilente, pero no hay nada mejor.

Enciendo la luz y, tras comprobar que el suelo es suelo y no hay bichos, me siento en él y uso el WiFi de mi móvil para darle señal de Internet a mi PC, ya que tampoco tenemos WiFi disponible en los cuartos. Espero que se conecte y noto que estoy temblando tras lo sucedido con Christian. Juro que de verdad quería hacer como si en verdad fuéramos dos extraños. Lo intenté, dejé el pasado atrás. A él no le importaba y yo quería una vida nueva con otra persona que me hiciera amar..., pero ver cómo una vez más pisotea nuestro recuerdo me ha hecho sacar la rabia que tanto tiempo llevo ocultando.

—¿Qué te pasa? —me dice Maddie en cuanto las llamo y me ve—. Tienes muy mala pinta.

—Horrible —dice Lilliam, preocupada. En una parte del ordenador se ve a Maddie, en otra las otras tres amigas y en otra pequeña yo, y sí, tengo una cara horrible—. ¿Qué ha pasado?

Veó cómo Delia al escuchar la preocupación en la voz de su madre se acerca a mirarme.

—Estoy bien, Delia.

—No lo creo, tienes una pinta horrible, pero me marcho con Dylan no vaya a ser que digas alguna guarrada que arruine mi inocencia.

—No voy a decir guarradas, tal vez muchos tacos, pero nada que no hayas escuchado. —Me mira fijamente. Y se queda. No sé si lo que voy a

decir es para una niña, pero no quiero más secretos. Ni con ella ni con nadie. Nunca un secreto fue tan pesado en mi corazón, y lo peor es que era porque lo sucedido me lo había destrozado tanto que creía que si inventaba todo esto podría sobrevivir a ver a mi primer amor en la tele, la prensa... Pensaba que así no dolería.

—Os he mentido. —Todas me miran expectantes, incluso Dylan, que se acerca hasta su madre para que lo alce y se abraza a ella—. Conozco a Christian desde hace años. Desde que él y su madre llegaron a mi pueblo por el trabajo de esta en casa de mi tía. Ella era la que le limpiaba la casa y la que le hacía la comida y se quedaban en su casa en los cuartos que antiguamente eran del servicio. Mi padre trabajó en el Ejército y aparte de eso sus padres tenían muchos bienes y eran gente de bien en el pueblo. Pero bueno, eso no viene al caso. Lo que os quiero contar es de qué conozco a Chris —digo llamándolo por primera vez como yo le decía.

—Sigue, Lisa, te escuchamos —me dice Abby.

—Lo conocí cuando fui a casa de mi tía a verla. Estaba tocando el piano para mi tía y me guie por la música para ver quién tocaba esa bella melodía. Llegué justo cuando empezó a cantar. Me quedé eclipsada por ese chico rubio de dieciocho años con esa voz tan preciosa. Era como ver a un ángel. Me quedé tan prendada que cuando terminó me quedé allí como boba mirándolo hasta que mi padre me dijo que dejara de hacer el ridículo y cerrara la boca. Chris se giró y me miró por primera vez. Era más guapo de frente y sus ojos verdes parecían esmeraldas. Me dio tanta vergüenza que salí corriendo hacia mi casa. No lo escuché seguirme hasta que me llamó y, como si nada, me preguntó si me había gustado. Lo vi humilde y hasta pensaba de verdad que no era bueno. Le dije lo que pensaba mientras caminábamos por el pueblo. Enseguida perdí la vergüenza, él me hacía sentir bien. Y era la primera vez que me pasaba. Cuando me miraba no me veía gorda, pelirroja y fea. Tampoco os he contado que era una ballena.

—Ya sería menos —dice Lilliam—. Y seguro que eras tan preciosa como ahora.

—Por supuesto —le digo con una sonrisa, o eso intento—. Quedamos para vernos y nos hicimos amigos. Hasta que un día me cantó una canción creada por él. Se llamaba Infinito. Y era para mí. Entre otras cosas, decía que

quería pedir a la vida que nuestra vida fuera infinita para poder quererme cada día como si tuviéramos toda la eternidad para amarnos. Yo estaba loca por él. Era todo tan perfecto que empezamos a salir creyendo que nada podía salir mal. Yo tenía dieciséis años, era mi primer amor. El primer chico que me miraba a mí y no los kilos que la gente juraba que me sobraban. A su lado me veía y me sentía preciosa. Pero la vida se impuso y a su madre la despidió mi tío y le tocó buscar un nuevo trabajo. Por si no lo habéis adivinado, mi padre odiaba que me gustara un músico sin aspiraciones y pidió a mi tío que echara su madre. Es un cabrón..., perdón —digo mirando a los pequeños—. El caso es que a su madre le salió un trabajo muy lejos. Y Christian no quería dejarla sola, quería que me fuera con él a lo loco y me pidió matrimonio y eso... Le dije que no, porque por aquel entonces era tonta y creía que mi padre un día me aceptaría y me apoyaría en mi elección de novio... Era una gilipollas..., perdón. —Me paso las manos por la cara—. Christian juró regresar a por mí cuando tuviera dinero para ser digno de mi padre. Pensaba que podría ganarse la vida de músico y, mira, tenía razón —divago—, el caso es que el tiempo pasó, Christian no regresó y acepté que lo nuestro había sido algo muy bonito y único que siempre guardaría en mi recuerdo. Y desde entonces me he acostado y liado con idiotas intentando encontrar algo tan bonito como eso..., pero solo he besado a imbéciles..., perdón. —Delia se ríe.

—Tú me dijiste que lo viste de nuevo y no sentías nada —me dice Lilliam—, no dijiste que era Christian, pero sí a quien quisiste en tu adolescencia.

—Eso ya era parte de mi mentira. Supe de Christian cuando Britt era su novia. Imaginaos mi cara de idiota al verlo de nuevo como novio de mi mejor amiga.

—Yo no sabía que tú y él... —dice Britt.

—No pasa nada —le digo—. Christian no había vuelto, él era mi recuerdo. Lo único bonito de mi vida con un hombre. Decidí no contar nada, hacer como que no lo conocía, era más fácil eso que aceptar que me dolía que se olvidara de mí. En el fondo, esperaba que al saber que compartíamos amigos viniera. Al menos para ser amigos..., pero nada. Y luego llegó esa mierda de libro. Y leí en él que nunca se había enamorado. Y fue como si me

dejara de nuevo y aún peor. Porque antes tenía un recuerdo donde él me quería y, aunque ya no sintiera nada, hubo un tiempo en el que me dijo «te quiero» de verdad. Saber que era todo mentira me hizo buscarlo... y decirle que, como yo nunca había sido nada para él, esperaba que eso fuera cierto y me tratara como a una extraña, como alguien a quien no conocía porque eso es lo que haría yo si alguna vez nuestros caminos se encontraban. Aceptó, claro, le daba igual tratarme como a una extraña, yo solo era una ex más a la que olvidar.

—¿Y por qué después de todo te vas de gira con él? ¿Estás loca? —me pregunta Maddie.

—La madre de Christian me pidió que la ayudara y le dije que sí. Y luego me dijo de ir a ver a su hijo y acepté. El resto se me fue de las manos.

—Yo creo que decidiste seguirlo para entender por qué una misma historia puede tener dos interpretaciones tan dispares —dice la sabia de Delia—. Y porque te sigue gustando, es evidente por cómo estás ahora.

—Ese tonto no me gusta. Solo me gustaba el saber que me quiso de verdad.

—Yo te quiero, tía Lisa —me dice Dylan hablando en su idioma, pero lo he entendido. Lo miro emocionada.

—Y tú eres el hombre más bonito de todo el mundo. —Sonríe feliz.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me pregunta Britt.

—Seguir, este trabajo me está abriendo muchas puertas.

—¿Y no lo haces porque te sigue gustando y quieres ver si queda algo de lo vuestro? —me dice Maddie.

—No, a mí me gustaba otro Christian, no este que estoy viendo. Lo que yo quise de él murió hace años en él, por lo que parece.

Tras decir eso pienso en las veces que se pone a mi lado en el avión y toma mi mano. Mi Chris sabía el miedo que me daban, por eso me sorprendió cuando lo hizo la primera vez, y al mirarlo dejé de ver al músico famoso y vi por un momento a ese joven compositor que me enamoró.

—Bueno, sea como sea sigues allí —dice Maddie, y las demás me miran a la espera de que diga algo.

—Ahora mismo estoy enfadada con él. Por su mierda de entrevista donde ha negado una vez más lo que tuvimos. Pues que se lo meta por el

cu... cu... cu... ¡ya me entendéis! —Delia se ríe por mi intento de buscar una palabra con la que quedar bien delante de los niños.

—¿Y crees que te merece la pena por el trabajo seguir a su lado? —dice Lilliam—. Estoy preocupada por ti.

—Estoy bien. Es solo que acabo de enfadarme con él. Me dedicó su disco poniendo el símbolo de infinito. Era el que teñía el anillo que me regaló para pedirme que nos casáramos porque le recordaba a la canción que me compuso para confesarse. Y luego dice eso en la tele... Os juro que me han dado ganas de hacérselo tragar página a página.

—Tal vez quería provocarte para dejar de jugar al juego que tú has iniciado de ser un par de extraños —dice una vez más Delia dejándonos a las demás con la boca abierta—. Y ahora me voy con Dylan a ver la televisión.

—Hablamos pronto, guapa —sonríe y se va con el pequeño.

—Voy a seguir con esto. Por mi trabajo y solo por mi trabajo.

—Si es lo que tú quieres creer... —dice Maddie.

—Tal vez le venga bien —dice Abby—, así, si no queda nada y no hay nada que le guste de Christian, tal vez pueda cerrar esa etapa de su vida y empezar a conocer a hombres que merezcan la pena y no al primero que le diga cosas bonitas.

—Puede ser —digo. La puerta del cuarto de limpieza se abre y un hombre me mira impactado—. Os tengo que dejar. Hablamos pronto.

—Lisa —me dice Lilliam antes de cerrar—, siempre estamos aquí todas, a la hora que sea, no dudes en hablarnos.

—Gracias, lo haré.

Me marcho y regreso a mi cuarto sin saber cómo afrontaré el día de mañana y si estoy aquí para cerrar para siempre mi historia con Christian o porque, como esa adolescente enamorada, una parte de mí sigue esperando a mi Chris.

Capítulo 14

Christian

Estoy en el escenario de mi próximo concierto haciendo unas pruebas. Al terminar escucho unos aplausos y sé que son de mi madre. Alzo la vista y la veo venir hacia mí. He de admitir que Lisa ha hecho un gran trabajo y mi madre ya no luce gran parte de lo que tiene como diciendo: «Era una limpiadora de casas, pero mirad adónde he llegado».

Mi madre no pudo acabar la carrera porque se quedó embarazada de mí. Y tenía que darme de comer, y más estando sola. Siempre me ha dicho lo mucho que odiaba limpiar en las casas, y cómo en muchas se sentía como si no fuera más que una criada, y eso que en los tiempos que corren ya no debería ser. Pero yo lo he visto. He visto cómo el digno trabajo de limpiadora se ve denigrado porque, aunque nunca hayamos vivido en otra época, siempre ha estado mal visto ser sirvientes.

Yo he visto cómo en algunas casas donde vivimos nos trataban como si no importáramos. Por eso cuando firmé este contrato lo primero que hice fue sacar a mi madre de trabajar y darle todo lo que siempre había querido. Siempre hemos sido amigos, y me contaba todos sus sueños mientras yo le revelaba los míos. Sacarla de trabajar de un lugar donde no era feliz ha sido lo único bueno de todo esto.

—Has estado genial, hijo. —Me da un abrazo—. Siento no haber podido llegar antes.

—Yo también me retrasé por la entrevista.

—La vi, horrible. Ese no eres tú —me dice enfadada.

—Es lo que hay y no quiero tener otra vez esta conversación. —Mi madre asiente y veo en sus ojos lo mucho que le duele el saber que me he vendido por mi sueño.

—¡Christian! —Alguien me llama a gritos, me giro y veo a la tía de Lisa. ¡Dios!—. Eres más guapo en persona... ¿Asunta? —le pregunta a mi madre.

—¿Lidia? —Ambas se ríen y se funden en un abrazo—. ¡Qué alegría verte! No te había reconocido.

—Normal, he dejado de parecer una monja. Qué alegría veros. Os eché mucho de menos cuando el capullo de mi exmarido os echó.

Me consta que es así. Se abrazó llorando a nosotros y nos pidió perdón y, cuando llegamos a nuestro destino, encontramos en nuestra maleta un sobre con mucho dinero y una nota suya donde decía que nos lo daba encantada porque le habíamos dado mucho más de lo que nos imaginábamos. Eso nos hizo las cosas más fáciles. Luego nos llamó al poco para decirnos que nos había encontrado trabajo más cerca. Fui yo quien cogí el teléfono, pero lo rechacé porque en el lugar donde estábamos ahora mi madre era muy feliz y, aunque me dolía en el alma rechazarlo, tuve que hacerlo por la mujer que me dio la vida. Por una vez era yo quien tenía que sacrificarme.

Mi madre y Lidia no paran de hablar de todo lo que han hecho estos años, hasta que Lidia me mira y recuerda algo.

—¿Has visto a mi sobrina?

—Hoy no —le respondo.

—Vaya, he llegado al hotel y me han dejado un sobre donde tenía un pase para estar aquí —nos lo muestra colgado a su cuello—, y de mi sobrina nada. Y la llamo, pero está fuera de cobertura.

—Seguramente estará en alguna tienda oculta de la mano de Dios comprándome alguna cosa —le digo para no preocuparla.

—Será eso.

—Si quieres, mientras la localizas nos vamos a tomar algo y nos ponemos al día —dice mi madre cogiéndola del brazo.

—Eso será un placer, y Christian, si la ves dile que la estoy buscando.

—Claro.

Se alejan hablando como dos viejas amigas. Sabía ya que la tía de Lisa se uniría a nosotros y también que mi madre se sentiría feliz de tener alguien de su edad con quien pasar los ratos que quiere estar en mis viajes.

Sigo con el ensayo algo inquieto al no ver a Lisa revoloteando por aquí, aunque es algo normal en ella que desaparezca, y más tras lo de anoche.

Decidí seguirle el juego porque yo ya no era el chico que se enamoró de ella. El tiempo ha pasado y no soy el mismo. Ella lo nota, lo ve y por eso odia

esta parte de mí. Lo veo en sus intensos ojos marrones.

Por eso, cuando apareció la traté como si no la conociera de nada, como si para mí no hubiera sido la única mujer a la que he querido, aparte de mi padre, y como si al mirarla no deseara volver atrás en el tiempo y ser ese mismo joven con esos sueños y metas tan dispares a lo que ahora es mi vida. Tal vez es por esto último por lo que a veces la necesito lejos, porque me cuesta mirarla a los ojos y no sentirme peor por cómo soy hoy en día.

Aun así, tenemos que hablar.

Al acabar escribo a mi madre para ver si saben algo de Lisa y me dice que sí. Que ha regresado al hotel, y ella y su tía están de cena y luego se irán a tomar algo, que la noche es joven. Así tal cual me lo dice. Sonrío porque mi madre disfrute y me voy al hotel a hablar con Lisa.

Es hora de que seamos nosotros mismos sin tantas excusas para no aceptar que, aunque el pasado no volverá, no podemos hacer como que nunca ha existido.



Toco la puerta de Lisa y espero.

—¿Quién es?

—Soy yo, Chris. —Se hace el silencio, hace años que nadie me llama así. Ella nunca me dijo Christian, siempre fui Chris para ella.

—No, no eres él y los dos lo sabemos —dice, y sé que tiene razón y, joder, me duele.

—Lo sé. Aun así. ¿Me abres la puerta?

—No sé por qué quieres te le abra, ni te acuerdas de mí. Has pisoteado y tirado a la basura el mejor recuerdo que tengo de mi adolescencia. —Al fin hablamos claro.

—Lisa —le digo, sabiendo que llamarla Lis solo complicaría las cosas —, no es lugar para hablar de esto un pasillo de un hotel. Por favor, déjame pasar.

—No, hoy no me apetece a mí. Para mí esta noche no existes. Ahora me toca a mí decidir cuándo quiero y me apetece hablar de nosotros.

En el fondo lo esperaba, aun así me duele. Me marcho y, al llegar a mi cuarto, veo a unas fans esperándome. Sonrío, aunque por dentro solo quiero estar solo y fingir que estoy feliz.

Lisa

Me cuesta no abrir a Christian, no lo hago porque hoy no estoy preparada para mirarlo a los ojos y mostrar indiferencia. Puede que ya no lo quiera, que no esté locamente enamorada de él..., pero es solo porque al mirarlo no encuentro al hombre que me enamoró. A veces temo mirarlo a los ojos y verlo, y que lo que sentí por él renazca. Lo temo porque no entiendo su mundo, ni las cosas que hace. Ni muchas cosas de las que he visto. Y tengo miedo de que por esa pizca de mi Chris le deje entrar con todo y tenga que lidiar con toda la mierda de su vida que no me gusta. Y más sabiendo que yo a él no le importé de la misma forma. Sería tenerlo cerca y mirarlo a la espera de un gesto.

Si he sido capaz de estar con personas por el espejismo de lo que tuve, no sé de lo que sería capaz por recuperar a la persona que me enseñó a amar.

No merece la pena estar al lado de una persona solo por un momento de felicidad. Me merezco estar al lado de alguien que llena mis días de dicha y no solo me da instantes de alegría que al final de un tiempo se pueden contar los dedos.

Desde que acepté que mis padres no cambiarían y yo tampoco ni por ellos ni por nadie, supe que de volver a querer a alguien me tenía que querer a mí igual o más que yo misma. Que no podía ir tras de nadie exigiendo un poco de cariño.

Yo no soy perfecta, tengo muchos defectos, pero lo siento, porque me encanto y encantan todas y cada una de mis imperfecciones que hacen que así marque una diferencia con el resto de personas.

Así soy yo, y punto.

Y esta noche prefiero llorar en silencio que darle a Christian la posibilidad de que me dé una razón para entenderlo.

Capítulo 15

Lisa

Mi tía se despierta tarde. Lo sé porque cuando llego a las doce del mediodía sigue en la cama y al escucharme entrar me llama desde la cama.

—Dios, no estoy para estos trotes —dice incorporándose en la cama.

—¿Lo pasaste bien? —Asiente.

—Genial, lo necesitaba. Estoy viva ¿no? —asiento—, entonces, ¿por qué tengo que privarme de disfrutar?

—Haces muy bien, y ahora, ¿te apetece arreglarte y que nos vayamos a comer?

—Por supuesto. Y luego nos podemos ir de compras para que no se diga que estoy aquí de fiesta.

—Te aseguro que ellos se pegan unas buenas fiestas. No desentonas.

Mi tía se ríe y se levanta para ir a cambiarse. Al bajar a recepción nos llama la madre de Christian y nos pregunta dónde vamos. Al decírselo noto que se quiere apuntar y me acabo yendo con las dos a comer y a escuchar cómo se cuentan las batallitas de anoche. Me entra una risa tonta de esas que no puedes parar cuando me dicen que mi tía se encaró a un hombre que no dejaba de mirarle le culo y le dijo que su culo era suyo y ella decide quién puede adorarlo. Me la imagino en esa situación y, aunque no es nada graciosa, no puedo parar de reír, hasta el punto de que acabo por contagiársela a ellas dos y parecemos tres locas en el restaurante.

—Estamos locas —dice mi tía.

—Y qué bien me lo estoy pasando —dice la madre de Christian.

Terminamos de comer y nos vamos a una cafetería cerca para reposar la comida... con un par de dulces de chocolate. Voy a engordar un montón, y me da igual, estoy divina y el chocolate me encanta.

Tras reposar la comida y el café, me acompañan a comprar. A ninguna nos gusta nada de lo que vemos para Christian. Al final compro una chaqueta sencilla negra y algunas cosas para hacerlo a mi gusto. Mi tía ya se ha

comprado una máquina de coser portátil y lo tiene todo listo. Es cuando regresamos al hotel cuando la madre de Christian me habla de su hijo.

—Me alegra que estés cerca de mi hijo.

—No estamos cerca, solo trabajamos juntos.

—Aun así.

Sé que ella me llevó aposta a verlo cuando le ayudé con las compras, y yo me dejé hacer. No quiero deducir por qué, ni por qué le dije a su mánager que me cogiera sabiendo que soy muy buena cuando se trata de negociar. Mi actitud directa y agresiva en ocasiones hace que no tengan escapatoria. Se sienten intimidados, y sabía que podía lograrlo. Ahora me pregunto si no estaba más tranquila en mi apacible vida rodeada de mis amigas casadas y con cientos de críos recordándome al mirarlas lo sola que estoy yo... Vale, mejor no ir por ahí porque esa es otra de las razones por las que salí de allí pitando.

Mejor no pensar en eso.

Llegamos al hotel y mi tía y yo nos ponemos manos a la obra para dejar la ropa de Christian para el concierto perfecta. No se la entrego yo al día siguiente cuando está lista, mando que se la den. No quiero verlo aún.

Aun así, la noche del concierto le hago fotos y las publico feliz por mi creación. Mi tía está a mi lado mirándolo todo como una niña. Le hago una foto y la subo cuando me da permiso.

Bajo su foto pongo:

Sonrisas de ilusión que retornan cuando te piensas que los años te quitan la posibilidad de poder mirar como un niño la vida.
#quieroamitía #yoseréunaviejaloca #yesomeencanta

El concierto sigue y al acabar veo la chaqueta que mi tía y yo hemos diseñado olvidada entre la ropa. Sé que siempre es igual, pero esta vez me da rabia y la cojo para quedármela. Es una chaqueta única y las cosas que lo son hay que mantenerlas siempre a tu lado.

Me la pongo, huele a él.

Mi mente evoca los recuerdos en los que un abrazo se convertía en el placer más absoluto y donde nos hacíamos el amor con tan solo una caricia.

Nunca nos acostamos y, sin embargo, siempre lo he comprado con otros porque no hizo falta que lo hiciéramos para sentir que éramos uno.

La guardo en una bolsa que encuentro por allí tirada y busco a mi tía.

Esta se va a ir al hotel a dormir, yo no tengo ganas y acepto irme de chupitos con Antoni a ver quién gana esta noche. Sé que beber no me sienta bien, pero por olvidar merece la pena.

Christian

Observo a Lisa beber un chupito. He perdido la cuenta de los que lleva y cuando yo llegué al reservado ya llevaba unos cuantos. Choca con Antoni, un capullo que se nota que quiere acostarse con ella, y se lo mete de lleno. Antoni dice que no puede más con un gesto y Lisa se sube sobre una mesa y trata de bailar..., o más bien intenta no caerse por el pedo que lleva.

Cuando yo la conocí odiaba beber. No solo yo he cambiado. Aunque en mí los cambios sean más evidentes todos con los años lo hacemos.

Veo cómo va hacia la pista de baile sola y cómo un idiota va tras ella claramente para aprovecharse de su embriaguez. Al llegar a Lisa trata de tocarla y esta lo esquiva. No llego antes de que le ponga la mano en el culo, pero sí de que esta se la coja y se la retuerza con fuerza.

—Me tocas otra vez y te la corto —le dice con una claridad que sorprende en alguien tan borracha.

El impresentable se va y es entonces cuando Lisa me mira. Lleva mi chaqueta, la que yo me pensaba quedar porque es diferente al resto de ropa que me ha comprado. Esta es un diseño suyo y me recuerda a la que llevaba ella la primera tarde que quedamos.

Sé que lo ha hecho aposta, como diciendo «tú quieres que nadie sepa lo que fuimos, pues esta noche todos verán sin saber lo que ocultas».

—Vete.

—Vale —le digo, y por su gesto sé que no la sorprendía. Doy un paso hacia ella y cojo su mano—, pero tú conmigo.

Tiro de ella hacia donde están nuestras cosas, protesta, pero no le hago caso, ni yo ni los del equipo, que se ríen por cómo me golpea.

—Para querer que lo nuestro no se sepa, lo disimulas muy bien.

—Solo te llevo al hotel porque vas borracha.

—No lo voy... Al menos no mucho. Aún te recuerdo.

Nos miramos retadores hasta que decido sacarla de aquí. Al salir, como me suele pasar, me paran para hacerme fotos. Me detengo para que no me

tachen de mala persona, porque mi mánager me lo exige. Yo le digo que no es de ser mala persona ser humano y necesitar un segundo de no ser Christian el cantante.

Me paro hasta que veo que Lisa se trata de escapar al soltarla de la mano. Voy hacia ella y la cojo de la mano sin importarme por una vez el contrato.

Llegamos al hotel y la llevo a mi cuarto. Debería dejarla en el suyo, lo sé, pero algo me lo impide.

Al entrar me golpea con un dedo acusar.

—¿Por qué no me dejas en paz?! ¡No te importo! ¡No volviste! Y, mira, entiendo que no regresaras, que te dieras cuanta de que no me querías tanto como decían tus canciones o tú mismo. Pero que me repudies y machaques mi puñetero recuerdo no te lo permito.

—Tengo un motivo, pero ahora no estás en condiciones de hablar.

—Claro que lo estoy —dice yendo hacia el sofá. Trata de sentarse en el reposabrazos y digo trata porque se cae de espaldas—. ¡Joder! ¡Mi cabeza!

—¿Estás bien? —le digo incorporándola.

—Sí..., o eso creo. Por lo menos no veo doble.

Alza la mano y me acaricia la mejilla. Mi cuerpo reacciona a su contacto. Al mirarla a los ojos es como si hubiéramos viajado en el tiempo.

Nunca he olvidado ni uno solo de los segundos vividos con ella y muchas de las canciones que no verán la luz de momento están inspiradas en ella.

—Tal vez cuando esté sobria no quiera escucharte.

—Seguramente, pero esperaré.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque yo tampoco quería ver en tus ojos lo mucho que he cambiado. Era mejor ignorarte y no recordar a ese chico con sueños locos.

—Ningún sueño es loco. Lo loco es no luchar por ellos.

Lisa cierra los ojos y trata de levantarse.

—Quédate aquí a dormir.

—Si mi tía no me ve al despertar se preocupará. Y puede que los *paparazzi* crean que estamos liados.

—No toman en serio a las chicas con las que estoy. No es eso lo que

buscan de mí.

—Eso es porque como siempre vas con una diferente, no le dan importancia.

—¿De verdad siempre voy con una diferente? Piensa con cuántas me has visto tú desde que estás con nosotros, Lisa.

—Lo haría, pero la cabeza me va a estallar. Me marchó... y recuérdame que tienes algo que contarme.

La acompaño a su cuarto y, de camino otra vez al mío, me pregunto si me merece la pena insistir en contarle por qué oculté lo nuestro.

Hoy no tengo la respuesta.

Capítulo 16

Lisa

La gira tiene un alto y muchos regresan a sus casas. Yo entre ellos. Y mi tía también. Quedamos en el siguiente destino. No he hablado con Christian, recuerdo todo lo que hablamos, pero no he encontrado el valor de dejar que me dé una razón que pueda destruir las barreras que me hacen estar lejos de él. Esas que cada vez que lo miro no hacen más que tambalearse.

Entro a mi piso y la soledad que me recibe una vez más no me gusta.

Enciendo la calefacción porque aquí hace frío y mi casa está helada. Me pongo un pijama supercalentito y los calcetines por fuera. Ahora mismo estoy vestida de antimorbo total. Estoy tentada de hacerme una foto y subirla a las redes, pero me detengo. Una vez más recuerdo lo que me dijeron de que era más natural en persona. Me hace pensar que en redes estoy viviendo una falsa realidad como si un «me gusta» me hiciera sentir menos sola. Es triste, pero sé que es así.

Es como si tuviera que decir a la gente: «Mira cuántos me gusta tiene mi foto, mi vida social es superextensa». Y, a la hora de la verdad, si grito el eco de mi piso me lo devuelve.

Me preparo para pasarme la noche viendo series o pelis malas de la tele.

Estoy cogiendo la manta cuando llaman al timbre de mi puerta. Me parece raro que a estas horas venga alguien a mi casa. Mis amigas no podían quedar hasta mañana y el resto de vecinos no sé ni quiénes son más que de «hola», «adiós» y hablar de tiempo en el ascensor... Vamos, de nada.

Abro la puerta y me quedo de piedra cuando veo a Christian tras esta con una maleta pequeña y una bolsa. Hago amago de cerrar, pero no me deja y entra en mi casa.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso eres mi pesadilla? —sonríe y deja sus cosas cerca del sofá.

—Tengo unos días libres.

—Lo sé. ¿Y?

—Leo me ha invitado a la celebración por el próximo nacimiento de su hijo.

—Y has decidido venir, qué bien, nunca has venido a nada de tu amigo Leo... O bueno a nada con sus otros amigos, ya que con su hermana te lo pasabas muy bien.

—¿Celosa, Lisa?

—Para nada. Y ahora dime. ¿Qué pintas en mi casa?

—No me apetecía ir a un hotel.

—Me parece bien que no quieras hoteles, pero eso no responde a qué haces en mi casa.

—Tienes varios cuartos de invitados, puedo quedarme en uno de ellos como si fuera tu compañero de piso —me dice con todo el morro posible.

—No me puedo creer que me estés diciendo esto cuando me evitas.

—No te evito, solo te doy tiempo, pero me he cansado de esperar. Voy a contarte por qué escribí ese libro, lo quieras escuchar o no.

Lo veo irse hacia el cuarto que ocupó la otra vez y lo sigo. Mete ropa en el armario tras abrir su maleta y yo se la saco. Me mira con una sonrisa. ¿Pero este de qué va?

—¡No te he dicho que sí!

—Vamos, Lisa, por los viejos tiempos.

Me pierdo en sus ojos y siento la comezón en el pecho al mirarlo de saber que esos tiempos nunca regresarán. Al tenerlo enfrente me cuesta ver en él al chico por el que sentí amor.

—No sé...

—Firmemos una tregua, necesito un descanso de ese mundo que me tiene absorbido. —Sé que dice la verdad sin mirarlo a los ojos, aun así lo hago y veo un cansancio reflejado en sus iris verdes.

—Vale, pero quiero saber ya la verdad.

—Bien. —Abre la mochila que lleva y saca unos papeles—. No puedes decir a nadie lo que vas a leer. —Asiento—. Es mi mierda de contrato discográfico, léelo mientras me cambio.

—Bien. Si quieres usar el aseo hay toallas limpias en el primer cajón del mueble del lavabo.

Me voy al salón con el contrato y lo leo detenidamente. Entiendo algo

de contratos, por eso al leerlo me quedo petrificada por la cantidad de cosas que firmó Christian, eso sí, todo maquillado para que no se note a simple vista que estás, en pocas palabras, vendiendo tu alma a tu mánager.

Escucho los pasos de Christian cuando casi estoy acabando. Se sienta a mi lado y no dice nada hasta que alzo la vista y entrelazo mi mirada con la suya.

—Antes de que me preguntes cómo fui tan tonto, te diré que yo le pregunté todo a mi mánager para que me lo explicara y él me daba una explicación muy convincente de lo que ahí ponía. No tenía ni idea de lo que hacía. Tenía tantas ganas de sacar un disco, de dar a mi madre una mejor vida..., que no pensé que en este mundo hay gente que se aprovecha de eso.

—Lo entiendo. ¿Y el libro?

—Como bien sabes, yo no busqué ese libro, se hizo para pillar al tío y la ex de Killiam. Pero luego mi mánager lo vio como algo positivo y me escribió unos diarios señalando lo que quería que dijera. Los verdaderos nadie los ha leído.

—¿Y por qué no lo mandas todo a la mierda?

—Porque no puedo. Y no te puedo decir más.

Noto en sus ojos que su motivo es muy importante y me da rabia que no me lo cuente. Mi lado cotilla quiere gritar de impotencia. No lo hago porque sé que no me dirá nada.

—No deberías dejar que te pisotee de esta forma. Puede que tu motivo sea muy importante, pero ¿a cambio de tu vida?

—Ya has leído que no podría firmar otro contrato en quince años y que todos mis bienes conseguidos por este contrato pasarían a la discográfica que apostó por mí y a la que dejo tirada —dice con ironía.

—Y el dinero es muy tentador...

—Es mío y para que siga siéndolo solo tengo que soportar esto unos años más...

—Y mientras tú callas otros inocentes como tu firmarán estos contratos porque todos tenéis tanto miedo a decir la verdad por las puertas que hipotéticamente se cerrarán que estáis dando alas a esto. Eres tan culpable como ellos al callar y sé que lo sabes.

—Sea como sea, por estos días no quiero pensar en esto...

—Y eso porque sabes que deberías arriesgarte aunque pierdas, que cada vez que agachas la cabeza se rompe algo dentro de ti y te aleja de quien eras...

—Porque tú ya no me reconoces —afirma—, lo he visto en tus ojos.

—Entonces no hace falta que yo te lo diga.

—Yo tampoco te reconozco, Lisa, la chica que yo conocí era feliz sin necesitar que todo el mundo viera lo maravillosa que es su vida.

—No era feliz...

—No tenías la vida que querías, pero aun así eras capaz de ser feliz con lo que tenías. Los dos hemos cambiado.

—Parece ser que sí.

—Entonces, por estos días olvidemos quiénes éramos y quiénes somos de cara a la galería. Necesito un respiro.

Asiento, no sabiendo muy bien si lo mejor sería coger sus cosas y echarlo de mi casa.

—Solo una cosa más...

—Raro era que no tuvieras más preguntas. —Bromea.

—Y si antes de que acabe el contrato te echas novia o tienes hijos... ¿Los deberás ocultar?

—Ya sabes la respuesta.

—Qué triste entonces saber que te importa más toda esta mierda que la gente a la que dices amar. Mi Chris no era así. Él se alejó de mí jurando que me quería por su madre, la mujer que le dio la vida. ¿Y sabes qué? Aunque lo perdí eso me hizo quererlo más.

Christian no dice nada, pero por el tic de su pierna sé que le he tocado y hundido. Lo miro a los ojos y el tormento que veo en ellos me hace dejar todo esto aparcado.

No sé qué saldrá de esto, solo que una parte de mí se ve arrastrada a descubrirlo.



Nos pasamos la noche viendo las pelis más malas de la tele. Son tan malas que enseguida sabes quién es el malo y juro que los dobladores hablan como si fuera una peli porno y me creo todo el rato que se van a despelotar y ponerse a la faena. Así se lo digo a Christian y le entra la risa. Por eso se gana

que le lance un cojinazo y nada flojo.

—¡Joder! Qué bruta eres.

—Tengo mucha fuerza bruta. —Se me abre la boca—. Me voy a la cama, estos de la tele no parece que vayan a hacer nada interesante como follar. Y la película es muy mala.

—Sí lo es, sí, pero hace mucho que no me siento a ver la tele. —Su mirada se pierde.

—Pues mañana más cuando regrese de trabajar.

Me voy hacia mi cuarto. Christian me sigue tras apagarlo todo. Se me hace raro tenerlo aquí, es como si mi piso hubiera cobrado una vida diferente. Pienso en decir algo, el problema es que sería tan estúpido que dejo que por una vez hable el silencio.



Llego a casa ya tarde, casi a las ocho de la tarde. He tenido que decir a mis amigas de quedar otro día. Hoy he quedado con una mujer que acaba de tener un bebé y no encuentra ropa que ponerse. Su cuerpo ha cambiado mucho tras el embarazo y antes le gustaba lucir su tripa orgullosa, ahora solo la quiere esconder y verse como antes de tener un hijo.

No tiene mucho tiempo para nada y eso hace que a veces se olvide de ella, y si a eso le sumas que no hay ropa muy moderna y asequible de tallas grandes pues todo se complica.

Si le cuesta encontrar tiempo para comprar y todo es tan complicado porque en las tallas grandes no se encuentra ella misma, eso hace que se vaya dejando, y por eso me escribió. No quería ropa cara, solo ropa donde al mirarse se viera madre y se viera mujer. Quería verse ella misma.

Me estuve informando y me ha costado mucho. Hemos ido a sitios fijos y la he aconsejado cómo llevar la ropa de la forma que pueda estar a gusto con su nuevo cuerpo. Las modelos que salen perfectas tras parir son solo un espejismo. La realidad es que muchas mujeres pasan de tener una treinta y ocho a verse con un cuerpo que no es el suyo. El pecho y la tripa siguen hinchados y pasa un año antes de que recuperes tu figura. Lo sé por mis amigas. Britt y Abby tuvieron suerte por contar con Lilliam y esta les pedía ropa por catálogo y daba igual el importe, pero la gente de a pie también quiera ir bonita.

Me ha costado mucho dar con lo que ella quería, y más haciendo muchos parones para que el bebé estuviera a gusto. Aunque su madre nos acompañaba, la mujer está mayor y no puede cogerlo en brazos y hacer muchas cosas para las que una madre es imprescindible.

Al ver su cara de felicidad cuando la he dejado y el beso que le ha dado a su marido por la dicha que siente, me he sentido como su hada madrina. Y es eso lo que soy, y como pasa en todos los cuentos el hada madrina es la que cumple los deseos y sueños de otros, nadie sabe si esta es feliz o no. Cuando el final del libro llega, nadie se pregunta si el hada es feliz o si ella tiene sueños o deseos.

Yo cada vez tengo más claro que me tendré que conformar en verme reflejada en la felicidad de otros. Y ser como ese personaje de cuento, que todos quieren, pero egoístamente, solo para su propia felicidad. Que vive su historia de amor a través de los ojos de otros, siendo un secundario en esta vida, donde unos la viven y otros miran desde un rincón lo que desearían tener.

Abro la puerta y veo a Christian poniendo la mesa, y el bajón que siento se acentúa.

—¿Y esa cara? ¿Todo bien? —me dice preocupado.

Dejo mis cosas en el armario tras cerrar la puerta.

—Soy una puñetera hada madrina. Y estoy muy feliz de serlo. De verdad, amo mi trabajo. Pero... ¿cuándo me tocará a mí vivir otra vez un cuento de hadas? ¡Yo sí creo en el amor! Y es tu culpa, claro.

—Es mi culpa, claro —repite.

—Sí que lo es, lo es porque si llego a saber que nunca regresarías, que solo estabas de paso en mi vida pues te hubiera secuestrado o algo...

—Me tenía que ir y no pude regresar. Era lo que quería, pero sabes que no siempre se puede lograr lo que desea.

—Lo sé y por qué...

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque no confío en ti ahora. Solo confío en mi madre. —Asiento y me voy hacia mi cuarto—. Un día llegará tu momento y habrá un cuento que se llame La historia nunca contada del hada madrina.

Me entra la risa.

—Podrías escribir una canción sobre eso.

—Una canción más que nadie escucha.

—Pues vaya mierda... Tu vida es peor que la mía. ¿Nos emborrachamos? Para olvidar y eso.

—No, y ahora cámbiate o se enfriará la cena.

—Más te vale que esté bueno.

—Estoy muy bueno. —Me río y voy hacia mi cuarto.

—Pero no pienso darte ni un bocadito. Eres una tentación de la que paso olímpicamente.

No comenta nada. Solo estaba bromeando.

Hay líneas que es mejor no cruzar o si no será un camino de no retorno.

Capítulo 17

Christian

Lisa regresa con su pijama antimorbo puesto y aun así la encuentro preciosa. Tal vez porque es natural, no lleva nada de maquillaje, se lo ha quitado y se ha recogido el pelo en una graciosa coleta. Todo en ella dice que no le atraigo, que no me quiere conquistar, que le da igual como la vea. Y, sin embargo, cuando se acerca y me mira a los ojos veo en ellos que no le soy tan indiferente como le gustaría o como me gustaría a mí.

Ella es una complicación, el problema es que cuando pensé en pasar días alejado de ella cogí la maleta y me vine a buscarla. Una parte de mí quiere creer que es porque necesitaba que supiera la verdad, otra sabe que lo he hecho porque necesito que la segunda mujer que más he querido no me mire como si fuera el peor hombre de la tierra.

Cenamos en silencio y Lisa se lo come todo. Siempre fue de buen comer, y me encantaba de ella. En nuestras contadas citas comíamos de todo y no tenía que pensar en las dichas calorías. Lisa se veía preciosa, y si no lo hacía era por culpa de su padre.

Por eso cuando yo la miraba y veía en mis ojos que para mí era preciosa se olvidaba de las razones por las que se creía que no era así.

—¿Saco una botella de vino y nos emborrachamos? —me dice cuando nos tiramos en el sofá.

—No, por mucho que lo intentes la mierda sigue en tu puerta cuando se te pasa la borrachera.

—Sí, es un asco... ¿Nos acostamos para pasar el rato? —Lo dice de broma, pero su manera de mirar mis labios hace que suba mi temperatura.

—Vale, pero tú encima que estoy cansado. —Le sigo el juego, un juego peligroso porque noto cómo ha subido la temperatura en el cuarto.

Prueba a mover su brazo y lo deja caer en el sofá.

—Estoy molida, lo dejamos para otro día. Hoy solo puedo usar el dedo para hacer *zapping*.

Sonrío, me encanta que diga lo que se le pasa por la cabeza. Siempre fue así. La gente la miraba por ser diferente, por dar color a un pueblo gris. Por ser la nota discordante de un «perfecto» lugar. Algunos decían que era un poco loca, yo siempre entendí su locura.

Una pizca de real y un poco de inventado para hacerte sonreír y no sentirse expuesta, y cuando no te lo esperas un «te quiero» sincero. Así era mi Lis.

Ponemos otra vez pelis malas y una de ellas hasta me engancha, tanto que Lisa se ríe cuando la mando callar.

—Si el malo es el padre —me dice con la boca llena de dulces que ha traído de la cocina. Sé que mi mirada es la de un asesino ahora mismo por cómo agranda los ojos—, olvidé que odias los *spoilers*... ¡Sorpresa!

—Puedes estar equivocada.

—Claro... —dice dejando claro que no cree estarlo. Al final tiene ella razón—. ¡Lo sabía!

—Me has jodido la película —se ríe.

—En la siguiente te prometo estarme callada.

—Lo dudo mucho —se ríe y yo acabo riéndome con ella.

Nos vamos a la cama y por una vez al cerrar los ojos no siento deseos de no despertar por un tiempo.



Salgo del aseo tras una ducha. Son las nueve de la mañana y creo que Lisa se ha ido a trabajar, pero no, está en el salón y sobre la mesa tiene un montón de pinturas y pelucas.

—Buenos días.

—Buenos, ¿qué es todo esto?

—Es para ti, me lo ha dejado Maddie antes de irse a trabajar.

—¿Y para que necesito yo todo esto? —Alzo una peluca negra.

—Bueno, quiero que vengas conmigo de compras y luego a casa de Lilliam a que la conozcas y sobre todo a su preciosa hija Delia.

—¿Le gusta mi música?

—Odia tu música, dice que es muy comercial y falta de sentimientos. Opino como ella, por si no te lo he dicho, y ahora siéntate. No me arriesgo a ponerte solo unas gafas o una gorra. Llamas mucho la atención y alguien se

daría cuenta.

—Me ha funcionado otras veces y lo sabes.

—Vi cómo las mujeres te devoraban con la mirada, y tantas miradas solo pueden acarrear que alguien te reconozca. Vamos, no tengas miedo, Maddie me ha dicho cómo ponerte perfecto para estar irreconocible.

Me siento y me dejo hacer. La barba me pica nada más que me la pone. La miro dejándole claro lo poco que me gusta todo esto y ella me saca la lengua. Lo está disfrutando.

Al acabar tira de mí hacia el servicio y me da miedo mirarme. Lo hago... y no me reconozco. Me ha puesto barba negra y peluca negra. Las cejas las tengo algo pintadas para que no dé el cante. No parezco yo, salvo por los ojos.

—Y por supuesto te pondré gafas de sol. Das tanto asco que hasta con postizos estás buenorro.

—Tú que estás deseando que me acueste contigo. —Bromeo con ella.

—Claro, tengo muchas ganas, por eso esta noche me he metido en tu cama y te he seducido mientras dormías. Que sepas que te he hecho de todo.

—No sabía que te iba el sexo con un amante que se mueve tan poco. —
Le sigo el juego.

—Pues la verdad es que no, pero no eres el primero que se piensa que una mujer solo necesita un par de besos para caer rendida y que como tiene cuerpazo no se tiene que mover nada.

Hablar de sus relaciones sexuales me molesta, por eso cambio de tema.

—Te invito a desayunar y luego soy todo tuyo.

—Trato hecho.

Nos vamos a una cafetería de un tal Víctor que me encanta. Todo está delicioso y yo, que no soy goloso, me veo disfrutando mucho de sus dulces y de que nadie me reconozca. No sabía que necesitaba tanto esto hasta ahora.

Me encanta estar con mis seguidores, pero primero siento que los estoy engañando y que de conocer cómo soy en verdad seguramente no lo serían, y segundo, que me gustaría poder dejar de ser Christian el cantante de vez en cuando y hacer cosas cotidianas y normales como siempre he hecho. Me gusta ser invisible y ahora no puedo serlo. Cuando pensaba en cantar y en ser reconocido me parecía genial, no sabía que esto no tenía botón de pause

donde puedes recuperar parte de tu vida.

Y no es que no disfrutes con la gente que te sigue, es solo que al no poder parar te acabas perdiendo sin darte cuenta y te cuesta encontrarte a ti mismo y más si tienes un contrato de mierda como yo y te das cuenta de que a quien dice «te quiero» no es a ti, sino a lo que representas.

Terminamos el desayuno y nos vamos de compras. No me gusta nada comprar, pero he de reconocer que Lisa sabe lo que hace. El estilo que busca para mí es el que tenía antes. Cuando nos conocimos. Por eso no me he quejado, porque es así como me gusta vestir.

Llegamos casi a la hora de la comida a casa de su amiga. Nos abre Lilliam, y a su lado está su preciosa hija Delia. Lisa no ha parado de hablar de ellas, sobre todo de la pequeña.

Delia abraza a Lisa demostrando lo feliz que es de tenerla cerca. Entramos a la casa y me quedo algo desconcertado cuando veo a alguien que me suena mucho, pero no sé de qué. No lo sé hasta que Lisa le da dos besos, y sé que se trata de su ligue con el que pasó hace poco una noche. ¿Qué hace aquí?

—Christian, te presento a Romeo, es el hermano de Owen y mi salvador —me dice sonriente como si supiera que estoy pensando.

—Encantado de conocerte. —Le estrecho la mano.

Al poco aparece Owen de la cocina y nos saludamos. Nos sentamos a la mesa y Delia se pone a mi lado y no deja de mirarme.

—¿No deberías quitarte la barba postiza para comer?

—Debería, pero Lisa ya me ha advertido que no sabe si me la podrá poner otra vez. Le ha salido de chiripa —le digo bajito. Delia se ríe.

—Sé cómo te lo he puesto, y vas genial.

—Tiene que ser un asco no tener vida privada. Yo no podría soportarlo —me dice la niña.

—Yo a veces tampoco.

—Y todo por unas canciones sin sentido y que no entiendo cómo pueden gustar a la gente. No eres muy bueno.

Owen rompe a reír por el descaro de su hija, Lilliam, azorada, le dice que eso no se dice, Delia me mira a la espera de saber si me he ofendido.

—No puedo gustar a todos, si lo esperas es que no eres realista.

—Esa es una buena respuesta.

—El Christian que yo conocí no era así. Aunque hace canciones comerciales, es un niño prodigo de la música —cuenta Lisa—, desde niño su madre ha trabajado para pagarle las mejores clases. Toca todos los instrumentos..., pero ahora se conforma con la guitarra y poco más.

—Yo canto y toco los instrumentos fatal —me informa la pequeña—. Pero un compañero mío es como tú, tiene un don especial para la música. Donde nosotros vemos sonidos cotidianos él ve el comienzo de una melodía.

—Es así —le digo asombrado y maravillado por su inteligencia.

Lisa me ha contado la historia y ha tenido mucha suerte de dar con personas que la entienden, yo sé lo que es eso. Lo que es ver más diversión en tu música que en estar con los amigos porque ellos no te entienden. Mi madre siempre me apoyó y nunca me sentí solo por eso. Ella entendía mi mundo y me daba las alas para que pudiera volar sin límites. Ahora Delia tiene una familia que hace lo mismo por ella.

Al terminar la comida nos sentamos a tomar café y Delia le pregunta a Lisa por la gira, Lisa se lo cuenta todo, hasta las borracheras que ha pillado. Delia se ríe, yo la miro impresionado por que no tenga filtro ni con una niña.

—Así sabe lo que no debe hacer.

—Lisa no entiende muy bien eso de que a los niños no se les puede contar todo —dice Lilliam con cariño.

—No he dicho ni una palabrota —dice Lisa guiñando un ojo a Delia.

—A mí me gusta que me lo cuente. Así puedo hacer un estudio de cómo se comportan las mujeres tras pasar los treinta y sentirse unas solteronas.

Romeo rompe a reír, los padres de la pequeña la miran impresionados y Lisa, Lisa se ríe.

—Hazlo y yo te ayudo, y anota también que la culpa de que me sienta así es la maldita sociedad y el reloj biológico ese de mier... de caquita. Porque ahora dicen que los treinta son los nuevos veinte, pero mi puñe... mi cuerpo sigue como el de las mujeres de toda la vida. La evolución humana siempre va en contra de las mujeres. Y eso que no soy feminista.

—¿No? —pregunto extrañado, me la veía haciendo campañas en pro de la mujer.

—Creo en la igualdad, y si inclinamos la balanza hacia un lado o a otro

siempre se perderá. Porque no hay que favorecer a unos perjudicando a otros, por eso hay que vernos como iguales, y punto. Y eso que vengo de una familia donde mi padre era un machista sin corazón, pero por eso mismo no creo que fuera bueno que se diera la vuelta, pese a tocar con mi padre he conocido hombres maravillosos, y lo justo es que todos seamos iguales.

Por eso me chocaba, porque Lisa ha vivido la opresión de un hombre que tiene a las mujeres como si no fueran nada; que piense así me gusta y me dice mucho de la mujer que es ahora. Me dice, sobre todo, que ha dejado el pasado atrás para bien o para mal, ya que yo también soy parte de ese pasado y no sé si me gusta saber que he pasado a ser parte de lo olvidado.

Delia me dice de ir a su cuarto y al llegar me da una flauta. Me quiere probar. La cojo y toco la canción que ella me inspira y lo que me ha hecho sentir conocerla. Se lo digo con notas y por la emoción de sus ojos lo entiende.

—Eres como yo, no todos saben verte y tú tampoco quieres que lo hagan...

—No es eso.

—Yo también me oculté. Ya llegará el momento de que tú te muestres.

—Me da un abrazo que me deja desconcertado, se lo devuelto y sé que me he enamorado de esta niña.

Capítulo 18

Lisa

—Estás enamorada de él —me dice Lilliam cuando nos quedamos solas en la cocina escuchando a Christian tocar la flauta de fondo.

—Para nada...

—No lo he preguntado, lo he afirmado y creo que te has ido de viaje porque aún sentías algo y, una de dos, o querías ver si podía haber algo más o cerrar del todo ese episodio de tu vida.

—Para...

—No te repitas y no me mientas, hemos vivido juntas y he aprendido a saber cuándo mientes.

—Bueno, puede que me guste un cincuenta y uno por ciento...

—Yo diría más porque le hiciste creer que te liaste conmigo —dice Romeo entrando en la cocina.

—No hice eso.

—Ya, claro, por eso me ha mirado con cara de ¿qué hace tu ligue de una noche aquí? Su gesto no se ha suavizado hasta que ha comprendido que solo somos amigos.

—¿De verdad? —le pregunto con una sonrisa.

—Mi trabajo de director de seguridad me hace anticiparme a lo que la gente pueda hacer, he aprendido a leer las miradas de las personas y a Christian no le eres indiferente.

—Por supuesto que no, suelo dejar huella en la gente. —Me doy el pegote, aunque por dentro me pregunto si es verdad y si me importa que lo sea.

Romeo sonrío y se despide de nosotros porque tiene que organizar su viaje, ya que se marcha de nuevo.

Me quedo un rato hablando con Lilliam hasta que Christian aparece con la pequeña Delia que, de no gustarle nada el cantante, ahora al mirarlo noto que ha cambiado lo que pensaba de él. Claro que Delia ha escuchado al que

se esconde tras ese contrato.

Nos despedimos de ellas y ya en mi coche Christian se gira y me mira fijamente, sé lo que me va a decir antes de que habla la boca, por eso lo digo yo antes:

—Te has enamorado de Delia.

—¿Y cómo sabes que te iba a decir eso?

—Es que tengo la suerte de ser muy lista —sonríe.

—Es encantadora, no me extraña que la quieras tanto.

—Se hace querer. Es lo que tiene mostrarse tal cual eres, que corres el riesgo de no gustar o de enamorar a todo por lo único que eres.

—Y eso que acabas de decir no va para nada con segundas. —No parece ofendido y eso me relaja.

—Para nada..., o bueno, sí. No puedo evitar picarte, me sale solo.

—Qué suerte la mía... —Bromea.

No tardamos en llegar a mi casa. Cada uno se va a su cuarto y luego nos turnamos el aseo antes de ponernos cómodos. Yo, cómo no, me pongo mi ropa de «no me interesas para nada», y sería una mentirosa si no dijera que espero que me vea algo sexi con ella, aunque solo sea por el morbo que le da ver qué tengo debajo..., aunque sea ropa interior sencilla y aburrida. Haces años que paso de gastarme un dineral en ropa sexi porque no me parecía cómoda y para que no la vea nadie y a mí no gustarme era una tontería.

Eso sí, por fuera voy divina, y si por dentro me tengo que poner una faja *escondemichelines* pues a nadie le importa.

Voy a la cocina, donde escucho a Christian trastear entre mis armarios. Me quedo en la puerta mirando su culo, lo tiene perfecto, el jodido, y antes no me fijaba en esas cosas. Cuando empezamos para mí era perfecto en conjunto, no lo miraba y decía «joder, qué culazo o cómo me pone...». Era todo tan inocente, tan sencillo, que lo he extrañado después.

Me gusta saber lo que quiero e ir al grano, pero entre lo que quiero también está esa lenta conquista de cuando ibas aprendiendo a amar para después desear.

—¿Te has hecho algo para tener el culo así? Antes no era así de perfecto —le suelto—. Era igual, pero también yo tenía dieciocho años...

—Y menos horas de gimnasio.

—Me gusta correr, pero no me obsesiono.

—Yo tampoco me obsesiono, por eso paso de ir al gimnasio. Ir de compras cansa mucho. —Me mira con una sonrisa—. Me ha gustado lo que le has tocado a Delia. Era tuyo.

—Sí —reafirma, aunque no hacía falta—. Hace tiempo que no toco nada propio.

—Es una lástima. Es genial.

Noto dolor en los ojos de Christian cuando asiente. Me acerco y acaricio su cintura.

—Tiempo al tiempo. Un día decidirás qué pesa más si la posibilidad de perder esto o el ser tú mismo. —Asiente y no me dice nada más.

Decido dejar a un lado mis reproches. Siento que él ya se fustiga demasiado como para hacerle más daño.

Christian prepara la cena y yo le ayudo. Nos sentamos a cenar los bocadillos en el sofá viendo la tele. Acabamos viendo una serie de mi canal de pago y lo pico cuando descubro cosas que para mí son evidentes. Le da un tic en el ojo y me da la risa por su tic.

—No me gusta ver series contigo —dice, pero no se va y cada vez estamos más juntos.

Estamos tapados con una manta de borrego y aunque he puesto un poco la calefacción hace frío. O eso me quiero decir cuando busco el calor de su cuerpo.

—Te encanta hacerlo, no he visto que te hayas ido corriendo a tu cuarto.

—Eso es porque allí hace más frío.

—Cierto. —Me acerco un poco más a él. Mi corazón hace rato que late más loquito por su contacto. Y noto en el estómago unas mariposas que solo sentí con él.

La gente ahora dice que si se acuesta con alguien en la primera cita es para saber si son compatibles, yo nunca me acosté con Christian y no me hacía falta para saber que en lo que de verdad importa encajábamos a la perfección.

Noto que me estoy quedando dormida, que mi cara cada vez se ve más tentada del hueco de su cuello. Noto cómo caigo sobre este y cómo Christian pasa su mano por mi cintura para que esté más cómoda y no hago nada para

alejarme.

Por una vez más quiero sentir lo que hace años perdí.

Christian

Escucho a Lisa correr por su cuarto mientras elige qué ponerse. La he visto salir con siete modelos diferentes, a cuál más raro. Cuando sale con el que parece ser el elegido, la miro de arriba abajo.

—¿Y para eso has tardado tanto?

—¿Para eso? ¿Acaso no entiendes de moda?

—Llevas un chándal con una camisa y tacones.

—No es la primera vez que voy así.

—No, y tampoco es la primera que me parece ridículo.

—Es la moda.

—Entonces, si se pone de moda llevar una maceta en la cabeza la llevarías.

—Tonto, tengo que estar genial.

—Solo es una comida de amigos...

—Amigos de Leo, solteros y seguramente supersexis, nunca se sabe dónde encontraré el amor de mi vida. Nunca he dejado de buscarlo. Desde que acepté que no regresaría, así que déjame en paz con tus comentarios. Estoy preciosa.

Abro la boca para hablar, pero recuerdo que pese a todo no confío en ella. Callo y la sigo cuando sale por la puerta. Nos vamos a casa de Leo y, aunque Lisa lo ha intentado, no he dejado que esta vez me maquille ni me ponga pelucas. Por hoy solo quiero una gorra y gafas. Total, solo vamos a casa de Leo.

Llegamos a casa de Leo y el trasiego de coches que hay me hace comprender que esta no será una fiesta normal con unos pocos amigos, por la cara de Lisa ella tampoco esperaba esto.

—Supongo que se ha acabado tu tiempo libre —me dice.

—Eso parece.

—Es mejor que entres primero y luego entre yo. Sé que la gente no se mete en tus ligues, pero...

—Pero no quieres que tu futuro marido piense que te acuestas conmigo.

—Claro. Ale, sal. Luego nos vemos.

Me bajo del coche y toco el timbre. Me abre la puerta un hombre que no conozco de nada y por su vestimenta deduzco que es el mayordomo. Le digo quién soy y me deja pasar. Al salir al jardín acondicionado por la comida veo primero a Maddie con cara de pocos amigos al lado de Britt y Abby. Al verme, Abby me saluda eufórica y se acerca a mí. Por su tripa deduzco que está esperando un nuevo bebé, su hija está con su marido no muy lejos. Es tan bonita como la madre.

—Christian. —Me abraza con cariño—. Qué alegría verte. ¿Y Lisa?

—Vendrá luego, no quería que su posible futuro marido piense que estamos liados —le digo, y se ríe.

—Esta Lisa no cambiará nunca —dice Britt. Me abraza.

Una vez me creí enamorado de ella, pero no sentía nada más que atracción y un intenso deseo de tener lo que tuve hace años. Pero, como le dije a Britt, en esta vida uno solo se puede arrepentir de no intentar las cosas.

—Estás preciosa, Britt, Donovan te trata bien.

—Más me vale —me dice su marido antes de estrechar mi mano.

Killiam me saluda y al poco llegan Lilliam y Owen con la pequeña Delia, que me da un abrazo antes de irse a jugar con los hijos de las que considera sus tías. Lisa aún no hace acto de presencia y Maddie, a la que he saludado hace poco, no deja de asesinar con la mirada a su marido.

—¿Y esa cara?

—Era una puñetera fiesta de amigos... No de tantos idiotas que no soporto. Pero claro se enteró el mánager de Leo y dijo que se apuntaba y traería a unos amigos... Y mira cuántos amigos tiene. Esta Leo me la paga.

—No lo pongo en duda.

Miro a la puerta justo cuando aparece Lisa y por su cara me pregunto quién de los dos actúa mejor ante la gente, si ella o yo. Pues ahora mismo al mirarla no la reconozco.

Se acerca a Leo y lo saluda, y este le presenta a los que tiene cerca y no pierde la oportunidad para hacerse selfis con ellos y ponerlos en su muro donde la gente espera ver su «vida».

—Christian —me giro y veo a un hombre de unos cincuenta años—, mi hija es fan tuya —me señala a una joven quinceañera que me mira como si yo

fuera un Dios caído del cielo. Odio que me miren así porque yo no soy nadie. Solo canto bien—. ¿Puedes hacerte una foto con ella?

—Claro, será un placer.

Me cuesta volver a estar con la gente que conozco en el resto de la comida informal. Voy de un lado a todo hablando de mi música y representando mi papel. Lisa hace lo mismo o eso creo, ya que no para de hablar con unos y con otros. He perdido la cuenta de las copas que lleva, Lilliam no, que más de una vez se la ha quitado.

No se ha juntado con sus amigas en toda la velada. Y es la primera en irse, eso descubro por Abby.

—Espero que esa inconsciente no haya cogido el coche.

—No creo. Lilliam le ha quitado las llaves del bolso tras la tercera copa.

—Estoy por gritar y decir a todos que se larguen —dice Maddie uniéndose a nosotros.

Me vuelven a llamar y me tengo que ir. No tardo en irme a casa de Lisa y cuando llego la encuentro tirada en el sofá torrada con la ropa puesta y la mano cerrada en puño en su tripa. Me tranquilizo al saber que está bien y decido irme a darme una ducha. Lo hago hasta que escucho algo metálico caerse. Me giro y veo su puño abierto y en el suelo el anillo de infinito de plata que le regalé para pedirle que cometiera la locura de casarse conmigo y venirse con nosotros.

Me acerco y lo cojo entre mis dedos. Es increíble cómo un trozo de plata puede tener tanto peso, pese a lo liana que es en mis dedos.

Cojo a Lisa en brazos y la llevo a su cama. La tapo y me quedo un rato mirándola dormir.

Busco mi móvil y miro las fotos que ha subido, en todas sonrío, parece muy feliz, sus *hashtags* son #lavidaesmaravillosa #estoymuyfeliz #envidiamividamonín.

Y todos por el estilo. Mostrando una realidad falsa con tal de que la gente vea una realidad que no existe. No somos tan diferentes, yo al menos tengo una razón, ella no, y lo triste es que creo que no es consciente de que todo esto no es real. De que dan igual los seguidores, a la hora de la verdad cuando los necesites no estarán a tu lado. Yo tengo miles y he llorado en silencio miles de veces. Nadie estaba ahí..., por mucho que luego sonría en

las fotos y me digan que me quieren.
Recojo mis cosas y me marchó.

Lisa

Entro en el avión notando que me falta el aire. Mis vacaciones han sido cortas y al final no he estado casi con mis amigas y sé que la última vez fue por mi culpa. Pero necesitaba que Christian el cantante viera que feliz soy. No lo era y al ver que se fue y mis fotos me sentí ridícula, y lo más triste es por qué sé que se alejó. Porque le he echado en cara que no era sincero y yo fingía, porque sé que él me sabe ver a mí.

Estos días me he dado cuenta de que, aunque no lo haya pedido, seguimos congeniando a la perfección y sé leer en su verde mirada cómo es igual en él que en mí.

Me gustaría estar enfadada con él por irse así, pero no puedo porque lo comprendo.

Es más fácil fingir que mi vida es perfecta que aceptar que en verdad siento que los días pasan y no me llenan tanto como desearía.

Siempre he creído que cuando eres feliz no necesitas que todo el mundo lo sepa, o no tienes tiempo para decirlo en las redes, porque sientes que lo tienes todo y nada te llena tanto como eso.

Me siento en el asiento y me cuesta ponerme el cinturón. Ahora mismo me falta el aire. Son muchas horas de vuelo y presiento que voy a liarla en cuanto este trasto haga algo raro.

Cierro los ojos y respiro. Aprieto con fuerza el asiento y es entonces cuando noto que alguien toma mi mano. Abro los ojos y me pierdo en los ojos verdes de Christian.

—Has venido.

—Sí.

No digo nada más, él tampoco añade más. Pese a todo, está aquí porque sabe que yo tengo miedo a volar. Entrelazo mi mano con la suya y me dejo caer en su pecho. Christian me abraza y me da igual quién mire, o lo que piensen, ahora mismo el miedo no me deja pensar con claridad.

A medio viaje hay unas turbulencias muy fuertes y nos tenemos que poner el cinturón. Me salen lágrimas solas por el miedo y aprieto tanto la

mano de Christian que juro que le hago sangre. No protesta, no la aparta y no deja de acariciarme el interior para calmarme.

—Tengo mucho miedo —le reconozco.

—Todo irá bien —dice antes de tener otra turbulencia que hace gritar a la gente.

—No lo sabes, vamos en un supositorio por el cielo...

Agacho la cabeza y Christian me abraza.

—Si salimos de esta... —Empieza a decir y lo miro de manera asesina saliendo de mi escondite. Acaricia mi cara—. Era para que me miraras. Cuando salgamos, haré algo por ti. Lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —Asiente y pensar en esto me distrae y lo sabe—. ¿Cantarías para mí nuestra canción?

—Claro. Pero eso puedo hacerlo ahora también. —Y dicho esto acerca su oído al mío y me canta solo para mí.

Su voz penetra en mí y me calma. Me olvido del miedo y noto cómo las lágrimas de pavor se transforman en otras de anhelo. Me veo a mí con dieciséis años perdidamente enamorada de él y pensando que lo nuestro sería para siempre. Que nada ni nadie podría romper algo tan fuerte.

—... «El tiempo será testigo de cómo nuestra cara se perla de marcas y cada una de ellas contará nuestra historia, de cada una de las risas que di y se marcaron en ti, de todas las veces que te hice sufrir sin querer y de todas las veces que lloraste de emoción. Porque las arrugas en tu cara serán bellas cuando siendo viejos nos miremos a los ojos y pese al paso del tiempo no sepamos ni cómo somos, ni lo que llevamos, porque cuando amas de verdad eres capaz de ver el alma. Y nuestra alma será infinita, por eso, mi bella pelirroja, te amaré infinitamente».

Y ahí está por qué odio que me digan pelirroja, porque me recordaba a él.

Las turbulencias han pasado. La gente se ha calmado y algunos han escuchado a Christian cantarme. Nadie lo ha grabado, como si supieran que este momento era único y solo para unos pocos.

Me separo e intento poder seguir viviendo sabiendo que una parte de mí siempre lo amará.

Capítulo 19

Lisa

Llego al hotel y, tras coger la llave, subo a mi cuarto sabiendo que mi tía ya está en él. Tras el viaje, salí con Christian a la terminal y se desató la locura. Le estaban esperando sus fans y su mánager, que le informó de que tenía un coche esperando, y dejó claro que yo ¿no? estaba incluida. Sin decir nada me largué a buscar un taxi.

Sigo aún un poco rara por lo sucedido en el avión. Mis pelos siguen de punta por escuchar nuestra canción así susurrada. Es preciosa y era nuestra. No debería haberle pedido que me la cantara. Me he dejado muy tocada.

Abro la puerta y mi tía, que está cerca, me da un abrazo.

—No tienes buena cara —dice al separarse.

—El viaje, ha habido turbulencias.

—Vaya, el mío fue tranquilo.

—Pues tuviste suerte, ahora mismo solo pienso en darme una ducha y dormir.

—Bien, porque mañana tienes que madrugar, te he conseguido trabajo con una mujer con la que hablé en la cafetería del hotel esta tarde.

—¿En serio? —Asiente.

—Te va a sorprender.

—Eso me gusta.

Me voy a la cama en cuanto me ducho y no puedo evitar soñar con mi Chris y con la cantidad de veces que nos decíamos «te quiero» en un día porque pensábamos que con una no era suficiente.



Mi tía solo me ha dicho dónde puedo encontrarme con mi nueva clienta. Al llegar a la cafetería, en el lugar donde he quedado, hay una mujer de unos noventa años. La miro y me sonrío.

—Tú debes de ser Lisa.

—Y usted Rose, ¿no?

—Esa soy yo.

—Mi tía me ha dicho que necesita mi ayuda...

—Háblame de tú, que me siento muy vieja si me hablas de usted —se ríe porque, aunque le llame de tú sigue siendo mayor, pero entiendo que se siente joven de espíritu.

—Perfecto, ¿y qué quieres que miremos?

—Mi vestido de novia. —La miro impresionada, se ríe—. Todos me miran así, tengo noventa años, pero sigo viva ¿no? —asiento con una sonrisa —, llevo toda la vida casada con un hombre horrible, al fin tuve el valor de pedirle el divorcio cuando me di cuenta de que si no lo hacía me pasaría lo que me quedaba de vida amargada, y vida solo hay una ¿no? —asiento—, pues eso, y en uno de los bailes a los que fui encontré al amor de vida. Y aquí estoy aprovechando que sigo viva y puedo disfrutar lo que me queda, porque nunca es tarde para soñar, siempre lo es para conformarse.

No sé qué decir, tiene toda la razón. Solo tenemos una vida y esta mujer lleva toda esta atada a un hombre que detesta. La gente piensa que cuando una persona está casada y tiene hijos ya está todo bien. Pero no, el matrimonio no da la felicidad a mucha gente y a veces es mejor estar solo que mal acompañado.

Nos vamos de compras y, como le digo, busco un vestido para que ella se vea hermosa, su prometido la tiene que encontrar atractiva se ponga lo que se ponga. Se ríe y me dice que le gusta mi forma de pensar.

A mí me encanta la suya. Siempre se cree que los sueños son para los adolescentes, que piensan qué harán de mayores, pero no es así. Mientras haya vida hay que luchar por ser feliz, si solo tenemos una, es mejor no desaprovecharla con estúpidas creencias de que es tarde para hacer según qué cosas. Nunca es tarde.

Me encanta pasar el día con Rose y encontramos el vestido perfecto para ella. Al regresar al hotel su prometido la espera y el amor que veo en sus ojos al mirarla me emociona. Tal vez la gente la tachará de loca por divorciarse a su edad, pero viendo lo feliz que es ahora y esa mirada de amor, bien ha merecido la pena hacer lo que se quiere y dejar de pensar en lo que la gente no entiende.

Me voy a mi cuarto y de camino me cruzo con Christian, le sonrío, me

he dado cuenta de que no puedo estar enfadada con él eternamente, en el fondo sé que era porque no volvió, pero tampoco sé qué le hizo no hacerlo, o si solo fue que, aunque me quiso, se dio cuenta de que no lo suficiente. No puedo culparlo por no regresar, o por no quererme como yo.

Sí creo que lo nuestro fue cierto y siempre será mi recuerdo.

Es hora de pasar página y no puedo estar enfadada con él porque en estos días me he dado cuenta de que, me guste a mí más o menos, es una persona que quiero en mi vida porque a su lado me siento bien.

Entro al ascensor y cuando está a punto de cerrarse la puerta, estas se abren de nuevo y entra Christian dejando atrás a sus fans.

—No sé cómo lo soportas.

—Ni yo —me sonrío—. ¿Nos escapamos mañana de compras? Sé que te has traído mi peluca y esa barba que pica tanto.

—Por supuesto, es lo que hace el hada madrina, cumplir con los deseos de otro. Y por mí bien.

Veo su móvil en el bolsillo delantero del pantalón, atrevida lo cojo y lo desbloqueo. No tiene patrón ni nada. Le anoto mi teléfono.

—Me lo podrías haber pedido.

—Podría, pero no me apetecía. —Se lo devuelvo—. Ya tienes mi número, escíbeme diciendo cómo quedamos.

Christian lo coge haciendo que su mano abarque la mía y me acaricia antes de separarse. Las puertas se abren en mi planta y salgo de allí sabiendo que me estoy quemando, decir que juego con fuego a estas alturas no tiene sentido porque hace tiempo que sé que de esta experiencia saldré lastimada.



Christian me cita a las seis de la mañana, me dice que a esa hora inhumana se pasa por mi cuarto para que le cambie de imagen. Al abrirle la puerta él parece más fresco que una lechuga, y le debe de hacer gracia mi cara de pocos amigos porque sonrío y me da un beso en la mejilla que me deja parada.

—Vamos, no tenemos todo el día y si hemos quedado a esta hora es para evitar que alguien nos vea.

Le hago burla imitando su voz y al pasar por su lado le saco la lengua. Tiro de él al servicio, mi tía está torrada en su cama y dudo que se entere de

algo.

Se sienta donde le digo y empiezo la transformación. Antes de ponerle la barba le pongo una crema que me ha recomendado Maddie. Le acaricio la mejilla sin poder dejar de perderme en sus iris verdes. Toco sus labios y no puedo evitar la tentación de acercarme y besarlo.

Porque me da la gana, y punto.

Dicen que a veces es mejor pedir perdón que permiso, y hoy quería ver si es cierto.

Christian no parece intimidado por el beso y me lo devuelve. Besa igual o mejor de lo que recordaba. Mis labios no pueden dejar de acariciar los suyos y aunque me muero por sacar mi lengua y profundizarlo no lo hago.

Me separo y le sonrío.

—No besas tan mal como recordaba. —Lo pico y por su sonrisa sé que ha pillado que miento.

—He mejorado con los años.

—Yo también. Besar sapos tiene sus puntos positivos.

—Si tú lo dices...

—La verdad es que no, pero siempre creía que una noche de sexo podría ser el principio de algo más.

—No suele ser así, pero nunca se sabe.

—A ti te dije «te quiero» antes que darte un beso. Cómo cambian las cosas con los años. Antes esperabas para todo, y luego desesperas por todo y lo quieres todo en el instante.

—Es que yo era adorable, te regalaba canciones y flores de esas feas que cogía por la calle —me recuerda.

—Las guardé en los libros que tenía. Algunas siguen entre ellos.

—Éramos más inocentes. —No dice «jóvenes», pues es así, todo cambia cuando se pierde la inocencia de las cosas.

—Qué triste, debería haberme quedado virgen hasta encontrar al que fuera para mí... No hubiera podido, soy demasiado curiosa.

Christian sonrío, se me hace raro hablar con esta libertad con él. Con el que creí que perdería mi virginidad.

—¿A qué edad la perdiste? Yo a los veinte.

Tal vez la gente que conozca ahora a Christian lo vea raro, pero mi Chris

era solitario porque la gente no lo comprendía y le costaba hacer amigos. No me extraña que llegara a los veinte sin probar mujer.

—A los diecinueve. Cuando empecé la universidad. Me dejé arrastrar por ese mundo de fiestas y locura y, bueno, pues empecé a salir con el primer sapo de mi lista. De verdad creía que le importaba... —le digo recordando cómo tras acostarnos me dijo que no quería más que sexo.

Fue la primera vez que me sentí tonta y usada. Tal vez no lo suficiente porque caí en ese error una y otra vez.

—Yo solo busqué dos veces el amor tras lo nuestro —me confiesa—, ninguna salió bien—. Noto en su mirada pasar algo oscuro.

—¿Pasó algo?

—No te preocupes, y ahora acaba de arreglarme o nos van a pillar.

Eso hago y salimos del cuarto como si acabáramos de robar la comida del restaurante en plena noche. Esto de ir de incógnito me gusta.

Cogemos el coche de alquiler de Christian y le digo que si así no lo pillarán, pero me dice que nadie sabe qué coche tiene ahora porque aún no lo ha usado, y estos coches los pone el hotel para quien lo necesite. En eso tiene razón, si nadie le ha visto usarlo no puede saber cuál le han dado.

Desayunamos tortitas con chocolate, por cierto, deliciosas, antes de ir a comprar ropa. Esta vez Christian me dice qué le gusta o qué no, ya no se muestra impasible y opina.

Me encanta pasar el día con él o la mañana, ya que su mánager lo reclama para una entrevista que acaba de pactar.

—No lo soporto, y eso que lo conozco de poco.

—Siempre puedes dejar este trabajo —me dice ya en el garaje del hotel.

—No quiero, me gusta estar aquí.

Christian asiente y se va tras coger las bolsas de lo que hemos comprado una vez hemos salido de su coche. No entramos juntos, yo me voy a buscar a mi tía para comer y al llegar veo que también se ha apuntado Asunta.

Al llegar las veo hablar sin parar, como si no se hubieran visto en meses, casi ni se dan cuenta de que me siento a su lado hasta que les hablo.

Paso el día con ellas y me lo paso muy bien. Regreso a mi cuarto con algo para cenar cuando ellas deciden salir de cena por ahí. Me preparo para ir a la cama y miro el móvil, no tengo el número de Christian y, si he de ser

sincera, esperaba que me escribiera para dármele o decirme algo. Otra vez me veo esperando cuando no debería de ser así. Si quiero algo debo ir a por ello. Por eso salgo de mi cuarto en zapatillas de estar por casa y pijama. Eso sí, con una bata rosa que llama mucho la atención.

La gente me mira, les sonrío. Me da igual lo que piensen, quiero el móvil de Christian y paso de quedarme esperando a que me lo dé.

Al llegar veo a varias de sus fans en la puerta. Me siento a esperar y algunas me miran como si estuviera loca. Las saludo. Este es mi hotel hasta que me vaya, puedo ir en pijama si me da la gana. Pasa media hora antes de que Christian aparezca. Su gesto es serio y no sé por qué, ya que a su lado va una impresionante rubia que nos mira a todos dejando claro que ella es la elegida de esta noche por el cantante.

Me levanto y voy hacia Christian, al verme veo una pizca de diversión en sus ojos verdes. Va hacia su puerta tras firmar y hacerse fotos y la rubia no se despega. Al llegar Christian la mira y por su gesto sé que es para rechazarla, pero no sabe cómo hacerlo.

—Adiós, rubia, esta noche se va con la loca de la bata rosa —les digo cogiendo la llave de Christian para abrir la puerta y tirando de él hacia adentro.

—La verdad es que sí pareces un poco loquita así vestida.

—Estoy en mi casa. He venido a por tu número, no me lo has dado y yo también puedo querer algo de ti.

—Claro, te lo doy o sacas el móvil de mi bolsillo y te haces una pérdida. Me está retando y, por supuesto, se lo cojo y me doy una pérdida.

—Casi ni te has enterado, si quisiera meterte mano no recurriría a usar el móvil como excusa. —Le cojo del culo y trato de estrujárselo, pero, joder, lo tiene como una piedra el jodido—. Lo hago, y punto... ¿Qué tienes en el culo? —le pregunto perdiendo ese lado de chica sexi que hace lo que quiere—. ¿Cemento?

—No, son muchas caminatas e ir de un lado a otro. Por cierto, ¿y si yo te quiero meter mano?

—Puesto que yo he invadido tu espacio sin tu permiso, creo que lo justo es que puedas tocarme le culo.

—No sé si lo encontraría bajo tanta ropa.

—Tonto —le digo.

No dice nada más y creo que por hoy es suficiente. Me despido de él y una parte de mí espera que me diga que me quede para ver la tele, o ver series. Que no lo haga me pone los pies en el suelo. Somos antiguos amigos que fueron pareja, ahora solo conocidos que se caen bien, es mejor no olvidarlo.

Capítulo 20

Christian

Mis compromisos me tienen ocupado hasta el día antes del concierto. No he visto a Lisa desde entonces y aunque he estado tentando de escribirla no lo he hecho. Mentiría si no admitiera que esperaba que ella lo hiciera.

Llego al escenario para hacer unas pruebas y me sorprende ver a Lisa sentada al piano. Me acerco a ella cuando empieza a tocar. Está tocando la única canción que le enseñé. Me siento a su lado cuando se confunde de tecla y le doy a la buena. Me mira.

—Hace años que no la toco y por eso he fallado.

—Vamos, sigue. —Lisa sonrío y sigue con la pieza. No lo hace mal y me sorprende que se acuerde tras tanto tiempo—. Está muy bien.

—Soy genial. ¿Qué tal va todo?

—Agotado. —Me llaman y me levanto para ver qué quieren.

Enseguida me engullen las responsabilidades. Observo a Lisa cómo se va tras mi mánager, es raro que este quiera algo de ella. Por lo general, pasa de todo el mundo menos cuando tiene que dar órdenes.

Se me hace muy tarde. No he vuelto a ver a Lisa, por eso le he escrito para invitarla a cenar en mi cuarto y ha aceptado. Al llegar me espera en la puerta. Por suerte hoy estamos solos. Los de seguridad están pendientes, desde lo del otro día, de que no suba nadie, ya que se quejaron varias personas que tienen cuarto en esta planta.

—Llegas tarde —me acusa nada más entrar a mi cuarto.

—No pude venir antes. ¿No llevas hoy tu pijama poco llamativo?

—Estuve tentada, pero acabo de venir también de hacer unas compras.
—Por su gesto sé que algo no va bien.

—¿Qué pasa? ¿Tiene que ver con que te fueras con mi mánager?

—Pues sí, no requiere de mis servicios en los tres próximos conciertos. Dice que con la ropa que he comprado de más y alguna que pueda comprar entre hoy y mañana, de momento no me necesitáis. Y no puedo negarme

porque por contrato pone que no tengo por qué estar en todos los conciertos. Así que me vuelvo a casa.

La idea de que se vaya no me gusta, y a ella tampoco parece gustarle.

—¿Te vas sola en avión? —Asiente—. Y te da miedo.

—No me queda de otra, vosotros os vais a la otra punta. No te preocupes, estrujaré la mano de mi acompañante, y quién sabe, lo mismo es el comienzo de algo...

—Lo dudo, y siento no poder ir a tu lado.

—Tranquilo. Y ahora cambiemos de tema y pidamos la cena. Me encanta que me traigan comida los del servicio de habitaciones.

Pedimos comida y hablamos de todo menos de lo que se nos pasa ahora por la cabeza, que es su partida. Al terminar estamos hinchados y eso que yo he comido poco para no tener una mala noche. Lisa recoge sus cosas para irse. Quiero pedirle que se quede, que pase esta noche conmigo... No lo hago porque necesito tiempo para ordenar mis ideas.

Al llegar se detiene.

—Me voy mañana antes del concierto. Me ha comprado el billete de vuelta para primera hora. Seguro que me vas a echar mucho de menos —me dice queriendo parecer segura. Yo, que la conozco, veo la inseguridad en sus ojos marrones y cómo desea que le diga que sí.

—Un poco sí, no tenerte haciéndome fotos de todo es difícil de olvidar.

Se ríe y pone la mano en la puerta para irse. La debería dejar que lo hiciera y en vez de eso cojo su cara entre mis manos y la beso.

Sus labios se amoldan a la perfección a los míos, como ha sucedido siempre.

Esta vez no puedo evitar que mi lengua se una a la fiesta y esto hace que el beso adquiera mucha más pasión y descontrol.

No puedo detenerme.

Quiero más..., por eso me detengo jadeante y pongo mi frente sobre la suya.

—Me iba a acordar de ti un poquito aun sin este beso..., pero me ha encantado —me dice sincera.

Esta vez se va y no hago nada por retenerla.

Me pregunto si estos días separados nos acercarán más o, por el

contrario, nos daremos cuenta de que estamos cerrando un capítulo de nuestras vidas que se quedó abierto.

Capítulo 21

Lisa

Hace una semana que dejé la gira. Lo pasé muy mal en el viaje de vuelta. Otra vez hubo turbulencias. Lo bueno es que mi tía estaba conmigo. Christian le dijo cuando la vio por la mañana que me daban miedo los aviones y mi tía cambió su viaje alegando conocer mi entorno y pasar unos días conmigo. Me contó la verdad cuando se fue. Y sé por qué lo hizo. Quería que me diera cuenta de que Christian se preocupa por mí.

Tanto que lleva una semana pasando de mí muy ocupado con su gira y sus entrevistas.

Mañana es su concierto y mañana me voy con las chicas a ver un partido de Donovan, la verdad es que tengo ganas. Las he visto poco estos días y me quiero poner al día con ellas.

Tocan al telefonillo y recojo mis cosas adivinando que se trata de Maddie, con quien he quedado. Le digo que ya bajo cuando descuelgo sin preguntar siquiera si es ella y me marchó.

Maddie ha tenido que dejar los viajes en avión, se mareó mucho en uno de ellos y ahora le da miedo viajar de nuevo. Pero ha encontrado la forma de poder seguir haciendo su trabajo. Ahora se dedica a maquillar por casa y sigue subiendo vídeos a su canal de YouTube. Hoy tenemos que maquillar a un grupo de amigas que van de invitadas a una boda y quieren ir espectaculares. Yo les he encontrado unos vestidos perfectos. La boda ha sido como de la noche a la mañana, la novia se enteró de que esperaba un bebé y ha querido casarse ya antes de que se le note la tripa y parezca una mesa camilla con su traje, dicho por ella.

Al llegar a Maddie nos fundimos en un abrazo. No se le nota nada, pero ella dice que sí. Yo creo que es la sugestión que tienes, que sabes que la tripa crece por instantes y que dentro de ti se está formando una vida. Tiene que ser increíble sentir algo así.

Yo hace años cuando no sabía casi nada de la vida me veía teniendo los

ojos de Christian. Es increíble cómo amar te da la fuerza de creer en los «para siempre» sin ver el punto y final.

Ahora creo más en el «hoy estoy a tu lado, y lucha porque siga aquí mañana».

Si una relación se hace pasito a pasito, llegas más lejos que si crees que es irrompible y te conformas. Eso es lo que yo veo con mis amigas y sus parejas. Aunque la gente piense que paso de todo en verdad si soy así es porque todo me afecta más de lo normal.

—Hoy llevo un día horrible —me dice cuando entramos en su coche— porque desde que estoy embarazada me cuesta más que nunca callarme lo que pienso...

—Tú te callas pocas veces.

—Me controlo cada vez más. Pero ahora no puedo. A Leo le llevo frito.

—Pobre.

—Sí, suerte que es más bueno que el pan, otro me hubiera mandado ya a la mierda —sonríe enamorada—. A veces tengo miedo de no saber ser madre y esposa. De olvidarme de él y perderlo..., me rayo mucho la cabeza.

—Sabrás cómo hacerlo, cómo ser las dos cosas sin descuidar ninguna.

—Gracias, era lo que quería escuchar. Es que Lilliam lo lleva de otra forma. Con Delia sabe lo que es ser madre. Aunque la pequeña fuera más mayor, tuvieron que aprender a convivir con ella y ser padres. Yo no tengo ni idea de cómo hacerlo. Si apenas sé cuidarme a mí misma...

—Te he visto con tu sobrina, la adoras. Y sé que si dices esto es porque tienes mucho miedo.

—Estoy aterrada.

—Todo irá bien. Estamos las locas de sus tías para ayudarte. Y yo a este paso podré ayudaros a todos sin problemas.

—Hasta que encuentres a alguien.

—No sé si eso es tan fácil...

—Porque no sabes si encontrarás a alguien a quien quieras como a Christian.

—Exacto. Si no es él, no me quiero conformar con menos de lo que tuve. Prefiero estar sola que con una persona que, cuando las cosas se pongan feas o yo parezca un ogro, salga corriendo.

—Has dicho «si no es él».

—Lo sé, una parte de mí sabe que en el fondo estoy a su lado por si queda algo. Y lo peor es que no confío en él, no sé si de hacerlo podría aceptar su mundo. No me gusta su entorno, ni muchas de las cosas que él hace. No las soporto.

—Pues entonces piénsalo bien, porque él es así, y no puedes empezar con alguien con la idea de cambiarlo, porque si no lo hace se lo echarás en cara.

—Lo sé. Pero bueno, no voy a pensar en eso solo por un par de besos de nada.

—¿Te ha besado y no me lo cuentas?!

—Te lo estoy diciendo ahora...

—¡Antes!

—Ah, vale, te lo tenía que haber dicho. «Hola, Maddie, me he besado con Christian, ¿qué tal vas?» —se ríe.

—Pues claro que sí. Eso de dejar lo mejor para el postre no va conmigo. Nos reímos.

—¿Cómo vas con el embarazo?

—Bien, lo peor es estar lejos de Leo y saber que él tampoco lo lleva muy bien. Está preocupado por lo poco que verá a su hijo cuando nazca. Su profesión le da muchas alegrías, pero también le quita muchas cosas. No sé cómo lo llevaremos.

—Seguro que bien.

—De momento, mis padres se van a venir a vivir más cerca. Creo que ellos se han dado cuenta de que voy a pasar mucho tiempo sola y no quieren. No les he podido decir que no.

—Te entiendo, yo si pudiera también querría a los míos cerca.

—Y eso no puede ser, ¿no?

—No.

—Es triste.

—No soy la primera ni la última a la que sus padres dan de lado. Hay lazos más fuertes que los de sangre, y yo lo sé. La sangre solo te da genética, no afecto ni una familia. Eso va más allá de los parentescos.

—Tienes razón, mi madre no tiene nuestra sangre y, sin embargo, la

queremos como si lo fuera. Y ahora que la necesito está cerca. Ella siempre ha estado ahí.

—Sí, y vas a ser una madre fabulosa.

—Sí, espero. Que mi madre verdadera fuera tan horrible me ha hecho pensar en todo lo que no haré con mi hijo.

—Solo tienes que quererlo y malcriarlo y esas cosas.

—Eso se me va a dar muy bien —me dice con una sonrisa.

—Todo irá bien. Yo también estaré cerca.

—O seguirás de gira con tu Christian.

—Lo dudo, hay secretos y desconfianzas que nos separan. Y tal vez sea porque todo se acabó.

—Tiempo al tiempo.

—Sí.



El partido ha ido genial por nuestra parte, ya que hemos salido las cinco solas. Y no hemos parado de reír. Lo malo ha sido la tensión que reinaba en el campo por el equipo visitante, que han picado a los hinchas del local tras perder de tres goles a cero.

Al salir del campo notamos a la gente muy tensa. Y de repente empieza una pelea campal sin saber quién ha empezado.

La gente grita cuando se empiezan a tirar unos hinchas a otros todo lo que pillan. Me veo empujada de un lado a otro y acabo casi en el centro de la movida.

Empiezo a irme cuando veo a un niño pequeño llorando justo donde no paran de tirarse cosas, y lo más triste es que ni por eso se detienen, es más fuerte su sed de venganza porque creen que así defienden sus colores.

Corro hacia ese niño y lo protejo con mi cuerpo por instinto para sacarlo de aquí. El niño me coge con fuerza como si sintiera que yo soy su salvación. Estoy a punto de levantarme cuando noto que algo afilado me golpea en la espalda. Me aterra más el saber que ese objeto iba dirigido al pequeño.

Salgo con él notando cómo un líquido pegajoso me corre por la espalda.

—¡Mi hijo! —Una chica más joven que yo tira de nosotros hacia una zona donde no hay tanta gente. Le doy a su hijo, y madre e hijo se ponen a llorar por el miedo que han pasado.

Yo también acabo llorando por lo vivido y porque no puedo imaginar lo que ha debido de sentir esta mujer al no poder llegar a su pequeño, y todo por una gentuza que llama deporte a este tipo de reyertas que desprestigian el fútbol.

—Muchas gracias —me dice dándome un abrazo. Al separarse nota en sus manos la sangre—. ¡Estás herida!

—Es solo un rasguño... —le digo no muy convencida.

No me cree y tras dejar a su hijo con su padre me lleva a una ambulancia para que me atiendan. No se separa de mí en todo momento mientras me cosen la herida que, por suerte, no es grave. Sé que lo hace porque es su forma de darme las gracias por lo de su hijo.

Al acabar me abraza con fuerza y se aleja hacia donde ha quedado con su familia.

Ya casi no queda gente por la zona. Me siento en un banco y busco mi móvil. Al sacarlo veo cientos de llamadas de mis amigas y me sorprende ver también de la Christian. La de este último es de hace unos pocos minutos. Su concierto hace una hora que ha acabado.

Llamo a Britt y me lo coge enseguida. Le digo dónde estoy y no tardan en venir y abrazarme con cuidado.

—¡No hemos parado de buscarte! —me dice Abby.

—Hola, disculpa —nos dice un joven periodista seguido de una cámara—. ¿Eres tú la que ha salvado a ese pequeño?

—Sí, pero ¿cómo lo sabes?

—Te dije que era ella. —Y dicho esto me apuntan con la cámara y con un micro—. ¿Qué la empujó a ponerse delante de ese niño?

—El instinto de cuidar de los demás, del que han carecido esos salvajes de mierda que creen con eso defender los colores de su club y lo único que hacen es ponerlos en entredicho. Esto no es deporte y por culpa de esta gente mucha gente teme llevar a sus hijos a ver a su equipo preferido.

Se lo digo presa de la rabia y por todo lo sucedido. Me pregunta más cosas, pero no les respondo. Bueno, creo que les llamo de muchos más nombres malsonantes. Todos los que se me pasan por la cabeza mientras mis amigas me sacan de aquí y me llevan al interior del campo donde está Donovan junto a su equipo.

Es tarde cuando regreso a casa. Todas querían quedarse conmigo, pero yo necesito estar sola para poder sacar en forma de lágrimas el miedo pasado, una vez he analizado todo lo que podría haber pasado. Estoy a punto de irme a la cama cuando me acuerdo de Christian y su llamada. Al coger el móvil veo muchas llamadas tuyas que no escuché al estar el móvil en silencio. Hay varios mensajes de WhatsApp diciéndome que lo llame.

Lo llamo preocupada porque le haya pasado algo.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estás? —pregunta lo mismo que yo nada más descolgar haciendo que nuestras voces se entrelacen—. ¿Y por qué iba a estar yo mal? Eres tú la que se ha visto envuelta en medio de esa pelea.

—Ah..., que has visto las noticias.

—Yo no, pero Antoni sí y ya sabes que va detrás de ti...

—Solo quiere acostarse conmigo. Ese no es de los que se casa, ahora ya los veo venir.

—Como sea, quiero saber cómo estás. He visto el vídeo y me he quedado preocupado, aunque tras verte hablar y decir tantas palabrotas pensé que muy mal no tenías que estar. —Bromea para quitar tensión al momento.

—Genial...

—¿Y la verdad?

—Me duele la herida y ahora que estoy sola no puedo dejar de imaginar lo que le hubiera pasado a ese niño de no ponerme delante. Ha sido horrible.

—Me imagino. ¿Y tú cómo estás?

—También mal, soy una valiente que en frío se hace pequeña por lo que podía haber pasado si esa botella me hubiera dado en el cuello o la cabeza...

Me recorre un escalofrío.

—Piensa solo en lo que ha sucedido, que has sido una valiente por ponerte ante ese niño y mucho más fuerte que esos que se han liado a golpes.

—Pues la verdad es que sí. —Nos quedamos en silencio, me tiro en la cama—. Es muy triste que pasen esas cosas. Ese niño puede acabar con un trauma por culpa de esa gente, o sus padres tal vez tarden mucho tiempo en ir con él de nuevo a ver un partido. Y todo por personas que no entienden lo que es el deporte.

—Tienes razón.

Se hace otro silencio. Y le digo lo que se me está pasando por la cabeza.

—Reconoce que me has echado de menos y por eso has pasado de mí — se ríe.

—No he pasado de ti, solo quería saber si podía vivir sin ti —me dice sin más.

—Yo tampoco te he escrito por ese motivo —le digo comprendiéndolo y feliz de saber que no soy la única que piensa así—. ¿Y qué has decidido?

—No lo sé aún, pero sí es cierto que te echaba de menos. Es complicado no hacerlo cuando no paras de hablar.

—Mentira, lo que echas de menos son mis pedazo de besos.

—No son para tanto...

—Son para mucho más. Beso genial.

—Tú sola te dices todo.

—Por supuesto —se ríe—. Tú tampoco besas mal.

—Lo sé. —Ahora soy yo la que se ríe—. Ten cuidado... y escíbeme.

—Te pido lo mismo.

—Lo haré.

Cuelgo más contenta que cuando entré en mi piso y aunque sigo con el miedo corriéndome por los huesos también tengo una sonrisa en mi cara.

Capítulo 22

Lisa

Se me hace raro hacer un concierto sin alguien haciéndome las peores fotos para subir a las redes sociales.

No te quejes de mis fotos, son las mejores. Por cierto, muy chula la chaqueta de esta noche, mi tía hizo un buen trabajo. ✓✓

Muy bueno. Esta también me la quedo.

¿También? La otra sigue siendo mía. ✓✓

Hasta que te la quite la próxima vez que te vea con ella puesta.

¿Y si no llevo nada debajo? ✓✓

Te la quitaría igual, así recupero la chaqueta y de paso me alegro la vista.

Cuidado, que una vez que me veas desnuda no vas a querer ver a nadie más. ✓✓

Correré el riesgo.

Dejo el móvil en mi mesita y me voy a dormir. Ha pasado otra semana. Ya solo queda una más y me reuniré con el equipo.

Todo va a ir genial...



¿Estás bien? No les hagas caso. A mí me encantó la chaqueta.

Veo la foto que me ha mandado Christian con la chaqueta puesta. No le respondo. Ahora mismo estoy pegada a la tele viendo cómo me critican.

Hoy soy el blanco de las críticas de un famoso programa de cotilleos. Uno de ellos es entendido en moda y ha decidido ir contra mí alegando que lo que yo hago es un duro golpe a la moda. Porque entre otras cosas no me he formado bien. Tengo varios cursos, pero para él no deben de ser suficientes. Él ha estudiado más, claro, y no para de restregar que el que salgan a la palestra hombres y mujeres que no saben nada del gremio y van por ahí de entendidos hace mucho daño a los que sí lo son, un ejemplo soy yo. Que visto fatal y voy dando consejos.

Me he quedado flipada, yo tengo talento para la moda, diga este idiota lo que diga. Y una carrera no me va a dar más valía, sí más conocimiento, pero quien vale vale, y punto.

A un futbolista no se le dice que cuántas carreras tiene de futbolista, solo se dice que ha nacido con un talento natural. ¿Y yo no puedo tener ese talento?

Entiendo que ahora las personas que han estudiado o que hasta hace poco estaban cómodos porque eran muy pocos, ahora que tanta gente demuestra su talento en redes, tengan miedo de que su puesto de trabajo peligre. Pero para eso solo te queda luchar y demostrar que vales, y punto, no por ahí echando mierda a otros para crecer.

No me parece justo.

Creo que la gente tiene grados de talento. Según en el que seas bueno tendrás que demostrar más que vales que en otros.

Christian tiene buena voz y buen oído para la música desde que nació y quiso adquirir conocimiento, pero su don era innato en él y es igual de válido que cualquier otro.

Siguen criticándome. Y la cosa va a más. ¡Sacan mis fotos en ropa interior!

Me quedo petrificada. Veo esas fotos de hace años y me veo muy tonta por creer en un chico, pero a su vez con ilusión en los ojos. Yo me equivoqué porque estaba buscando el amor y si cometí algún delito fue el de crédula y

no pensar que una vez esas fotos salieron de mi móvil perdí los derechos sobre ellas.

Siguen con el linchamiento a mi persona hasta que tocan al timbre. Es la una de mañana y no sé quién puede ser a estas horas.

Abro la puerta y veo tras esta a Lilliam.

—¿Qué haces aquí?

—No me cogías el teléfono.

—¿Y has venido a estas horas sola?

—Estoy embarazada, no inválida, pero como Owen también es un poco exagerado, me ha pedido un taxi.

—Supongo que has venido por esto —digo señalando la tele. Asiente—. Me están linchando públicamente sin haber hecho nada.

—Ya, es muy cruel. La gente se piensa que libertad de expresión es hacer daño al prójimo. ¿Cómo estás?

—Genial, estaba pensando en hacer palomitas. De hecho, voy a hacerlas.

Las hago y Lilliam se pone cómoda. Se ha traído el pijama y algunas cosas más. Saco las palomitas y seguimos viendo este horrible espectáculo que, por supuesto, ha llegado a las redes. Muchas mujeres me tachan de guarra. Cómo no, y es triste. Luego pedimos igualdad, y nos metemos con los hombres por esto y somos las primeras en poner la palabra «guarra» para referirnos a otra de nuestro sexo.

La gente tiene ganas de polémica y critican todas mis fotos, y el vídeo que subí borracha alguien no sé por qué lo tiene guardado y se hace viral.

Y todo porque alguien que no me conoce de nada me tiene envidia por miedo a que le quite su trabajo cuando yo no quiero quitar el trabajo de nadie, solo hacer el mío.

Recuerdo que no he respondido a Christian y cuando miro el móvil tengo varios mensajes y llamadas tuyas.

Le digo que estoy genial y le mando una foto mía con la boca llena de palomitas.

—Qué asquerosa eres —me dice Lilliam con una sonrisa.

—Soy original, pero sé que Christian entenderá mi mensaje. Me suena el móvil y dejo que Lilliam lo lea, algo de lo que me arrepiento.

¿Puedes dejar de ocultarte? No me importa que me digas que te molesta.

—Opino como él. No pasa nada por aceptar que todo esto es injusto y te duele.

—Vale, sí, me duele, y me jode, me cabrea y me toca los ovarios... ¿Tranquila? —Asiente—. Llevo toda mi puñetera vida teniendo que demostrar a mi padre que soy la hija perfecta que quería. Y me costó aceptar que daba igual lo que hiciera, nunca lo sería. Luego cometí el error de buscar el amor y sí, me lie con idiotas, pero al menos lo hice porque quería luchar por nosotros. Que no me fuera bien no me hace ser peor. Y ahora he encontrado mi sitio en la moda y un soplagaitas me dice que no soy buena, y no solo eso, usa mis fotos para que la gente piense que por ser una guarra no tengo sentido del gusto. Nada de esto tiene sentido. Y me cansa tener siempre que luchar contra algo, y cómo me cansa, me río de todo y digo basta. No pienso dejar de hacer lo que me gusta y aunque me la pegue pienso luchar por el amor, y punto. Y si no es para mí me conformo con ser el hada madrina de toda la gente que sí cree en mi talento y busca. Porque toda esa cantidad de gente que me está poniendo verde nunca me hubiera llamado para que les ayudara.

—¡Así se habla! —La miro feliz—. Por cierto, cuando empezaste el discurso le di a grabar al móvil... y se lo he mandado a Christian.

—Eres muy mala.

—Él te conoce bien, por lo que parece.

—Sí, pero eso no quiere decir nada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ver si seguimos siendo amigos o empezamos un nosotros. Lo estoy echando mucho de menos.

—Esa es mi Lisa, echaba de menos esta vena tuya de luchar por el amor. Al menos esta vez lo haces por alguien que de verdad te gusta.

—¿Y con quién has apostado?

—Con todas, aunque nadie ganará.

—¿Por qué?

—Porque todas creemos que os saldrá bien.

—Entonces yo apuesto en contra.

—¿Pero no dices que vas a luchar y todo eso?

—Sí, pero también que tal vez esto solo sirva para darme cuenta de que estoy enamorada del pasado. De lo que tuvimos. Al menos de ser así habré ganado algo.

La vida es de por sí un riesgo y me pasé muchos años luchando por el amor de mis padres y pese a todo no me arrepiento de nada, porque ahora que he aceptado que las cosas con ellos no tienen arreglo, también que yo hice lo que pude por que no fuera así y tengo la conciencia muy tranquila.

Por eso voy a seguir mi instinto con Christian y si no sale bien..., no será por no intentarlo.

Capítulo 23

Christian

Ando por la playa que, por este frío, está desierta en busca de Lisa. Me escribió para decirme que ya había llegado y que tras instalarse en el hotel se vino a la playa a dar un paseo.

No tardo en verla mirando el mar. Claro que la chaqueta amarillo fosforito que lleva hace que la pueda localizar sin problema.

Nota cómo al mirarla algo se remueve dentro de mí. Desde que ella regresó a mi vida siento que algo ha cambiado en mí. No sé si será para bien o para mal, o si es el comienzo de algo para nosotros o quizás la despedida que nos merecimos hace años. No lo sé. Solo sé que cuando me acerco a ella, se gira y me sonrío no puedo evitar coger su cara entre mis manos y besarla como deseo hacer desde que mis labios se separaron de los suyos.

—Hola —dice sin despegar sus labios de los míos. Hace frío y se ha abrazado a mí metiendo las manos por dentro de la chaqueta.

—Hola.

—Me echabas mucho de menos.

—No, ni un poco —se ríe y se alza para besarme—. No sé dónde nos va a llevar esto. Ni si te quiero a ti o a lo que eras —me dice sincera, lo que más me gusta de ella.

—Yo tampoco. No sé si esto es un «hola de nuevo» o una despedida.

—Ni yo si me gusta saber que de ser un nuevo comienzo tendré que estar oculta por tu contrato. Y que no confías en mí para contarme lo que me ocultas.

—Vamos paso a paso... —Y dicho esto mi móvil empieza a sonar. Lo cojo y me dan recado de que tengo una firma de discos confirmada en el último momento—. Me tengo que ir.

—Bien, pero espero que luego tengas tiempo para mí. Tengo más ganas de besarte y meterte un poco de mano.

Me río y le doy un beso antes de regresar al hotel; ella prefiere seguir

dando un paseo por la playa.

Me siento como ese joven de dieciocho años que por primera vez se atrevía a hablar de amor con una chica, y la música quedaba relegada a un segundo plano entre sus besos.



Toco la puerta de Lisa y me abre su tía, que se nota que está arreglada para salir y si no me equivoco ha quedado con mi madre.

—Hola, hijo, me marchó, que he quedado con tu madre. Mi sobrina está en la ducha.

Me deja pasar y entro al tiempo que ella se marcha. Cierro la puerta y dejo lo que he traído sobre la mesa mientras escucho a Lisa destrozar una de mis canciones, pero las que nadie sabe.

Dios, qué mal canta, pienso con una sonrisa.

No tarda en salir de la ducha. La espero sentado en su cama, al verme sonrío.

—Tú haces buenos a los malos cantantes —se ríe y viene hacia mí. Se detiene al ver qué he dejado en la mesa.

—¿Qué es esto?

Toca la lámina y la caja que hay sobre esta.

—Tú.

—¿Yo soy un corazón lila hecho con pequeños corazones? —me dice con una sonrisa asomando a sus rojos labios—. Que es precioso, y me encanta. Pero no lo entiendo.

—Tú ayudas a la gente que te rodea, como su hada madrina, y su felicidad te roba un pedacito de tu corazón. Por eso eres un enorme corazón recubierto de cientos de corazoncitos por las personas que sin saberlo haces felices.

—Eres un moñas —me suelta—, y eso me recuerda a cuando te conocí, a mi Chris, y me encanta.

Noto la felicidad en sus ojos y sé por qué lo dice. Mi mánager ha tratado de dar mi imagen de chico duro que pasa de todo. Usar el que no se me da bien hacer amigos y llevarlo a que no me gusta la gente, y es mentira, es solo que desde niño me pierdo en mi mundo personal y soy feliz en él, o lo era. Hace tiempo que no creo nada. Hasta que compuse esa melodía para Delia y

desde entonces he anotado trozos de posibles canciones en mis diarios.

Algo está cambiado en mí y no sé si es bueno porque sigo atado a un contrato que me ata las alas que se mueren por volar en libertad.

—¿Y esta caja?

—Ábrela. —Lo hace y ve un par de pendientes de plata algo larguitos con unos corazones colgando—. Me recordaron al dibujo.

—Me encantan. —Se los pone y me mira con ellos puestos. Tiene el pelo en una toalla y solo lleva puesto un albornoz. Me cuesta ser un caballero y no tirar de ese cinturón que no para de tentarme—. No voy desnuda del todo, por si lo estás pensando. —Me dice sacando la lengua adivinando mis pensamientos—. Y esta noche tengo trabajo, así que un besito y para tu cuarto.

—¿En serio? —le digo cuando me lleva hacia la puerta.

—Claro que sí, mañana es tu concierto y tengo que ultimar unas cosas. Un poco más y me compra el billete de vuelta tu mánager el mismo día.

—Bueno, pero yo elijo el tipo de beso —le digo ya en la puerta.

—Vale.

Cojo su cara entre mis manos y esquivo sus labios cuando ella hace el amago de besarme. Sonrío y voy hacia su punto sensible cerca de la oreja. La beso y le doy un pequeño lametazo que le pone la piel de gallina. Me separo y la veo con el morro fruncido.

—Eso es trampa, sabes mis puntos débiles.

—Tú eres la que solo quiere un beso.

—Anda, vete, antes de que mande el trabajo a la mierda y mañana salgas hecho un cuadro.

Le doy un beso más en los labios y tiro del cinturón de su bata. Bajo la vista... ¡y lleva el pijama puesto!

—Quería saber si aguantabas la tentación y, como te he dicho, tengo trabajo y no puedo dejar que me tientes.

Me voy de su cuarto con una sonrisa. Hacía tiempo que no me reconocía, hasta que ella regresó a mi vida y me recordó cómo me gustaba ser.

Lisa

Hago una foto a Christian con el público de fondo mientras él les da la espalda. Su gesto es cansado, vulnerable y no hay felicidad en su mirada cuando me mira. Observo la foto y la guardo para mí. Le hago otra cuando muestra su cara de cantante famoso y feliz y la subo a mis redes sociales, esas que últimamente tengo olvidadas porque estoy demasiado ocupada viviendo mi vida:

Una vez más Christian con su voz demuestra por qué debe llegar lejos... Tal vez un día las canciones que cante me gusten tanto como su culo. #ojosverdesqueenamoran #miradasexiquetederrite #culazoquepiensotocarle

Lo subo hasta con los mensajes subliminales, la gente nunca pensará que Christian pueda estar conmigo. Es así de triste. No porque yo no sea genial, sino porque prefieren creer que un día lo verán y se fijará perdidamente en ellas. Amar a un famoso a veces es obsesivo.

El concierto continúa. Mi tía y la madre de Christian lo viven como dos adolescentes en primera fila y seguramente luego se irán de fiesta con ellos. Sonrío feliz porque no les importe el qué dirán y vivan su vida sin que los años te limiten lo que deseas hacer.

Al terminar Antoni me dice de ir a tomar algo.

—No puede —dice Christian por mí, tirando hacia su camerino.

Me río por la cara que ha puesto Antoni y sigo a Christian feliz a donde quiera llevarme. Hoy soy toda suya.

Entramos en su camerino y nada más cerrar la puerta se cierne sobre mí con toda la emoción de tocar en directo corriendo por sus venas.

Su corazón late como un loco, por lo que le producen mis besos y por toda esa adrenalina, y he de admitir que me lo contagia.

Su boca no me da tregua. Me besa bebiendo de mí hasta que gimo descontroladamente entre sus labios.

Vamos a tientas hacia su sofá y caemos sobre este haciendo que las cosas que había en él se nos claven por todos lados. Me quejo y nos las vamos quitando entre risas sin poder dejar de besarnos. Parecemos un par de adolescentes y si cierro los ojos es como si no hubiera pasado el tiempo. Como si nos estuviéramos devorando sin pensar en el mañana y creyendo que pase lo que pase estaremos juntos.

Cuando te enamores en la adolescencia esa inocencia que aún tienes por tu falta de vivencias te hace creer en los para siempre.

Hoy me siento esa joven, y me encanta.

Sus labios dejan mi boca para lamer los contornos de mi cuello.

Me lame, me chupa..., me derrito cuando mima ese punto sensible que adivinó hace tantos años.

Tiro de su camiseta y acaricio su fibroso pecho. Nunca pasamos de pequeños tocamientos sin camiseta. Pero recuerdo cómo era. Y este hombre corpulento y musculado no tiene nada que ver con mi desgarrado Chris. Y, sin embargo, pese a las diferencias, es como si nada hubiera cambiado, porque, aunque está muy bueno, al perderme en sus ojos verdes solo lo veo a él.

Christian tira de mi camiseta, de mi sujetador.

—Este no es lugar para nuestra primera vez...

—¿Lo dices porque estamos sobre un mugriento sofá o porque alguien puede entrar en cualquier momento?

—He cerrado con pestillo, y lo digo porque no quiero que sea aquí en lugar que odio.

—Ah... ¿Me vas a dejar cachonda y sin fiesta? Lo digo por enfriarme mentalmente contando ovejitas o imaginando a alguien que odie desnudo...

Se ríe y me besa y me olvido de si debería o no apagar mi fuego porque creo que no podría ni aunque lo intentara.

Baja un reguero de besos por mi cuello hasta mis pechos, esos que ya están duros como piedras por las atenciones de sus manos.

Se mete un pezón en la boca y no puedo callarme el gemido que de seguro ha traspasado esa ridícula puerta del camerino.

Me retuerzo entre sus brazos. Llevo una minifalda que se me ha subido hace tiempo y la basta tela de su vaquero rozando con mi sexo me hace temblar.

Mientras colma de atenciones mis pechos con su boca lleva una mano suya al interior de mis piernas hasta perderla en mi ropa interior, ya húmeda por ese deseo que mi nubla la visión. La aparta y me toca. Me cuesta mucho no correrme. Hace mucho tiempo que nadie me toca, y no es una persona cualquiera, es el único hombre al que he dicho «te quiero».

Alza la cabeza y me pierdo en sus ojos verdes mientras sus dedos entran y salen de mí. Lo hace sin dejar de mirarme. Esta es la primera vez que me

corro para él, por eso, cuando el orgasmo me atraviesa, no cierro los ojos, queriendo que vea en mi mirada lo mucho que me ha gustado.

Al acabar me entra la risa. No puedo evitarlo. Es como si me acabaran de dar un chute de felicidad. Lo miro para excusarme. No hace falta, él me entiende y me da un beso tierno en los labios.

Lo empujo para que caiga en el sofá.

—¡Pero serás bruta!

—Claro que lo soy. Ahora te toca a ti.

—No hace falta.

—¿En serio? Pues tu soldadito piensa otra cosa. —Se lo señalo.

—Tiene vida propia.

—Tendré que demostrarle quién manda aquí. Estoy deseando darle órdenes y hacer que me obedezca.

—Joder, dicho así, contigo sobre mí medio desnuda es muy sexi.

—Por supuesto, guapito, y ahora cállate, le quitas el morbo a todo esto. —Es mentira. Me encanta hacer del sexo algo normal. La perfección de películas no existe en la vida real.

Porque lo mejor es hacer de algo imperfecto un momento inolvidable.

Christian

Lisa se cierne sobre mí y deja un reguero de besos por mi pecho. Está preciosa, con el pelo despeinado. Las mejillas sonrosadas, los labios rojos por mis besos y sus ojos aún vidriosos por el orgasmo.

He estado con muchas mujeres, más de las que me enorgullezco. Pero a veces cuando estás perdido no puedes evitar perderte del todo. Pero tengo claro que nada ha sido comparado a verla correrse entre mis dedos. Ha sido el momento más erótico de mi vida y es como si fuera otra vez un adolescente que descubre el sexo por primera vez.

Sus labios bajan por mi pecho hasta la cremallera de mi pantalón. Me mira juguetona antes de abrirlo. Como siga así juro que no sé si seré capaz de aguantar siquiera un segundo.

Le ayudo a quitarme la ropa y cuando mi querido soldadito está libre, Lisa no duda en cogerlo entre sus manos. Las sube y las baja haciendo que mi placer aumente.

Cierro los ojos tratando de concentrarme para poder durar unos minutos. Esto es demasiado bueno.

Lo hago al menos hasta que sus labios me tocan, y maldigo. La miro. Lisa sonríe y me da placer segura de lo que hace y de lo loco que me vuelve.

No puedo aguantar todo lo que me gustaría. Lo mando todo a la mierda y me pierdo en lo que ella me hace sentir dejando que un poderoso orgasmo me atraviere.

—S  que duras poco... —dice la muy borde cuando acabo.

Tiro de ella queriendo parecer cabreado y se ríe entre mis brazos. Nos caemos de esta mierda de sofá que ha visto demasiadas cosas que quiero olvidar. Porque s , siempre es el mismo.

—No me extraña que no pases de soldadito...

—Dame otro asalto y te demostrar  quién manda.

Acaricia mi mejilla con ternura.

—No me importa lo que dures, soy feliz.

Me dice dejando expuestos sus sentimientos. Sonrío y la beso. Ojalá existiera más gente como ella. Que para bien o para mal su mayor defecto es su sinceridad.

Capítulo 24

Lisa

A Christian y a mí nos cuesta encontrar en una semana momentos para estar juntos. El capullo de su mánager se huele que hay algo entre los dos y no lo deja parar. No lo soporto y cada vez entiendo menos cómo Christian no dice basta, que no me cuente el por qué hace que me cueste admitir lo que siento por él ahora.

Tal vez sea por eso que he aprovechado que la gira ha parado cerca de mis padres para ir a verlos, o que soy masoca. No lo sé.

El caso es que estoy ante su puerta y pienso tocar y decirles lo que pienso.

Y eso hago. Me abre mi madre y al verme me mira impresionada, pero no veo en sus ojos amor o cariño. No hay nada.

—¿Qué haces aquí? —Mira tras de mí a los vecinos dejando claro que le importa más el qué dirán que su propia hija.

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte.

Está más vieja, no se cuida y, aunque solo tiene cincuenta y cinco años, aparenta muchos más.

Entro sin que me invite. Me sigue tras cerrar la puerta alarmada. Encuentro a mi padre donde esperaba. Junto a su mesa de café leyendo un libro de esos aburridos que él considera los mejores, no porque lo sean, sino porque lo dice su grupo de amigos.

—Hola, papá.

—No eres bienvenida a esta casa —dice sin alzar la mirada de su libro.

—No me importa. Solo he venido a decirles algo y me voy.

—Pues hazlo cuanto antes. —Mi madre se pone a su lado. Mi padre alza la mirada y tampoco veo nada en sus ojos.

Les doy igual.

Sonrío. A mí sí me da igual lo que piensen.

—Os guste o no, yo sí os quiero, y no, no voy a hacer nada por ir tras

vosotros. Yo hice todo lo que estaba en mi mano para ser una gran hija, para un gesto de cariño y para poder ser lo que esperabais, y lo triste es que no tenía que hacer nada para que me quisierais. Solo quería deciros que a mí sí me importa que todo haya acabado así, pero lo tengo asumido. Y que estoy tranquila, porque yo no he hecho nada malo. Estoy muy orgullosa de ser como soy.

—¿Algo más? —dice mi padre como si le cansara escucharme.

—Sí, que deberías animarte a leer algo nuevo, tal vez un libro erótico. Lo mismo te gustan y haces algo con mamá que diga en sus páginas y se os quita esa cara de amargados.

—Vete de esta casa. Eres una gua....

—¿Una guarra? No, no lo soy. Soy Lisa y nunca he hecho ni haré nada que no quiera. Hasta esas fotos me las hice porque quise y si de algo me arrepiento es de confiar en esa persona, no de luchar por lo que yo creía. Y ahora sí me voy.

Me marchó de aquí feliz porque les he dicho lo que pensaba, y triste por tener unos padres que no están a la altura de ese nombre.

Como les he dicho, no puedo hacer más.

Era hora de cerrar esta página de mi vida que, por muy pesada y dolorosa que sea, no merece la pena que siga abierta.

Ya he visto en sus ojos que esto es un adiós.



Llego al hotel algo tocada. Voy de fuerte, pero soy más débil que una pluma. Llego a mi cuarto y estoy tan pensativa que no le doy importancia al cartel de «no molestar» en la puerta hasta que al entrar mi tía grita y alguien salta de la cama y corre al aseo.

Cierro los ojos y me voy hacia atrás con la mala suerte de que me choco con la tele y casi la tiro. La sujeto y mi tía me ayuda a ponerla en su sitio.

—Abre los ojos —me pide mi tía. Los abro y la veo vestida a mi lado.

—Sí que te has venido pronto.

—No estaba desnuda, Lisa.

Abro los ojos y, como me ha dicho, no lo está.

—Bueno, sea como sea, me marchó y te dejo haciendo manitas con quién sabe quién.

—Claro.

—Pásalo bien. —Le doy dos besos y el perfume que hay pegado a su ropa me es muy familiar.

Tanto que no tardo en reconocerlo. Me giro y la miro impresionada.

—Nos ha pillado.

Le dice mi tía... a la madre de Christian. Sale del servicio como si hubiera cometido un pecado capital y no supiera dónde meterse.

—Lo siento... —me dice.

—¿El qué? Soy yo la que os ha pillado —le digo.

—Ya, no sé...

Se sienta en la cama, mi tía a su lado.

—Le gustan los hombres —me dice mi tía.

—Tú eres mujer —le digo a mi tía, me cuesta pillar ahora esto.

—Quiero decir que ella nunca se ha sentido atraída por ninguna mujer hasta que yo he reaparecido en su vida.

—Ah.

—Yo creía que estas cosas no pasaban a personas de mi edad. Me he sentido algo perdida porque no entendía qué sentía. O si sería mejor dejarlo todo estar. Nunca he tenido una pareja que me importara tanto como para presentarle a mi hijo, y ahora de repente esto...

—No haces nada malo —le digo comprensiva—. Te gusta mi tía y no dejas de ser quien eras. Eso de poner cartelitos es horrible.

—Lo es, sí —dice esta bajando la vista—. Tengo que hablar con Christian, pero me da miedo que me rechace.

—No lo hará. Te quiere más a que a nadie.

—Temo que esto nos distancie...

—¿Por qué? No haces nada malo.

—Ya se lo digo yo una y otra vez —dice mi tía cogiendo su mano—. He vivido la opresión de un hombre tirano, dejé de ver a mi sobrina por eso. Eso sí es malo. El engañarme a mí misma por el qué dirán y dejar de estar con quien quería.

—A mi edad —dice la madre de Christian. Me mira y noto su pesar—. ¿Qué nos ha delatado?

—Tu perfume. Huele a almendras dulces y siempre me gustó —asiente.

—Tengo miedo. —Me levanto y la abrazo.

Noto lo perdida que está y el temor que tiene al qué dirán. Sobre todo su hijo. Es triste que tenga que estar así simplemente por amar y que otras personas cometiendo delitos de verdad nunca les importe si está bien o mal.

Las dejo solas y me marchó a dar un paseo pensando en todo lo vivido hoy sabiendo que en esta vida si hay que arrepentirse de algo es de no permitirse amar con toda el ama. Yo prefiero caerme y levantarme mil veces a ir por la vida sin heridas y sin haber vivido nunca la intensidad de un te quiero.

Capítulo 25

Christian

Llego al hotel cansado y al llegar a la puerta de mi cuarto veo a Lisa sentada en uno de los sillones del pasillo. Ella no me ve enseguida y eso hace que pueda ver que no está bien. Que algo le inquieta. Al darse cuenta de que voy hacia ella alza la mirada y sonrío tratando de ocultar lo que le atormenta.

—Pensé que no regresarías a dormir —me dice levantándose.

—He tenido mucho lío.

—Como siempre, menos vida tienes de todo.

Entramos a mi cuarto y nada más cerrar la puerta se alza para besarme. Me separo un poco de ella.

—Sé que te pasa algo...

—Luego te lo cuento. Ahora te deseo a ti. Quiero comerte a besos literalmente.

—Joder, Lisa, si me dices algo así dudo que pueda durar más de los tres minutos de rigor. —La pico. Se ríe.

—¿Tres minutos? Joder, tus fans sí que se conformaban con poco. No me extraña que no hayas pasado de soldadito.

Me mira sonriente, en sus ojos ahora solo hay deseo y esa picardía que le he sacado con mi comentario. Era lo que quería. Quería que si seguíamos no fuera con una Lisa seria y distraída. La quería toda para mí.

Lisa me besa y esta vez solo hay deseo en sus gestos.

Cada vez hay más intensidad en nuestro intercambio de besos. Más urgencia por llegar más lejos y sentir otra vez la pasión del otro día.

Se separa y tira de mí hacia mi cama. Al llegar me empuja para que me siente en ella.

—¿Qué tienes en mente, Lisa?

—Quitarte la ropa y tenerte desnudo para mí.

—Aparte...

—Déjate llevar. —Por su sonrisa sé que me va a gustar y puedo intuir lo

que planea.

Me quito la chaqueta y la camiseta. Cuando voy a quitarme los pantalones me lo impide y me pide que me tumbe, y entonces es ella la que me quita la ropa.

Quiere seducirme y cuidarme y, sobre todo, siento que necesita llevar el control. Tal vez por lo que le sucede.

La dejo hacer.

Cuando ya estoy desnudo totalmente para ella me mira. No hace nada, solo pasear su vista por cada rincón de mi cuerpo y la forma en la que lo hace hace que se encienda mi piel y mi respiración se acelere.

—También me encantabas antes —me dice sincera.

—Tú a mí también, siempre has sido perfecta para mí. —Su sonrisa se acentúa y noto que mi comentario le ha gustado mucho más de lo que debería.

Quiero centrarme en lo que le pasa... o es mi idea hasta que se sube a la cama y se sitúa entre mis piernas para tocar con firmeza mi duro miembro.

Me mira a los ojos con fijeza, antes de bajar la cabeza y acariciarlo con su lengua. Doy un bote en la cama y cierro los ojos con fuerzas preso del coletazo de deseo que me atraviesa.

Su lengua me hace un recorrido y no sé si esto es placer o tormento.

Noto cómo los latidos de mi corazón se me disparan y cuando se la mete en la boca creo que me va a estallar.

Abro los ojos y la veo hermosa dándome placer. Lo hace con deseo, pero también con un cariño que hace años no entraba en mi cama o tal vez nunca.

No sé cuánto más podré aguantar, esto es demasiado intenso y, aunque me encantaría disfrutarlo durante horas, tendré que conformarme con unos minutos que estarán en mi mente durante mucho tiempo.

Me dejo ir entre sus labios. Cuando termino se tira sobre mí y me abraza con fuerza. Sé que no espera nada, pero yo quiero dárselo todo.

Ahora me toca a mí mimarla.

Lisa

Estoy agotada, y emocionalmente más. Necesitaba dar a Christian

placer, tal vez porque quería sentir el poder de tenerlo a mi merced. Y que por unos instantes fuera todo mío.

Y a los hombres esto les encanta... Y por primera vez a mí también. Me ha gustado darle este tipo de placer. Antes solo era algo que hacía, pero que no me transmitía nada. Tal vez porque el egoísmo siempre estuvo presente en mis intercambios amorosos y lo vi como un acto egoísta más, donde se me exigía dar para no recibir nada.

Ahora no espero nada, pero sé que Christian me lo daría todo, y eso hace que todo tenga un sentido diferente porque esto es algo de dos.

Christian se separa y tira de mi ropa. Le digo que no hace falta, pero continúa.

Cuando nada cubre mi cuerpo, lo miro coqueta. No tengo un cuerpo perfecto, pero es perfecto para mí. Y a quien le guste le tengo que gustar yo, no mis curvas.

Por la mirada verde de Christian mientras me observa sé que le gusto y eso me excita. Me hace sentir deseada y preciosa.

Él siempre me hizo sentir así cuando me observaba.

Se acerca y busca mis labios para darme un beso de esos que te dejan sin aliento y te atontan tanto que por un segundo no sabes dónde te encuentras. Cuando recupero el sentido veo que se ha situado entre mis piernas y que su rubia cabeza baja por mi pecho ignorándolo.

Lo dejo hacer hasta que veo que se dirige hacia mi sexo. Me tensó, nunca nadie me ha dedicado esa clase de atenciones. Siempre he sido yo la que he dado mucho más en la cama. Hasta el punto de no tener un orgasmo tras un encuentro sexual y quedarme despierta mirando el techo sin poder dormir por el panorama en el que me encontraba y escuchando roncar a mi acompañante.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo. —La seguridad en su mirada me excita y hace que abra más las piernas en un claro permiso.

Christian sonrío y sigue con lo que desea. Y sé que lo desea. Eso hace que me sienta libre de sentir, de experimentar esto sin miedo a si le gustará. A si estará bien o a si hace esto sin ganas. Porque sí, muchas veces he sentido que obligaba a mis parejas a tener un mínimo de placer. Tal vez por eso dejé

de esperar nada en la cama.

Noto su aliento acariciar mi sensible piel y cómo esto hace que se me ericen los pechos. Christian pasa un dedo por mi humedad y lo lleva a mi interior seguido de otro. Ya solo eso hace que me derrita.

Sus dedos entran y salen de mí, mientras su lengua se deja caer con lametazo en mi clítoris. Grito por la impresión. Por esta descarga de placer que me atraviesa.

Él sigue a la suyo y me lame con maestría mientras sus dedos me hacen el amor.

Me llevo las manos a los pechos y tiro de mis duros botones mientras él me hace el amor con la boca.

Estoy perdida en este mar de sensaciones y a punto de dejarme llevar y explotar en mil pedazos.

Una parte de mí desea dejarse ir. Otra no quiere dejar de sentir este placer.

Al final, no puedo más que disfrutar del potente orgasmo que atraviesa mi cuerpo y que me deja totalmente lánguida sobre la cama.

—Quédate a dormir.

—¿Lo dices porque quieres pasar la noche conmigo o porque sabes que no puedo moverme? —le digo sin abrir los ojos.

Christian me besa antes de abrazarme y taparnos.

—Lo digo porque quiero estar contigo.

No dice «esta noche», dejando claro que esto no acaba aquí, al menos no hoy. Y si soy sincera, por mí no acabaría nunca. Sigo enamorada de este hombre para bien o para mal, porque no sé si puedo lidiar con lo que es él ahora. Y ese contrato que me quita el sueño.

Christian

Acaricio la tripa de Lisa en la bañera de hidromasaje donde nos hemos metido tras una tardía cena. Se despertó con hambre y llamó al servicio de habitaciones desde otro cuarto para no molestarme, pero me di cuenta enseguida de que no estaba a mi lado.

—¿Me vas a contar ya qué te pasaba?

—¿No podemos tener otra ronda de sexo loco antes?

—Aunque me encanta la idea de tener sexo contigo, ahora mismo no puedo ni con mi alma —le reconozco.

He tenido un día de mierda de entrevistas y sesiones de fotos. He estado de pie desde bien temprano y no puedo más, suerte que el cansancio me dejó disfrutar un poco de ella.

—Lo cierto es que yo tampoco puedo más —me reconoce—, en verdad no es nada, solo que he ido a ver a mis padres. A decirles que los quiero y que no es mi culpa que todo se haya estropeado.

Entiendo lo que ha querido hacer. Yo de niño no entendía por qué mi padre no me quiso y, en cierto modo, me culpaba de que esto fuera así. Me costó tiempo aceptar que yo no tenía que hacer nada, él decidió no comportarse como debía conmigo.

—Has cerrado esa puerta ¿no? —asiente.

—Lo necesitaba, en el fondo les estaba dando una oportunidad para decir «hija, nos hemos equivocado». No ha sido así y estaba preparada para decirles adiós, aun así es triste.

—Lo es, sí. Pero no puedes vivir anclada en el pasado por culpa de las decisiones de otros.

—Lo sé, y soy maravillosa y hubiera sido una gran hija si ellos me hubieran dejado.

—Lo sé. —Se vuelve y me mira, y sé que necesita que se lo confirme, aunque ella sola se haya echado flores—. Claro que lo hubieras sido. Y yo un gran hijo para mi padre. Ellos se lo pierden, no nosotros.

—Por supuesto, nosotros somos maravillosos y ellos no, porque es triste, pero personas que no son capaces de amar a sus hijos en verdad es que no merece la pena tener en tu vida.

—No, un hijo es lo mejor que te puede pasar en la vida.

—Yo también lo creo.

Nos quedamos un rato más aquí relajados hasta que noto que nos vamos a quedar dormidos y tras secarnos nos vamos a la cama.

Lisa me abraza con fuerza y sé que esta noche más que nunca necesita no sentirse sola. Ella en verdad deseaba ver en sus padres otra cosa. Ahora le toca aceptar que hay cosas que nunca van a cambiar por mucho que duelan. Yo sé lo que es pasar por eso y sé que necesita tiempo y mucho cariño.

Capítulo 26

Christian

—Te estás tirando a Lisa —me dice el capullo de mi mánager nada más entrar en el coche a primera hora.

—Lo que haga con mi vida privada no te importa.

—No mientras no olvides el contrato.

—Te prometo que no lo he olvidado porque lo he leído cientos de veces para poder mandarte a la mierda. Pero ten por seguro que si un día me canso y lo rompo, pese a las consecuencias tú perderás más que yo.

—No olvides lo que está en juego —me dice con la rabia brillando en sus ojos.

—Entonces, deja de meterte en mis asuntos mientras no haga nada que haga temblar ese maldito contrato.

Se calla y nota que como siga con este tema no vamos a acabar bien.

—Nunca debí contratarla, pero vi que te odiaba y pensé que te podría joder un poco —me reconoce, y no me cabe duda de que vio ese odio de Lisa hacia mí y quiso hacerme daño.

No comento nada, no tengo ganas de hablar con él. Estar en su presencia hace que sienta asco desde hace mucho tiempo.

Y eso que un día al mirar a este hombre a los ojos pensé que era lo mejor que me había pasado en la vida.

Que al fin el trabajo de mi madre para yo fuera alguien había merecido la pena. Qué asco que haya gente así, y lo más triste es que él sabe el daño que hace y le enorgullece ser así.



Quedo con mi madre para cenar algo y al llegar veo preocupación en su rostro. Al mirarme sonrío y se levanta para abrazarme, lo hace de una forma que me inquieta.

—¿Qué pasa, mamá? —No me responde, pero sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Has hablado con Lisa? —me dice temblando.

—¿Qué ha pasado? —Me inquieto porque no he sabido nada de Lisa, y eso que le he mandado varios mensajes—. ¡Mamá! —le digo cuando no responde, al contrario, se pone a llorar—. ¿Qué sucede? Me estás asustando.

—Estoy bien...

—¿Y Lisa?

—¿Lisa? —Mi madre se da cuenta de lo que está consiguiendo con su actitud y cambia de semblante.

—Por Dios, Lisa está bien, está en su cuarto con su tía haciendo cosas a tu ropa.

Me siento. Cojo sus manos.

Por suerte estamos solos en este reservado del restaurante y nadie nos molesta.

—Háblame, mamá, soy yo, tu hijo. —Me mira y las lágrimas que no ha podido derramar hasta ahora se derraman por su cara.

Me levanto y me pongo de rodillas para secárselas. Coge mi cara entre sus manos.

—Mi niño. Eres consciente de que te quiero más que a mi vida, ¿verdad? —Asiento sin poder hablar temiendo que lo que le pasa sea grave—. Y que tú vas por delante de todo...

—Mamá, de eso ya hemos hablado, yo quiero que tú vivas tu vida. Que seas feliz y si no me gusta algo que haces, pues me fastidia —sonríe—. Yo solo quiero tu felicidad.

—Lo sé, pero aun así no sé cómo decirte esto. Porque, aunque soy feliz, no sé cómo llevar lo que siento. No a mi edad...

—Eres joven.

—No lo soy, y debería saber lo que quiero desde hace años. ¿Por qué ahora la vida me hace desear cosas que nunca imaginé? —La miro sin comprender—. No pensaba decírtelo tan pronto, pero Lisa nos pilló, y no quiero que haya más secretos entre nosotros. No más de los que ya hay. —Noto recriminación en su mirada. Aparto la mía un segundo.

—Es mi problema, mamá.

—La vas a perder otra vez como no seas sincero. Esa chica ya tuvo que aceptar que no regresaras. Merece saber por qué...

—No estamos aquí para hablar de mí.

—Vale, pero es más fácil —dice con una leve sonrisa.

—Digas lo que digas voy a seguir aquí.

—No lo sé, tengo miedo. Puedo aceptar el rechazo de la sociedad, pero no el tuyo.

—Yo siempre voy a estar a tu lado. —Acaricio su mejilla como ella hacía conmigo cuando era un niño.

—Estoy con alguien.

—Algo he imaginado por lo que decías. Pero eso es bueno..., a menos que sea mi mánager —se ríe.

—No, por supuesto que no. Tengo mejor gusto.

—Eso me relaja. ¿Y quién es él?

—No es un él, Christian, es una ella.

Me quedo mirándola asimilando sus palabras. Aceptando que mi madre me está confesando entre lágrimas y temblando como una hoja que a su edad se ha enamorado de una mujer y que, por lo que veo en sus ojos, la hace feliz hasta un punto de contármelo para que acepte lo que le pasa y que no entiende.

—Estamos compuestos de almas, y tu alma ha encontrado a su gemela. Da igual si es hombre o mujer, solo que seas feliz. Si tú eres feliz yo lo seré por ti.

Sonrío y noto el alivio en los ojos de mi madre. Se tira a mis brazos y me abraza con fuerza en el suelo de rodillas a mi lado. La abrazo, tan pequeña entre mis brazos. Es raro pensar que hubo un tiempo que yo cabía entre los suyos y que ahora soy yo el que la sostengo.

—Te quiero, hijo, y si tú lo aceptas, el resto me da igual.

—No haces nada malo. Y ahora dime quién es. ¿La conozco?

—La verdad es que sí... Es la tía de tu Lisa.

No me sorprende, y me lo imaginaba porque siempre andan juntas y ahora que mi madre me ha dicho esto he sabido ver que esa felicidad que veía cuando estaban juntas no era solo por ser amigas, era porque entre las dos estaba naciendo algo más.

—Me siento como una quinceañera. Es como si viviera mi primer amor.

—Nunca es tarde para vivirlo. El amor no entiende de edades.

Disfrútalo.

—Y tú dile la verdad a Lisa.

—Dame tiempo.

—No confías en ella.

—Me juego mucho.

—Es de fiar.

—Necesito más tiempo.

—Tu verás, hijo. Pero, como madre, te aconsejo que si empiezas algo con alguien los secretos solo separan.

Asiento, ya que tiene razón. El problema es que ahora mismo si pienso en decirle la verdad no me nace.

Lisa

Alguien me ha *hackeado* mis cuentas, y tras poner varios comentarios ofensivos lo he denunciado a la policía. Todas desaparecieron. Me toca empezar de cero si quiero ir subiendo las fotos. No hago nada de eso. No me apetece.

Yo solo hago lo que me gusta, no me meto con nadie y por hacerlo bien me hago enemigos. Pues que sigan odiándome mientras yo lucho por llegar cada día más lejos en mi trabajo.

—¿Has podido arreglar algo? —me dice mi tía mientras dejamos la ropa de Christian en su camerino para el concierto de esta noche.

—No, solo he podido poner denuncias y decir que yo no tengo nada que ver con los comentarios ofensivos publicados. Me siento como si en cierta forma hubieran violado mi vida...

—Eso es porque los jóvenes le dais demasiada información a las redes sociales. Algunos más que a su vida y cuando pasan estas cosas es como si se colaran en tu casa. Aprende y sigue en ellas, pero sabiendo lo que puede pasar y el control que le das a la gente con lo que publicas de ti.

Mi tía tiene razón. Me suena el móvil. Es la casa de Lilliam y solo puede ser Delia, mi amiga me llama por su móvil.

—Hola, princesa.

—Hola, tía. ¿Qué tal el concierto? Creo que aún no ha empezado.

—No, queda poco.

—Bien, es que te quería pedir algo.

—Habla, soy toda tuya.

—En verdad no sé por qué quiero pedirte ayuda...

—Vamos, Delia, dime qué quieres.

—Hay un baile en mi colegio... y tengo que llevar vestido. No es que no quiera..., pero... bueno...

—Dime cuándo es y me escaparé para que encontremos el vestido perfecto para ti. O mejor... ¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Pues tengo una idea, y mi tía la puede hacer posible. Dime cuándo es tu fiesta y tendrás el vestido perfecto para ti.

—Si lo dices porque no me gusta ir de tiendas, por un día podría soportarlo.

No me lo dice, pero sé que en verdad lo que quiere es estar conmigo.

—Aunque ahora que lo pienso, tendré que ir a probártelo y si quieres pasamos el día juntas luego haciendo alguna cosa, ya que voy...

—Me encantaría.

Hablamos un poco de sus clases y me siento en una escalera que hay cerca mientras la escucho. La echo de menos. En verdad echo de menos estar en mi casa, aunque me parezca vacía. Esta vida de un lado a otro no es para mí.

Necesito estabilidad.

—Lisa. —Alzo la vista y veo a Christian viniendo hacia mí.

Y lo peor es que sé que Christian no lo es. Porque por mucho que yo sienta sé que ya no somos esos adolescentes que lo arriesgaban todo a una carta sin importar nada más.

—Hola —le digo al tiempo que Delia me dice que se va a hacer un estudio de las similitudes entre el comportamiento animal y los humanos en temas de pareja—. Eso es fácil, seguro que ganan los animales.

—Eso creo. Hablamos, y dile a Christian que me encantó la canción que me mandó. Es preciosa.

—Se lo diré. —Cuelgo y miro a Christian—. ¿Le mandaste la canción de flauta?

—Sí y no. Compuse una canción para ella que se me ocurrió ese día y se

la envié tocada a piano. Nada del otro mundo.

—Seguro que sí lo era. Me encantaría escucharla. De hecho, me encantaría escucharte a ti. Estoy cansada de escuchar tus conciertos... No es mi Chris el que veo en el escenario. Tú no eres así.

—¿Tenemos que hablar ahora de eso?

—No, no es lugar, claro. Suerte esta noche. Lo harás bien, solo tienes que ceñirte al guion.

—Lisa...

—Vale, vale, ya lo dejo. Te besaría para compensar ser tan borde, pero nos pueden ver y no pueden saber que hemos pasado de un asalto o empezarán a pensar que esto es serio, y ni yo sé si lo es.

—Estamos bien así.

—Claro... ¿No ves mi cara de felicidad? —sonrío con falsedad.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Acaricio su mano—. Que te echo de menos. Me gusta cuando a mi lado veo a mi Chris y cuando estás aquí no sé bien quién eres.

—Y también que te han cerrado todas las cuentas y has tenido que empezar de cero y todo porque me dices qué ponerme. ¿No ibas a decírmelo?

—Luego sí. Ahora no quería darte más quebraderos.

—No me los das. —Christian mira a ver si nos ve alguien y tira de mí hacia una zona oscura. Me besa y me abraza—. Estoy aquí, Lis, para lo que necesites.

—Claro.

Me besa una vez más antes de irse. Me quedo entre las sombras, oculta. Y no me gusta estar así, y lo más triste es que si sigo al lado de Christian esta será mi vida.

En el fondo sé por qué hoy me afecta tanto esto. Aparte de lo de las redes. Mi tía y la madre de Christian al fin han dejado de ocultarse. Se han dado un beso delante de todos los que han querido mirar, sin miedo, sin que les importe nada salvo su felicidad, y me he dado cuenta de que yo con Christian estoy como si hubiera hecho algo malo que hay que tapar. Así es como me siento, porque lo sigo queriendo y no puedo tener la libertad de estar a su lado como me gustaría, y lo peor es que lo tengo que compartir con ese lado que no me gusta de él y que no sé si cuando todo esto acabe seguirá

en su vida.

¿Cómo se puede querer tanto a alguien que te oculta secretos?

No tengo ni idea, tal vez debería decir a Delia que haga un estudio sobre mí.

Capítulo 27

Christian

El concierto termina y nada más hacerlo me veo rodeado de fans que tienen pase y no me dejan llegar a mi camerino a descansar un poco, y lo peor es que mi mánager ha organizado una fiesta privada a la que no puedo faltar.

Al llegar veo a varios de compañeros en el *pub* fuera de la zona VIP, y entre ellos está Lisa al lado de Antoni, cómo no, este tío no para de tirarle los trastos, aunque Lisa nunca ha hecho nada para alentarle. Creo que el que sepan que nos liamos le da más morbo.

Cierran una cortina casi transparente para darnos más intimidad en esta fiesta supuestamente privada. En verdad son amigos a los que mi mánager quiere hacer la pelota para conseguir cosas de ellos, y me usa para que se sientan importantes por estar a mi lado.

Nos traen bebidas y algo para picar.

El ambiente no me gusta. Me hace sentir incómodo.

Miro a Lisa de vez en cuando, esta vez al hacerlo la pillo bailando con una chica del equipo.

Es preciosa. No puedo dejar de mirarla y me cuesta recordar que no debo delatarme.

Desde que ella apareció en mi vida mi contrato me asfixia más que nunca.

Saco el móvil y la escribo cuando regresa a la mesa donde están sus cosas, y la veo registrar su bolso.

Estás preciosa cuando bailas. Muy sexi. ✓✓

Sí, la verdad es que me sé mover muy bien y he alegrado la vista a más de uno. No veas cómo me han devorado el culo y las tetas, como si no me diera cuenta... Hombres.

Me he dado cuenta, es lo que tiene ser tan preciosa y tener un cuerpo tan perfecto. ✓✓

Sí, un lastre con el que tengo que vivir :P

Y sé de uno que se muere por tener ese cuerpo perfecto solo para él. ✓✓

Y seguramente querrás un baile privado.

Te lo cambio por un concierto privado solo para ti. ✓✓

¿Cuándo?

Esta noche, llamo al hotel para que te den una llave en recepción de mi cuarto. ¿Me esperas allí? ✓✓

O tú a mí, la fiesta está en todo su apogeo y, por lo que puedo ver tras esa cortina ridícula, la tuya es un aburrimiento.

Lo es, sin ninguna duda. Y más si no dejo de pensar en que te quiero solo para mí. ✓✓

Yo también, pero es lo que tiene esto... Iré a tu cuarto. Nos vemos luego.

Lisa no tarda en irse. Antoni la sigue y por lo pronto que regresa es que Lisa le ha dado otra vez calabazas. Cuando puedo, dejo esta tediosa fiesta, y para mi gusto no es tan pronto como me hubiera gustado.

Al llegar al hotel hace dos horas que Lisa se fue y dudo que me esté esperando despierta. Y así es. Al entrar en mi cuarto la encuentro en el sofá tapada con una manta que ha quitado de la cama en mala postura. No hay duda de que ha tratado de mantenerse despierta sin éxito.

Voy hacia ella y la cojo para llevarla a la cama.

—Eres un tardón —me dice sin abrir los ojos.

—No pude venir antes.

—Es lo que tiene que tu vida la dominen otros y no tener el poder de decidir lo que quieres y lo que no.

—Lisa...

—Lo siento, pero por mucho que no te lo diga no dejo de pensarlo menos. —Esta vez sí abre los ojos.

—Te conozco lo suficiente para saberlo.

—Bien, y ahora toca para mí.

—Estabas durmiendo.

—Estaba, y me debes un concierto privado, si te portas bien luego te dejaré que bailemos juntos. Es mucho más divertido. —Por su manera de decirlo sé a qué se refiere.

—Me doy una ducha y vuelvo.

—Me la doy contigo...

—No, si quieres que te cante primero antes de bailar.

—Eres un aguafiestas —me dice sacándome la lengua.

La dejo sobre mi cama y tras darle un largo beso que nos deja con ganas de más me marcho a la ducha.

Al terminar salgo solo con el pantalón de pijama. Descalzo ando hacia ella. Sé dónde está porque está tocando algunas teclas en el piano que siempre pido que haya en las habitaciones donde resido. Mi guitarra no está muy lejos, pero no es hasta hace poco que las he tocado para componer y no para ensayar las letras pactadas.

Me siento a su lado al piano y tras acariciar sus dedos toco la melodía que he creado para ella. Esa que tiene letra, pero que hoy no me atrevo a desvelarle.

—Es preciosa, Chris —me llama así para dejar claro que ahora sí ve al hombre que le recuerda a quien quiso.

—Me alegro que te guste, Lis. Es para ti.

Agranda los ojos emocionada y me abraza.

—¿Y esta no tiene letra?

—La estoy ultimando. —No le miento del todo, aún le faltan unos retoques.

—Me encantará un día escucharla.

Lisa se levanta para sentarse sobre mí. Lleva un coqueto camisón de

color rosa y nada más. Lo sé porque desde que he llegado me ha costado mucho no saltar sobre ella. No lo he hecho porque quiero que nuestra primera vez juntos no sea algo loco y rápido. Quiero cada gemido, cada suspiro, cada roce, cada mirada de pasión... sin perderme nada por las prisas de estar al fin dentro de la mujer que siempre ha sido la única para mí.

Capítulo 28

Lisa

Me pierdo en los labios de Christian. Me encanta besarlo y morder esos labios gruesos que tan loca me han vuelto siempre.

Acaricio su espalda. Su piel es muy suave y siempre invita a una caricia más y aun así nunca es suficiente.

Christian tira de mi camisón y cuando me lo quita del todo me quedo desnuda ante él.

—Esta imagen es preciosa, tú y mi piano. Mis dos pasiones. Ambas listas para que las toque y haga magia con mis manos.

Sonríó un segundo antes de besarlo con intensidad. Christian se levanta conmigo en brazos. Enredo mis piernas en su cintura mientras vamos a la cama.

Me deja sobre esta sin separarse, solo lo hace un segundo para quitarse la ropa.

Sus manos están por todo mi cuerpo, mis pechos duros acarician su duro torso y su corto bello rubio los acaricia acrecentando mi placer.

Su sexo se anida en el mío y pide paso cuando nuestros movimientos hacen que tantee la entrada.

Me muero por tenerlo dentro.

Y parece que él también desea lo mismo que yo, ya que busca un condón y se lo pone con rapidez.

Se cierne sobre mí y sin dejar de mirarme entra poco a poco en mi interior.

Noto cómo me llena poco a poco en una maravillosa tortura.

Lo hace hasta que está del todo en mi interior y lo siento como nunca he sentido a nadie y aunque ahora seamos uno sé que siempre lo sentí así cuando estuvimos juntos.

Con él nunca necesité el sexo para saber que éramos perfectos el uno para el otro.

Esto solo confirma mis creencias.

Christian entra y sale de mí con lentitud mientras sus labios buscan de nuevo los míos y me besa como cuando no éramos nada más que unos adolescentes que se decían «te quiero» en cada beso.

Me muevo con él en este baile que con tantas personas de caras diferentes he bailado y que hoy con cada movimiento se pierden en mi recuerdo.

No existe un pasado que no sea él y ahora mismo solo puedo pensar en un futuro donde estamos los dos.

Me siento como esa niña que creía que el amor era para siempre y no en esta mujer que hace tiempo que temía que no lo volvería a sentir más.

Christian intensifica los movimientos haciendo que no pueda pensar en nada más que en él entrando y saliendo de mí.

Baja su cabeza a mis pechos y les da la atención que desde hace tiempo vienen reclamando.

Cuando noto que estoy a punto, él también lo percibe y nos lleva a los dos a un potente orgasmo que casi me hace perder el sentido.

Ahora mismo sé dos cosas, que lo amo como nunca he amado a nadie ni amaré. Y que si esto no es el comienzo de algo me pasaré toda la vida anclada en sus recuerdos.

Porque ese es el poder que tienen los bellos instantes, que algunos solo duran unos segundos y se quedan para siempre grabados en tu memoria.



No puedo dormir, solo tengo ganas de reír. Me pasó igual tras nuestro primer beso. Era incapaz de concentrarme en nada que no fuera él.

Me incorporo en la cama y lo miro, puedo verlo gracias a la luz del salón que se filtra por la puerta. Christian tampoco duerme. Alza la mano y me acaricia la mejilla.

Su contacto me emociona.

—Siempre te he querido, Chris. Y he tratado de buscarte en otros porque quería que alguien me hiciera quererlo tanto para olvidar cuánto te quise a ti —le confieso—. Ahora sé que era difícil encontrarte un sustituto. ¿Por qué no regresaste? Te esperaba. Siempre lo he hecho, hasta cuando te dije que me olvidaras, en el fondo solo quería que me siguieras.

Christian se queda quieto y noto que me aleja de él. Cómo lo compartido no sirve para que me cuente por qué no regresó.

—Lis...

—No, para ti no soy Lis si no me cuentas la verdad. ¿Qué te lo impide?

—Que tengo miedo de que se filtre.

—No confías en mí —afirmo—. Nada. ¿Después de todo? —Salgo de la cama. Me sigue, me giro y me enfrento a él—. No, no me sigas si no confías en mí, porque si no lo haces es que no me quieres. Yo hasta iba a soportar por ti aguantar no ser más que una sombra en tu vida si me lo hubieras pedido, aunque odio todo esto. Y tú no eres capaz de decirme algo que me debes, me lo debes por esperarte y por todas las malditas lágrimas que derramé cuando con el paso del tiempo tuve que aceptar que nunca más volveríamos a estar juntos. ¡Me lo debes! —No dice nada—. Me marchó. Y esta vez no te voy a esperar, porque al contrario que tú yo me he desnudado ante ti, y te he dicho lo que siento. Soy tonta por creer en el amor en tiempos donde la gente solo cree en sexo. Como tú. Hoy yo te he hecho el amor y tú solo has follado conmigo. Como siempre me pasa. Yo siempre doy más.

Espero que diga algo. No dice nada.

Me pierde una vez más y no parece que le importe. La primera vez lo entendí, esta solo comprendo que yo soy la única tonta en este mundo que cree en el amor más allá del sexo.



Entro en mi cuarto sin recordar que mi tía está dormida. Intento que no me escuche llorar. Odio no poder contener los gemidos. No soporto este dolor.

—¿Lisa?

—Estoy bien, muy bien.

Se remueve en la cama y al poco llega a mí y me abraza con fuerza.

—No lo parece. —Me lleva a la cama y se sienta conmigo. Al poco noto a otra persona a mi lado y sé que es la madre de Christian antes de que hable.

—¿Qué te ha hecho mi hijo?

—Nada, no puedo culparlo por no sentir lo mismo que yo, por no confiar en mí. No tiene la culpa de que yo sienta más. No quiero seguir aquí.

—Mejor, porque nos han despedido —me informa mi tía.

—¿De qué hablas? —Mi tía me da un sobre. Al abrirlo veo la restricción del contrato y el finiquito.

—Me lo dio ese mánager asqueroso tras el concierto, cuando tú ya te habías ido de fiesta.

—No me quiere cerca de Christian.

—No.

—Ya da igual, es lo mejor, no soporto todo esto. No soporto tanta falsedad. Yo no lo soy. Soy muchas cosas, pero nunca he sabido fingir... Es lo mejor. Recuperar mi vida y mi casa llena de gatos...

—Tú no tienes gatos —apunta mi tía.

—Imaginarios sí.

Mi tía no dice nada, y la madre de Christian está muy callada acariciando mi mano. Ahora solo quiero estar sola, pero sé que ellas no me quieren dejar. Por eso nos quedamos en silencio las tres, dejando que mi dolor se escuche en forma de lágrimas silenciosas que no puedo controlar.

Capítulo 29

Lisa

Observo a Delia con mi tía mientras le prueba su precioso vestido. Llevamos aquí una semana y digo «llevamos» porque mi tía se vino conmigo y no me dejó decir que no.

Desde entonces, mi tía está trabajando en el vestido de Delia y otros de Lilliam. Le entusiasmaron sus ideas y les está dando vida.

—Es un vestido blanco —dice la pequeña mirándome—. No me gusta mucho este color...

—Ya lo sé —le digo sacándole la lengua.

—Yo digo que estás preciosa —dice Maddie con la boca llena de bollos de azúcar. Uno de sus antojos—. Me voy a poner como una gorda... —dice al acabarlos.

—Piensa que no hay gordura más bonita que la que te da el tener a tu hijo —le dice Lilliam.

—Claro, porque tú no has engordado nada. Eres una cabrona —le dice picajosa.

Lleva tiempo sin ver a Leo y está de morros cada dos por tres. De hecho, se ha trasladado a vivir a mi casa desde que llegué porque dice que no quiere estar sola. Por lo que sé antes estaba en la de su hermano.

No les he contado aún qué me pasa, creo que no ha hecho falta, desde que regresé solo uso colores oscuros. Aún no he encontrado la fuerza para decirles lo mal que me siento y cómo cuesta sonreír cuando por dentro siento que me estoy muriendo.

Echo de menos a Christian y esta separación me ha costado más que la otra, ya que antes esperaba su vuelta y poco a poco acepté que no lo haría. Ahora de golpe he tenido que afrontar que no sentimos lo mismo.

—Sí se me nota —se defiende Lilliam, que se mira preocupada su falta de tripa.

Lilliam espera un niño y Maddie una niña. Y sí, a una se le nota más que

a la otra y cuando una se queja de kilos de más la otra se mira preocupada al no tenerlos. Lo bueno es que ambos bebés crecen fenomenal y el resto es cuestión de que ningún embarazo es igual.

—Se os nota a las dos, y ahora, Lisa, dime por qué este vestido es perfecto para mí.

—Porque es un lienzo en blanco para que Maddie te pinte lo que más te guste. Será único y con lo que te gusta.

Delia mira ilusionada a Maddie y esta asiente.

—Me encanta —dice la pequeña.

No sé qué se está imaginando, tal vez quiera llevar ecuaciones o frases raras, me da igual. Es su vestido y será como ella quiera.

—¿Qué vas a querer que te pinte?

—El universo —dice con seguridad—. Por un día quiero ser mucho más grande que él.

Me encanta su respuesta y la abrazo.

—Vas a ir preciosa.

Delia me mira a los ojos y acaricia mi mejilla. Le aparto la mano. No quiero romperme. No puedo hacerlo.

—Estamos contigo. Para lo bueno y lo malo —me dice con una madurez que no me sorprende, pero que ahora me deja devastada.

—Estoy bien —le digo con las lágrimas que no puedo contener rodando por mi mejilla.

Delia me abraza con fuerza. Hago lo mismo y me rompo ante esta niña que aún nada sabe del amor, pero sí mucho de lo que es querer a alguien sin que importe nada más que los sentimientos.

Al poco siento los brazos de mis amigas. Las que han estado ahí desde que he regresado, a la espera de que les dijera lo que me pasaba.

Me voy al servicio, necesito un momento de soledad. Grito y saco mi dolor. Me cuesta calmarme. Siento rabia por todo. Me siento tonta por entregarme, y esta vez por amor. Por esperar algo más tras el sexo. Por ser la única que siempre lo da todo, aunque pierda.

Me da rabia no encontrar razones para cambiar, no escarmentar.

Al calmarme me lavo la cara y salgo del servicio. No me sorprende ver en el salón a Britt y Abby. Mi tía se ha llevado a Delia de paseo, por lo que

me informan.

Miro a mis amigas, mi familia, las personas que me han dado más de lo que se supone que te debe dar la sangre. Me han enseñado que sin una aparente razón en tu vida aparecen personas a las que quieres como si un lazo invisible os uniera y por las que darías la cara como si en vez de la amistad lo que te tirara fuera la sangre.

Tengo suerte de que quieran a esta loca.

Lilliam hace unos téis y nos los tiende.

—¿No tienes algo más fuerte? —le digo—. Te juro que soy mayor de edad.

—Como si no lo supiera —me dice Lilliam—. Y no, son libres de teína y nos sentarán bien a todas.

Me lo tomo deseando de verdad que me siente bien.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Abby.

—Nada, solo que le dije que lo quería tras acostarnos y él no dijo nada y no solo eso, me di cuenta de que no confiaba en mí. Le dije que me iba y no me retuvo. No es su culpa, es mía por tener esta capacidad de amar así... —les digo algo melodramática. Maddie sonrío—. Siempre lo he querido, verlo como un cantante famoso me dolió y más porque no era mi Chris. Él odiaba este tipo de música. Es más de sentarse con un piano y cantar lo que le nace o de acariciar su guitarra y crear algo muy bello. Pensé que mi Chris no estaba en él, pero sí, el problema es que tiene que lidiar con su cárcel de oro, y yo lo hubiera dado todo por él. Hasta me hubiera metido de lleno en esa prisión... Soy tonta.

—No, eres la más valiente de todas —me dice Britt—. Tú crees en el amor y luchas por él. Aunque te salga mal, no te arrepientes y sigues aferrándote a él. Yo he aprendido mucho de ti.

—Y yo... —dice Abby.

—Ya, es lo que tiene ser una puñetera hada madrina, que no existe final feliz para ella.

Recuerdo el corazón que me hizo Christian ese recubierto de corazoncitos. Tal vez mi sino sea ese, conformarme con lo poco que puedo robar de cada persona a la que robo un poco de su felicidad.

Pedimos algo de cenar. Owen no tarda en llegar, al igual que mi tía y

Delia, que se apuntan a esta cena improvisada. Acabamos por reírnos de cualquier tontería y al regresar a casa no tengo gatos, pero sí una tía que no me va a dejar caerme y una amiga que, aunque huye de la soledad sé que también quiere que yo sea feliz, y no me quiere dejar caer.

Capítulo 30

Lisa

Ha pasado un mes desde que dejé la gira y, aunque me moleste admitirlo, algo sí echo de menos ese mundillo. Y a la gente que hay tras un cantante. Y a Christian...

Vivo recordando nuestros instantes juntos porque son míos y me los merezco por lo mucho que lo quiero. Sé que debo seguir adelante, y es lo que hago. Doy pasos hacia un futuro donde deje de doler el haberlo perdido.

Me he volcado en el trabajo y mi tía, que ha decidido vender su piso y trasladarse conmigo hasta que encuentren, ella y la madre de Christian, un lugar perfecto donde vivir.

Tener a Asunta en mi casa me recuerda a su hijo, pero también me gusta. La quiero mucho y me gusta tener compañía.

Maddie sigue en la casa y no parece tener ganas de irse.

Y yo encantada, aunque sabiendo que cuando me vean fuerte se irán y yo añoraré estos días donde la soledad de mi piso no me devolvía el eco de mis pasos.

He dejado las redes sociales. No me apetecía contar nada en ellas. Ni mucho menos poner una falsa realidad de lo que es ahora mi vida.

Por supuesto, muchos se alegraron de que las haya dejado y piensan que esto es porque he fracasado. Y no es así. Asunta me ha pasado contactos desde entonces y he viajado para ayudar a la gente. De hecho, tengo una nueva web, se llama El Hada Madrina y la gente me escribe para que pueda transformarlas por un día en cenicientas.

Me encanta.

Sigo odiando el avión, y por eso me traslado en tren hasta donde puedo. Hasta que supere mi miedo a volar.

Ahora mismo estoy muy lejos de casa para un encargo muy especial. Me lo encontró Asunta. Me dijo que había una boda y que le había escrito la abuela de la joven, que quería que yo la vistiera, para que su nieta luciera

preciosa. Nuestra conversación fue un poco rara. Hablaba mucho de los secretos de este lugar. Y del destino. Por eso pienso tomarme unos días para recorrer los alrededores y ver si encuentro eso que tanto impresionó a Asunta.

Es una pequeña ciudad muy acogedora que me gusta en cuanto bajo del tren y respiro el frío aire helado. Estamos rodeados de montañas nevadas.

Voy hacia el hotel y nada más entrar me sirven un chocolate caliente. Lo degusto, lo disfruto y creo que hasta gimo. Sí, pienso al abrir los ojos y ver la cara de los que me han escuchado. Me río.

—Delicioso, y más con este frío —les digo sin sentirme culpable por sentir.

Me instalo y voy a buscar a mis clientas. Enseguida me caen bien y doy lo mejor de mí para ayudar a tener una vida perfecta.

Salgo cansada hacia el hotel. Tanto que no veo a un muchacho que viene hacia mí hasta que me choco con él.

—Lo siento... —Lo miro a los ojos y noto como si en vez de treinta años tuviera dieciséis otra vez—. Chris...

—Perdona, no te conozco... —me dice con una sonrisa.

No puedo respirar. Es como mi Chris. Desgarbado, guapo, inocente, tímido... Es mi Chris... con algunos años menos, eso sí.

—Chris.

—¿Nos conocemos? —me pregunta inocente.

—No... Es solo que me recuerdas a alguien a quien quiero mucho. A Christian el cantante. —Por su cara pasa puro terror.

Se aleja de mí como si quemara. Lo sigo porque todo esto es muy raro.

—¡Espera! ¿Lo conoces? —No me dice nada. Corre aterrado.

—Déjame, no lo conozco de nada. —Miente. Lo sé.

Mientras corro hacia él me doy cuenta de que le he llamado Chris y no me dijo que no se llamara así. Tiene que tener sobre los doce años...

No puede ser. Mi mente trae la conversación de la madre de Christian cuando le dije que me había salido este trabajo:

—Está muy lejos.

—Es un lugar precioso.

—¿Has estado?

—Sí, y oculta secretos que deben ser revelados para todo el mundo.

—Entonces le haré fotos para enseñarlas.

—Hazlas y fíjate en todos los detalles. El destino ha querido que acabes en ese lugar. —Sonrió y pensaba que solo hablaba del lugar, ahora entiendo que hablaba de una persona.

Porque no tengo dudas de que este chico que es igual a mi Chris es su hijo.

—¡Es tu padre! —Se gira y me mira blanco como la cal—. Soy amiga de su madre. Ella sabía que vendría. —Me acerco a él poco a poco temiendo que salga corriendo—. Tú eres su secreto. Tú eres la razón por la que no volvió a buscarme.

Me mira como si me viera por primera vez y por sus ojos verdes noto que me conoce.

—¿Lisa? —asiento.

—¿Te ha hablado de mí? —asiente y sonrío.

—Eres la Lisa del viejo —dice relajado.

—No soy la nada de tu padre. Es tu padre, ¿verdad?

—Sí. Y sí, es por mí por lo que no fue a buscarte.

Su madurez me extrañaría de no haber conocido a Delia. Ella me enseñó a dejar de ver a los niños como si por ser pequeños fueran menos listos. O menos conscientes de las cosas que los rodean.

—Mi casa está cerca. ¿Quieres venir?

—Me encantaría. Odio correr —sonrío. Es como su padre. Es igual.

Lo miro sintiéndome esa adolescente que quiso a padre de esa forma tan inocente.

Entramos en su casa. Una casita de dos plantas acogedora y preciosa... a la par que desordenada.

—Lo siento, he estado estudiando y no he podido recogerlo mejor.

—¿Y tu madre?

—No creo que tarde en regresar. —Por su mirada pasa algo que no me gusta. Está inquieto.

Le ayudo a recoger, aunque me dice que no hace falta. Vamos a la cocina y cuando abre el frigorífico no veo nada, no hay nada de comer.

—Mi madre tiene que comprar...

—En mi hotel hacen un chocolate delicioso. —Le cruje la tripa como el

que tiene mucha hambre—. Si quieres vamos a tomar uno.

—Me gustaría, pero si vamos a hablar de mi padre prefiero que sea aquí.

—¿Me esperas aquí?

—Claro.

Me marchó y no tardo en regresar con chocolate caliente, dulces para comer y bocadillos.

—Tengo mucha hambre —le digo—. Y si me quieres acompañar...

—Bueno, por no dejarte sola.

El pequeño come conmigo. Y noto cómo se va relajando.

—¿Qué sabes de mí? —le pregunto.

—Mucho, tanto como tú de mí no sabes. Sé que mi padre no te ha contado que es por mí por lo que no pudo volver.

—Y por tu madre, supongo.

—¿Por mi madre? Se atraían, luego se soportaron por mí y al final se separaron, solo son y serán amigos. Entre mi padre y yo no hay secretos. Somos amigos.

—Lo entiendo. Es como su madre lo ha criado y como le hubiera gustado que fuera su padre con él.

—Sí, él no quería que yo me criara sin padre.

—Lo entiendo, es normal. Yo solo era la chica que le gustaba...

—La mujer que quería. —Se levanta y al poco regresa con una foto mía y de Christian—. Él me contó vuestra historia, me dijo que tal vez yo podría encontrar un amor como el vuestro.

—Tu padre es un ñoño romántico —le digo con lágrimas en los ojos acariciando la instantánea—. Ya no me quiere.

—¿Eso crees? —me dice con la boca llena de dulces—. Deberías buscarlo...

—Me dejó ir.

—Y tú a él hace años. Estáis en paz.

—Yo sé por qué te dejó ir. Pero tú no. Me dijo que eras curiosa y cotilla.

—¿En serio te dijo eso de mí? —se ríe.

—Sí, y alocada, sincera e intensa.

—Sí, pero yo no sé nada de ti y me gustaría conocerte.

—Soy como él en muchos sentidos. —Mira tras de mí. Sigo su mirada y

veo una guitarra.

—Espero que no acabes como él.

—No me dejaría. De los errores se aprende y no solo la persona que los padece, también los que los rodean.

—Es cierto —sonríe—. Me gustaría oírte tocar.

Asiente y tras limpiarse las manos me dice que lo siga. Lo hago y vamos a su sala de música, tiene de todo, hasta un estudio de grabación.

—¿Tu padre pasa aquí mucho tiempo contigo? —Niega con la cabeza.

—No, nos vemos en otros lugares que nadie sabe. Pero de niño sí teníamos un cuarto parecido y tocábamos juntos. Ahora me pasa lo que escribe para que lo toque o le haga coros con la guitarra. Hacía años que no me pasaba nada. Hasta ahora.

Da al *play* de su tableta cuando se ha colocado la guitarra. Escucho la melodía de piano que Christian compuso para mí, ahora con los acordes de guitarra de su hijo.

Al acabar, las lágrimas han mojado mi cara. Me las seco.

—Formáis un gran equipo juntos.

—Gracias, y sí, tiene letra. No te la quiso decir —me dice con una sonrisa.

—¿Quieres que lo busque? —asiente.

—Hay una razón por la que no te retuvo.

—¿También sabes que nos acostamos? —Se ríe—. Lo siento. Soy una mala influencia.

—Como si no supiera todo lo referente al sexo. Mi padre solo me dijo que te dejó ir. No dónde estabais.

—No sé tener tacto.

—No pasa nada.

Me quedo con él hasta que regresa su madre. Ambos se miran de una forma que no comprendo. Es una mujer de mi edad más o menos. Rubia y muy bonita. Se nota que quiere a su hijo y también que sabe de mí. Y cómo no, me anima a que busque a Christian.

Se me hace raro estar con la mujer que ha dado a Christian lo más grande de este mundo y no sentir celos. Al mirar a Chris, me alegro de que él exista pese a todo. Es un gran chico.

El viaje de vuelta se me hace raro. Ahora sé qué retuvo a Christian y que él sí quería volver a por mí. La pregunta es si voy a buscarlo o no para preguntarle por qué me dejó ir esta vez.

Capítulo 31

Christian

Hablo con Chris y me dice que ha estado con Lisa. Me cuenta la historia y cómo la mano de mi madre ha intercedido. Ella lo llama destino, yo sé que no se podía estar quieta. No me gusta que se meta en mis asuntos, y esto no cambia nada. No cambia que he visto lo poco que a Lisa le gusta todo esto y todo lo que tengo que hacer por un contrato.

No cambia que sé que ella sufriría por sentir que la oculto. Que no la quiero lo suficiente para no luchar por lo nuestro.

No quiero que estando a mi lado se apague su luz, por eso tuve que dejarla ir otra vez.

—Lisa te echa de menos. No paraba de hablar de ti y no se tomó mal saber de mí y de mamá.

—Ella es especial.

—Sí lo es y tú eres tonto.

—¿Quién es el adulto aquí? —le digo cansado.

—Ahora mismo yo. Tú eres un cabezón.

—Te recuerdo que nos parecemos mucho.

—Para mi suerte, mi padre ha cometido tantos errores que sé qué no debo hacer para cagarla.

Me río. Con Chris siempre ha sido así, soy más su mejor amigo que su padre. Aunque cuando he tenido que ponerme serio lo he hecho.

Nadie sabe que tengo un hijo. Vivíamos en un pueblo pequeño antes de firmar el contrato y cuando lo firmé usé el dinero que me dieron como adelanto para dar la entrada de la casa donde viven.

Estar lejos de mi hijo es de las cosas más duras que he hecho. Puede que con su madre no tuviera más que una amistad, pero vivíamos en el mismo pueblo y estaba siempre que quería con Chris.

Cuando tienes un hijo, las palabras «para siempre» adquieren sentido y sabes que lo amarás pase lo que pase.

Siempre le he contado todo, no me gusta tener secretos con él porque así él no los tiene conmigo. He sido para él el padre que yo siempre soñé que me gustaría tener. Que Lisa sepa que no regresé a su lado por mi hijo me relaja, pero eso no cambia lo que pienso.

No quiero que Lisa se apague como me está pasando a mí.

La quiero lo suficiente como para renunciar a ella hasta que todo esto pase, y luego espero que siga ahí, aunque si no lo hace lo aceptaré.

—Me ha dado su número, la pienso llamar siempre que quiera.

—Me parece bien.

—Le he dicho que vaya a buscarte y he tocado la canción que compusiste para ella.

—Gracias, Chris, por dejarme vivir mi vida con libertad —le digo con ironía.

—¿Crees que irá a buscarte?

—No, no lo hará.

—Pues seguiré insistiendo...

—Estoy lejos de ella porque todo esto lo odia. Ella lo dijo cuando se confesó y porque no le gusta mi lado cantante...

—Tu lado de cantante vendido.

—Ya sabes por qué hago esto.

—Y ya sabes que no me gusta. Eres mi padre y nadie lo puede saber. Tus razones no las entiendo porque pienso que de suceder lo que crees ya saldríamos juntos. Estás tomando el camino fácil y lo triste es que dices que lo haces por mí. Te tengo que dejar, mamá me llama para cenar.

Cuelgo y no trato de explicarme más. Tal vez un día cuando tenga un hijo me comprenda.

Lisa

—¿Y dices que es tan guapo como Christian? —me dice Delia nerviosa a mi lado esperando a Chris y a su madre.

—Es más guapo que su padre. Mucho más.

Delia sonrío.

El baile de Delia es en dos días, aprovechando un puente que hay en el colegio, y Delia nos confesó que nadie le había pedido ir al baile la noche que

celebrábamos su octavo cumpleaños. Mi tía y Asunta enseguida lo prepararon todo como buenas liantas que son y hablaron con Chris, quien aceptó encantado venir con su madre y así estar unos días con su abuela y ver su nuevo hogar. Sí, ya se han ido de mi piso. Ahora solo estamos Maddie y yo.

A mí me encantó volver a ver a Chris.

Hace solo quince días que lo conocí y gracias a lo que su abuela me ha contado de él y lo que él mismo me cuenta en sus llamadas y mensajes sé muchas cosas suyas.

Tiene once años. Aunque aparente mucho más.

Siempre fue un niño solitario y enseguida notaron su afición por la música y el cine. Le encanta poner bandas sonoras a las películas como él se las imaginaría. Tiene unas bandas sonoras mejores que las originales. Es un genio.

Es más estudioso que Christian, aunque Christian al final acabó la carrera de música, fue ahí donde conoció a Amanda. Ella no terminó los estudios. Se quedó embarazada de Chris y luego nunca encontró un momento para retomarla.

Christian se puso a trabajar para criar a su hijo y el poco dinero que traía era para ellos tres. Cuando firmó el contrato de música estaban a punto de perder la casa por las deudas y, entre otras cosas, lo hizo fiándose de su mánager por su hijo. Para poder pagarle una buena academia de música y que tuviera un techo donde vivir sin que los bancos amenazaran con quitárselo.

Saber esto me ha hecho más entender a Christian y a quererlo más de lo que lo quiero. No ir tras él está siendo complicado y si no lo hago es porque no olvido que pese a todo no me contó él esta historia. No confiaba en mí.

Yo nunca hubiera delatado a su hijo.

Que pensara que sí me duele.

Chris baja del tren seguido de su madre y Delia aprieta mi mano con fuerza. Chris al vernos se acerca a nosotros. Lo abrazo dejándolo un poco cortado.

—Hola, chicos, esta es mi preciosa Delia.

—Encantado —dice Chris dando dos besos a la pequeña—. ¿Crees que haremos buena pareja en tu baile?

—Yo creo que sí —le responde esta.

Empezamos a andar hacia fuera.

—Os importa si me voy... Tengo cosas que hacer.

—Mamá —le dice Chris retando a Amanda.

—Solo será un momento. Enviadme la dirección en un *wasap*.

Asiento y me voy con los dos niños al coche. Nada más entrar Delia y Chris empiezan a hablar de sus cosas. No les gusta lo mismo, pero entienden que su visión del mundo es especial.

Verlos juntos hace que me acuerde de mí y de Christian. No éramos tan pequeños, pero si teníamos esa ilusión.

Vamos a la casa de Britt, donde está Lilliam. Al llegar están todos aquí, como cotillas que son, deseando conocer a Chris.

Lo acogen como uno más de la familia y me duele que Christian no esté para ver cómo sus amigos quieren a su hijo. Nadie dirá nada de quién es hijo. Y que mientras su hijo está aquí sonriente él esté de *Playboy* por la vida sin ataduras me parece muy triste.



El día del baile me toca hacer de carabina porque Lilliam se ha pasado la tarde mala por su embarazo y no podía venir con el resto de padres, a los que les ha tocado la tarea de ser unos muermos y joder a sus hijos la fiesta con sus caras de reprobación ante todo lo que hacen. Qué aburridos son. Si hasta la música es sosa.

Delia y Chris son la pareja más bonita. Les he hecho cientos de fotos. No las subiré, pero de hacerlo diría:

Esta es la vida. #ilusión #felicidad #¿primeramor?

Me quedo absorta mirándolos echando de menos eso. Cuando se es niño te sientes con el poder de conseguir todo lo que quieras. Ves tan lejana tu edad adulta que en tu cabeza ves todos esos años como una meta hasta el triunfo. Luego la realidad es otra y mucha gente en vez de aceptarla viven amargados y fastidiando al resto. Como muchos de los padres aquí, que parecen que llevan un palo por el culo. Sobre todo ellas, aunque a algunas las entiendo, hay un par de padres babosos que no dejan de comerse con la mirada el escote de dos profesoras y el mío, que mis teticas son de buen ver con este vestido.

—Me han dicho que nadie te ha pedido bailar el próximo baile. —Me

tenso.

No puede ser...

Noto la mano de Christian en mi cintura y no me puedo creer que esté de verdad aquí.

—¿Qué haces aquí?

—He vuelto a por ti.

Tiemblo y noto cómo las piernas me fallan. Era lo que llevo años esperando escuchar.

Noto cómo una lágrima mía cae en su camisa azul.

—Odio quien eres ahora... Tu mundo...

—Lo sé, por eso he tardado en volver.

—¿Y por qué has vuelto? —Se acerca a mi oído.

—Porque se me olvidó decirte que no volví porque me convertí en padre, pero que nunca he dejado de quererte. —Me gira y, aunque va disfrazado, sus ojos verdes muestran la verdad—. Te quiero, Lisa, y no te retuve porque para bien o para mal te conozco.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Porque quiero que seas feliz, que encuentres el amor, sabiendo que eres maravillosa.

—Pero sin ti.

—Yo no soy solo yo, si tú quisieras yo lo sería todo para ti...

—Pero entre las sombras.

—Por eso nunca te pediré que me sigas, pero siempre desearé que vengas a buscarme. Al menos en mis sueños siempre serás el hada madrina que me concede el deseo de amarte para siempre.

Por cómo lo dice sé que es parte de la letra de la canción que compuso para mí.

Tira de mí hacia la pista de baile. La gente solo me verá bailar con un chico alto y moreno con barba. Yo no puedo dejar de admirar a mi Chris, ese que me enseñó lo que era amar y que hoy me dice adiós.

Me pierdo en sus ojos verdes. En lo que me hace sentir y, aunque intento no pensar que este es nuestro final, no puedo hacerlo.

—Sé que hay más razones....

—Chris te las va a contar todas.

—Pídeme que me vaya contigo. Lo haré.

—Lo sé. Pero al igual que tú no lo hiciste cuando entendiste que tenía que irme tras mi madre, yo ahora tampoco te lo pediré.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Coge mi cara entre sus manos y me besa delante de todos. Si él no fuera un cantante famoso con un mal contrato, esta sería nuestra vida. Pero no lo es y cuando rubricó esa firma sin saberlo a mí también me estaba condenado con ese sueño maldito.

Lo veo alejarse para volver a su vida y hasta el último instante espero que se gire y me diga que lo siga, porque sé que lo haría, aunque por el camino me perdiera a mí misma, y es por eso mismo por lo que me deja aquí. Porque Christian me quiere tal como soy no quiere que nada ni nadie me cambie.

Capítulo 32

Lisa

Chris no me quiere contar lo que retiene a su padre a ese contrato hasta que llegan todos mis amigos para la fiesta de despedida de Chris y su madre... Bueno, de su madre no sabemos nada desde que los recogí. No vino a dormir y su hijo me dijo que tenía un ligue. No estaba muy feliz y lo creí.

Cuando estamos todos me tiende un *pendrive* y a un lado aparte de todos mientras meriendan me cuenta la verdad.

—Esta es tu canción y la razón por la que mi padre sigue con ese contrato, es porque su *mánager* amenazó con destruir su carrera y la mía. Sabe que me quiero dedicar a las bandas sonoras del cine y que he mandado maquetas a varias de las películas que sé que van a rodar de libros que he leído y ha jurado arruinar mi carrera si mi padre lo deja tirado.

—¡Pero será cabrón ese desgraciado malnacido de mierda tocapelotas de los cojones!

Cuando termino, el silencio reina en la sala. Lilliam, Britt y Abby están tapando las orejas a los pequeños, por la risa de Dylan lo ha escuchado todo. Se me han olvidado los niños. Soy una tía horrible.

—Cabrón —dice Dylan.

—Lo siento —le digo a Britt.

—Tranquila —me dice Leo—, ha visto a su madre ver los partidos de su padre en casa y te puedo asegurar que mi hermana insulta así a quien hace falta a Donovan.

—Eso es cierto —dice Britt—. No te preocupes. ¿Y qué te ha dicho para que te pongas así?

—No podéis saberlo —dice Chris—. Solo quería decírselo ahora para que no saliera corriendo a por el *mánager* de mi padre.

—Se merece que lo coja de sus hu... canicas y haga tortilla con ellos.

—Como sea, sé sensata —me pide Killiam—. Tiene mucho poder.

—Lo sé.

Y puede ir a por Chris. Esto ya no es contra Christian.

Estoy ya durmiendo en mi cama cuando alguien toca a mi puerta. Le digo que pase y entra un Chris preocupado. Normal, su madre sigue con quién sabe quién sin dar señales de vida.

—¿Qué pasa?

—Es mi madre... ¿Te puedo contar algo?

—Claro. —Le palmeo la cama para que se siente a mi lado.

—Mi madre no está con un hombre... Mi madre tiene problemas con el juego y seguramente esté en un bingo o un casino perdiendo la noción del tiempo.

Agrando los ojos.

—¿Christian lo sabe?

—Piensa que se ha curado y no se lo he dicho porque tengo miedo. Miedo de que mi madre acepte curarse y yo me quede solo quién sabe con quién, ya que no me puedo quedar ni con mi padre ni con mi abuela por si nos descubren.

Entiendo a este niño. Tiene miedo de que le quiten a su madre y tener que vivir con un desconocido. Me visto y le digo de ir a buscar a su madre.

No la encontramos en los mejores lugares de juego de la ciudad. Cuando me toca ir a buscarla a los de peor categoría me da miedo y dejo a Chris con su abuela, claro que mi tía se mete conmigo en el coche con pijama y zapatillas rosas de estar por casa. Decirle que no hubiera sido imposible y soy valiente, pero no inconsciente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Asunta me lo contó ayer al ver que Amanda no estaba. Me dijo que temía que hubiera recaído. De hecho, se quiere ir con su nieto a ver cómo van. Tras esto creo que no va a querer separarse del pequeño.

—¿Y si la gente sabe que es su abuela? ¿Sabes lo de su mánager?

—Sí, sé lo mismo que tú porque Chris le ha dicho a su abuela que lo sabes.

—No podemos dejar que nos manipulen. Tenemos que decir basta. Si dejamos que gane, no solo Christian y su hijo están perdiendo.

—Lo sé, pero es Christian quien debe dejarse caer y correr el riesgo. El problema es que está en juego su hijo y lo quiere más que a nada.

—Es complicado.

—Mucho.

Llegamos y entro a buscar a Amanda. Me piden el carnet y me dejan pasar tras pagar una señal y me advierten que como debe dinero no salgo de allí hasta pagar.

No tardo en ver a Amanda con cara de sueño. Demacrada y pegada a una máquina tragaperras. Al verme no me reconoce enseguida y cuando lo hace se cae de rodillas llorando.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Tres días.

—¿Y mi hijo?

—Está bien, pero tú no. Tú tienes un problema. Uno muy gordo.

—No quiero que me quiten a mi hijo... Soy lo único que tiene.

—Ya no, ahora me tiene a mí también.

Me abraza con fuerza y lo hace hasta que se cae desmayada. Llamo a mi tía para que me ayude con ella y tras pagar su cuantiosa deuda tras todos estos días nos marchamos de aquí.

Chris y su madre no regresan a casa. No puedo dejarlos ir así. No puedo desentenderme de ellos y por el alivio que veo en la cara del pequeño sé que es lo que esperaba cuando me pidió ayuda. Como si hubiera deseado que yo me hiciera cargo de todo junto con mis amigos.



Pasan dos semanas más hasta que no puedo más y sé que he tomado una decisión.

—Voy a ir a por tu padre. A luchar por él como no hice hace años. Siempre he luchado por ranas. Ahora voy a luchar porque yo también tenga mi final feliz.

—Me voy contigo. Está de concierto a tres horas de aquí.

—Te pueden relacionar con él...

—No si me maquillas.

—No me puedo creer que te vaya a decir que sí.

Asiente feliz y lo preparamos todo. Maddie también se apunta y acabamos los tres en mi coche rumbo al concierto de Christian. Y por primera vez pongo la canción que Christian me dedicó y me pasé al móvil sin

escuchar. No tenía fuerzas.

«Lucha por tu propio cuento, mi hada madrina, y conviértete en la princesa que siempre soñaste. Porque los sueños solo se cumplen si luchas por ellos, mi dulce niña. Porque bajo ese corazón lleno de cientos de ellos se encuentra uno muy grande que está listo para ser la dueña de su propia vida y dejar de ser la espectadora de la vida de otros.

Lucha por ti.

Lucha por este pobre tonto, que si hoy te promete las sombras, mañana te entregará el paraíso».

—Él esperaba que lo buscara —les digo entre lágrimas de felicidad.

—Sí —me responde su hijo—. Pero hay decisiones que solo uno mismo puede tomar.

—Joder, este niño es mucho más maduro que nosotras dos juntas —dice Maddie—. Me veo en unos años recibiendo consejos de mi propia hija.

—Seguro —le digo entre risas, feliz como no recuerdo haberlo sido en mucho tiempo.

Christian, allá voy.

Capítulo 33

Christian

Llego al hotel muy casando. Tanto que me cuesta ver que hay alguien esperándome hasta que me silban. Me giro y veo a Lisa venir hacia mí. Me creo que es un espejismo por lo mucho que deseo que esté aquí, que pese a todo quiera dar una oportunidad a lo nuestro.

—Hola —me dice a un metro de altura.

—Hola —le respondo casi sin voz.

—¿Me invitas a tu cuarto? Tenemos que hablar.

Entramos a mi cuarto y nada más cerrar la puerta me abraza con fuerza. Hago lo mismo cuando me repongo.

—Te he echado mucho de menos —le digo—. No solo estos meses, siempre.

—Yo a ti también. —Se alza y me mira con firmeza—. He venido a luchar por ti y a que luches contra tu mánager.

—Lisa...

—Sé todo, y tanto yo como Chris queremos que luches, pero por nosotros. Y juntos veremos qué pasa. Te apoyamos, Christian, y no queremos que sigas aquí infeliz. Tenemos que luchar juntos. Y ser más fuertes que él.

—No voy a arriesgar a mi hijo...

—Él prefiere a un padre que sus hipotéticos sueños. Te quiere a ti y yo también.

—¿Has venido a decirme esto?

—Sí, y que te quiero y que voy a luchar por ti y lo hago diciéndote esto y te lo diré cada día hasta que lo denuncies públicamente.

—No sé si salgo ganando con esto... —Bromeo, me abraza por la cintura.

—Soy así, lo sabes, y me voy a quedar en las sombras, pero dando mucho el follón. ¿Me aceptas? No sé ser de otra manera.

—No quiero que seas de otra forma. Te quiero tal como eres.

—Y yo a ti, porque sé cómo eres, por eso sé que lo que deseas es romper estas cadenas. Pero hasta que lo hagas —tira de mi camiseta—, quien te viste ahora no tiene buen gusto. No como yo, y sin ropa estás mejor.

—Vale, en mi próximo concierto iré desnudo —se ríe y se alza para besarme.

La beso como he soñado hacerlo desde que la dejé. Desde que callé lo mucho que la quería.

Estos días han sido un infierno sin ella. No estar a su lado ha sido una pesadilla. Mi vida no es la misma desde que ella irrumpió de nuevo en ella.

Tiro de su ropa y poco a poco nos quedamos desnudos sin nada que nos separe. Tal vez es mi deseo de sentirla o mi inconsciencia lo que hace que me adentre en ella sin nada. O porque, aunque no lo reconozca, he tomado una decisión.

Noto cómo me abraza su interior. Cómo me oprime.

Entro y salgo de ella lentamente disfrutando del placer de sentirla de nuevo entre mis brazos.

Me pierdo en este mar de sensaciones hasta que no puedo más y llevo mi mano a su clítoris para acariciárselo y que me siga en este orgasmo que me atraviesa hasta hacer que me derrame en su interior.

Apoyo mi frente en la suya.

Acaricia mi mejilla y sin que me diga nada siento cómo me dice lo mucho que me quiere. Espero que sepa leer en mis ojos lo mismo, porque cada vez que la veo no puedo evitar pensar en lo mucho que la quiero hoy, mañana y siempre.

Lisa

Christian nos ha dado unos pases de prensa y Chris lo está mirando todo ilusionado. Es la primera vez que está en un concierto de su padre y está alucinado con todo. Maddie se ha quedado en el hotel, no se encontraba muy bien.

Estoy buscando cobertura en el estadio de fútbol cuando veo al odioso mánager hablando con alguien que no tiene muy buena pinta. Me escondo cuando veo que el odioso mánager mira a ver si alguien los ve y, al comprobar que están solos, o eso se creen, le da un sobre naranja. Lo abre y

veo en este mucho dinero.

—Espero pronto otro como este —le dice el mánager antes de despedirse.

Me quedo donde estoy sabiendo que pasará por mí y dispuesta a jugármela. Total, de no ser cierto no pierdo nada.

—Trapicheando con dinero negro..., que dirían las autoridades de saberlo. —Juego con mi móvil como si lo tuviera todo grabado.

—No eres más que una zorra.

—Una zorra con pruebas.

—No tienes nada. Solo me ha dado un sobre con dinero que puede ser de cualquier cosa.

—¿Llamo a la policía y les dices de dónde ha salido y si está declarado y esas cosas?

Lo miro triunfadora hasta que se cierne sobre mí y tras coger un hierro me golpea con él en la cabeza.

—Nadie se mete en mi camino. Nadie...

Noto cómo pierdo la consciencia al caer al suelo y golpearme con este y cómo mientras todo mi alrededor se torna negro pienso en que una vez más me he arriesgado sin medir los peligros ni las consecuencias que una simple acción puede acarrear y tal vez ya sea tarde para que aprenda esta lección.

Capítulo 34

Christian

El concierto acaba y miro a todos lados buscando a Lisa y a Chris. No los he visto desde hace horas y Lisa se deja ver. Eso me inquieta. Ya en mi camerino llamo a Maddie cuando los móviles de los dos me salen sin cobertura.

—Hola, Christian, ¿va todo bien?

—No lo sé, si Lisa y Chris están ahí, sí.

—No, no han vuelto al hotel. ¿No están en el concierto?

—No.

—Tal vez hayan decidido no ir o verlo desde las gradas. Con Lisa nunca se sabe.

—Es cierto. Avísame si los ves.

Tocan a mi puerta y cuelgo. Me doy una ducha y me voy a la fiesta privada de hoy sin ganas y muy preocupado. Maddie no sabe nada de ellos y eso hace que me marche antes de que acabe.

—¿Se puede saber adónde vas? —me dice mi mánager entre dientes.

—Eso es algo que no te importa.

—Claro que me importa. —Aparto su mano de mí sabiendo que mucha gente ha visto mi cara de asco. Me da igual.

—Si sabes lo que te conviene no te irás...

Lo ignoro. Y llego al hotel de Maddie, que me espera muy preocupada. No sabemos nada de ninguno de los dos.

Ahora mismo me siento morir, y mientras recorro el estadio donde ha sido el concierto en busca de cualquier cosa, no dejo de mirar el móvil con la esperanza de que Maddie me diga que han regresado.

El amanecer llega sin noticias y mi mánager me avisa de que hay una rueda de prensa donde espera que diga la buena alianza que tenemos. Al parecer alguien grabó mi desplante y, como pasa con estas cosas, ha rodado rápido por la red.

Voy a esa rueda de prensa, pero teniendo muy claro qué voy a decir.

Al llegar, mi mánager me mira dejando claro que como no haga lo que me dice me destruirá. Sonrío y me siento tras las cámaras. Alguien murmura que llevo la misma ropa que en el vídeo y que parezco cansado. Me fijo en que ya están grabando a la espera de que dé comienzo y me salto los protocolos.

—Sí, es la misma ropa que anoche. —La chica me mira algo cortada porque la haya escuchado—. Llevo toda la noche buscando a dos de las tres personas más importantes de mi vida. Mi hijo de once años y mi novia.

La sala se queda en silencio, mi mánager se pone morado de rabia.

—¿No dijiste en tu libro que odiabas la responsabilidad de un niño?

—Esos diarios eran falsos. Solo dije lo que se me obligaba decir por contrato. —Mi mánager trata de cortar esto, pero no puede—. Hace años firmé un contrato ilusionado creyendo que podría cantar mis propias canciones. Componer mi música. Pero todo era mentira. Ese hombre —lo señalo— se aprovechó de mi ilusión para jugármela y desde entonces me viene amenazando y presionado para que haga lo que quiere si no quiero que arruine mi carrera y la de mi hijo. Ya me da igual, lo más importante de mi vida son las personas que quiero. Y me gusta la música, pero mi música, y no una donde me obligan a ser alguien que no me reconozco; y ahora necesito vuestra ayuda. —Saco el móvil y busco una foto de Lisa y Chris que me mandó la noche del baile de Delia—. Estos son Lisa y Chris, mi hijo. Están desaparecidos desde anoche. Por favor, si alguien los encuentra que se lo digan a la policía o a mí, no puedo ofrecer recompensa porque por contrato ya lo he perdido todo. Pero os estaré eternamente agradecidos. Por favor.

Noto los flashes, la cámara enfocándome. La gente está callada por el escándalo que acabo de destapar. No sabe si será verdad o no, de mi mánager no sé nada, seguro que está moviendo hilos para arruinar mi carrera.

Me da igual, solo quiero encontrar a Lisa y a Chris.

Capítulo 35

Christian

Han pasado cinco días y no sé nada. No hemos dejado de buscar, pero es como si se los hubiera tragado la tierra. Amanda está desesperada y eso no es bueno para su tratamiento, del que no sabía nada. Nadie me había dicho que había vuelto a recaer. Pero ya da igual, cuando aparezcan Chris y Lisa me haré cargo de todo.

Como ya esperaba, mi mánager me puso una demanda por calumnias y en las redes hay gente que me cree y muchos que no, y como el resto de cantantes que tienen contrato hablan por miedo en favor de mi mánager estoy solo ante esto.

—Christian —me dice mi madre al llegar a la habitación del hotel donde está con su novia y Amanda—. ¿Has sabido algo?

—Nada. Pero los encontraremos.

Amanda se echa a llorar. La abrazo porque ella entiende mi dolor mejor que nadie. Los dos queremos a ese chico como a nadie y, aunque no la ame, siempre será la mujer que dio vida a mi hijo, y solo por eso la respeto y la quiero cerca de mí.

Mi madre le da un calmante y viene hacia mí.

—Los vamos a encontrar —me dice con una seguridad que cada hora se va perdiendo.

—No voy a dejar de buscarlos, nunca.

Asiente y se marcha a su cuarto. Me quedo solo en todo el tiempo que he perdido. Si al final he mandado el contrato a la mierda bien podría haberlo hecho antes y no haber perdido tanto tiempo, y tal vez esto no hubiera pasado.

Me he perdido tantas cosas de mi hijo...

Tenía tanto por hacer con Lisa.

No puede ser este el final.

Me niego a aceptarlo.

Porque de ser así dudo que pueda seguir viviendo sin ellos.

Capítulo 36

Lisa

—¡Está despertando! No sé para qué digo nada, no me entiende. —Chris habla con no sé quién. Lo miro y lo veo borroso.

Tengo mucha sed. De repente, alguien pone ante mí un plato y me da de beber sin mucho tacto. Bebo sedienta. Está muy malo esto, pero sigo bebiendo.

Pierdo una vez más el conocimiento.

—¡No me dejes, Lisa! ¡Por favor, aguanta! —La desesperación en la voz de Chris me hace coger fuerzas para no dejarme vencer por el cansancio—. Lisa, estoy muy preocupado.

En sus ojos, que ya enfoco, veo que está aterrado.

—Estoy bien. Descanso un poco... y vuelvo... Cinco minutos.

No me puedo mantener despierta y me dejo llevar por el cansancio.



Cuando despierto de nuevo, veo a Chris durmiendo apoyado en mi cama cogiendo mi mano con fuerza. Acaricio su pelo enmarañado. Abre los ojos y me mira y llora de felicidad al ver que estoy bien.

Me abraza, y me duele la cabeza y lo recuerdo todo al tocarme.

—¡Me golpeó!

—Y más que esto. Te metió en un maletero del coche y te enterró en medio de ninguna parte medio muerta para que murieras...

Tiemblo de miedo. Una mujer mayor junto a un hombre aparece y me da un cuenco. Me dice que me lo beba con señas. Le doy las gracias.

—No te entienden. Llevamos aquí seis días y no sé cómo comunicarme con ellos.

—¡Seis días! —asiente—. Tu padre debe estar muerto de preocupación.

Trato de salir de la cama. No tengo fuerzas. Me frustró al ver que el cansancio me golpea de nuevo.

—Tenemos que salir de aquí —me dice Chris antes de que me duerma

de nuevo.

Por suerte, solo pasan unas horas cuando despierto de nuevo mucho mejor. Trato de comunicarme con estos señores que me han cuidado tan bien y que gracias a ellos estoy viva.

No solo no me entienden, es que tampoco hacen por entenderme.

—Tienen un carro, pero no sé dónde estamos. He ido a pasear cerca y no lo sé... No he podido pedir ayuda.

Chris está muy angustiado. Veo libros y decido buscar en ellos algo con lo que poder comunicarme. En uno de ellos veo cosas médicas. Su idioma me es desconocido. Se lo señalo y luego mi cabeza. El hombre asiente y se va a la cocina.

Regreso a mi catre. La cabaña es sencilla y se nota que su vida es con lo que sacan de la tierra. Chris me cuenta que tienen un huerto y animales. Y luego, cuando nos quedamos a solas durmiendo, me dice cómo me siguió.

—Estaba comprando un disco de mi padre para hacerle un regalo y regresaba para que me lo firmara como si fuera un fan suyo. Fue ahí cuando vi a su mánager metiendo algo en el maletero. Lo estaba mirando con odio cuando te vi. No tuve tiempo de avisar a nadie. Corrí hacia él y pasé por las bicicletas que había de algunos trabajadores y me monté en una de ellas para seguirlo. No fue muy lejos, y no me vio a saber por qué. Cuando paró el coche, fui hacia él y no pude abrir el coche. Lo vi regresar y me quedé esperando qué hacer y grabando todo con mi móvil. Sabía que no podía enfrentarme a él y que si me hería tú podrías acabar peor. Por eso aguanté a que se fuera y te dejara allí medio enterrada para sacarte y comprobar que estabas viva. Empecé a gritar y ellos —señala a la cocina—, nos encontraron y te cuidaron. No estamos lejos, Lisa, pero no sé regresar y no quería dejarte sola. Pero la bici está cerca, puedo intentar salir y buscar ayuda. Estaba tan pendiente de no perder el coche de vista que no me fijé en el camino que tomábamos. Y luego ellos nos trajeron bosque adentro y ya he perdido la noción de todo.

—Has hecho bien, Chris, y vamos a encontrar la forma de salir de aquí. Te lo prometo.

Lo abrazo, tiembla entre mis brazos, es solo un niño y se ha enfrentado a un delincuente que ha tratado de matarme y a unos extraños a los que no

entiende, y todo por mí.

Yo también estoy aterrada, pero me hago la fuerte por él.

Está amaneciendo cuando nos despiertan y nos hacen señas para que salgamos. Al salir vemos el carro preparado. Nos montamos en él, esperando regresar a la civilización cuanto antes.

Y eso hacemos. Pasamos por una cafetería y, aunque el hombre no quiere parar, yo me bajo del carro y Chris me sigue. Lo detiene. Me giro y les doy un abrazo y las gracias por cuidarnos, aunque no me entiendan.

—Estás loca —me dice con una sonrisa más relajado.

Entramos a la cafetería y la gente nos mira. Normal, tenemos unas pintas horribles. Me acerco a la barra y antes de que lo pida pone un móvil ante mí.

—Eh...

—Christian os está buscando —me dice la camarera.

—¿Mi..., es decir, el cantante?

—Tu padre os está buscando —informa a Chris, y este se emociona y no sé si porque esta pesadilla haya acabado o porque al fin no tenga que ocultar quién es su padre.

Nos dan de comer y nos atienden. He llamado a la policía y pedido un cargador para el móvil de Chris. Nos han informado de todo mientras esperamos. Estoy a punto de romperme. De dejarme llevar por el cansancio. No lo hago por Chris, que no deja de mirarme preocupado y por Christian, porque quiero verlo.

La policía llega y pongo la denuncia. Antes de entregar el vídeo lo he subido a las redes para que la gente juzgue por sí misma. Hasta ahora pocos han creído a Christian, a ver ahora qué tiene que decir toda esa gente que le ha juzgado sin más solo porque les gusta destruir a una estrella de la música.

La puerta se abre y espero que sea otro curioso del pueblo más a mirarnos como si fuéramos monos de feria. Tal vez por eso cuando Christian nos abraza en un abrazo a los dos no me lo esperaba.

Lo hace tan fuerte como intensos son sus temblores. Lo miro a los ojos. Está llorando de felicidad, también por el miedo que ha pasado.

Me alzo y lo beso y antes de que pueda decirle «te quiero» me desmayo entre sus brazos. El grito de Chris y su padre es lo último que escucho.

Capítulo 37

Christian

Lisa abre los ojos y por fin respiro aliviado. Los médicos han asegurado que todo estaba bien. Que la herida no era grave y que había tenido mucha suerte.

Por supuesto, al fin mi mánager está donde debe estar, en la cárcel, y ahora sí, ahora sí han salido más cantantes contando la verdad y más pruebas que dejan claro como hizo su imperio. Dinero negro, blanqueo de capitales.... y muchas más cosas.

Han destapado la puerta de los truenos y todo al fin está saliendo a la luz. La gente hace las cosas pensando que es más listo que el resto, hasta que todo se tuerce y queda demostrado que, por muy listo que te creas, siempre se cometen fallos que sacarán la verdad a la luz.

—Hola —me dice con mejor cara—. El azul hospital no me sienta bien —dice cuando se percata dónde está.

—No estás tan mal. —Bromeo con ella acariciando su cara.

—No me engañas.

—Nunca.

Sonríe y me coge la mano con fuerza antes de seguir descansando.



Entramos a la que hasta ahora era la casa de Lisa y ahora es también mía y de Chris. Espero que a Lisa no le moleste que nos hayamos acoplado en su hogar los dos.

Lisa lo mira todo y sonríe.

—Esta casa nunca estuvo tan bonita —dice viendo nuestro piano y la guitarra y cosas que hemos traído nuestras.

Chris se va a quedar conmigo hasta que su madre esté recuperada del todo. Tenía una adicción muy grande. Hace meses que no trabajaba, el dinero que tenía era de lo que ganaba en el juego y el dinero que les pasaba se lo gastaba en jugar. Supo llevarlo hasta que se le fue de las manos.

Lo peor de ser adicto es creer que lo tienes controlar y no aceptar que ellas te controlan a ti.

Chris sale a recibir a Lisa y tras él nuestros amigos. Leo va con Maddie y ya le he contado a Lisa que ha decidido aparcarse su carrera por el momento y cuidar a su mujer y a su hijo cuando nazca, que desde que supo del embarazo de Maddie su carrera ya no le llenaba de igual forma. Por lo que sé quiere actuar, pero en el teatro de la ciudad de momento.

Maddie está encantada y, aunque ha insistido en que no lo dejara, en el fondo deseaba que se quedara a su lado a criar a su hija.

Lisa los mira emocionada a todos. No tardan en dejarnos solos y Chris se va a su cuarto tras abrazar a Lisa. Nosotros también nos vamos al nuestro.

—Antes de irnos a dormir quiero tocarte algo —le digo cogiendo mi guitarra.

Se sienta en la cama y espera que cante. Le toco y canto nuestra canción, la que le prometía un infinito amándola y, antes de acabar, saco del bolsillo del pantalón el mismo anillo que le di y que su tía me ha ayudado a encontrar entre las cosas de Lisa.

—¡Es mi anillo!

—Sí, y ya entonces te hice una pregunta que hoy te repito. ¿Te quieres casar conmigo aunque no sepa que será de mi futuro?

—Sí lo sabes, tu futuro será a mi lado. Acepto —me dice emocionada.

Se lo pongo y me besa feliz.

—Y tú que creías que no tendrías un final feliz —se ríe.

—En verdad siempre supe que lo tendría, por eso me equivoqué tanto. Vivir por lo que quieres es aceptar que te equivocas cientos de veces. Lo bonito de todo esto es levantarse con ganas de seguir luchando por tus sueños.

La beso sabiendo que tiene razón. Y que seguramente en esta relación nos equivocaremos cientos de veces, pero sé que, haga lo que haga, daré todo lo que tengo por encontrar el camino de vuelta a sus brazos y hallar la forma de que nunca deje de sonreír ni de creer en los finales felices. Esos que si no los buscas difícil es que consigas que lleguen.

Porque la vida es para los valientes como Lisa, para los que su mayor defecto es su sinceridad y su mayor virtud su gran corazón.

Epílogo

Lisa

Corro por el hospital hasta llegar a la sala de espera. Al llegar veo a mis amigos, entre ellos a Killiam, que no deja de moverse de un lado a otro esperando noticias de su hermana. Owen está con Delia y Lilliam en su casa, ya que hace una semana ella estaba dando a luz a un precioso niño rubio como su padre.

Maddie lleva una hora de parto, aunque desde ayer está ingresada con contracciones.

—Deberías estar en casa —me regaña Britt.

—Estoy perfectamente —le digo antes de abrazarla, algo difícil con mi pedazo de tripa.

Porque sí, estoy en estado y de mellizos. Al parecer el querido padre de Chris era mellizo de otro y, sorpresa, yo espero a un niño y una niña. Y tengo una tripa enorme y eso que no estoy de mucho. Me han mandado reposo... A mí reposo. Me tienen que atar.

Me siento a esperar y cuando Leo sale a buscarnos emocionado me da por llorar.

Killiam también está emocionado. Tardan en dejarnos pasar a ver a la niña y a la madre y aunque lo intentan no pueden evitar que entremos todos. Christian y Chris incluidos que acaban de llegar a por mí.

Maddie se ríe al vernos entrar a todos. Casi no entramos y eso que todo empezó en una universidad con dos amigas que no tenían nada que ver y que se juntaron pese a eso para convertirse en inseparables.

Mira a Britt acariciando a nuevo miembro de esta familia.

Christian me abraza por detrás y me da un ligero beso. Sé que piensa en cómo serán nuestros hijos, yo ahora pienso en dar gracias al destino porque pusiera a Britt en mi camino y haberme hecho encontrar mi sitio.

Estamos en un cuarto con un montón de familias que nos cuentan su historia con un solo final feliz. Estas historias son todas de punto y aparte,

porque cada día que pasa seguimos llenando en páginas vacías nuestra historia.



La puerta de la casa se abre y miramos expectantes a Christian. Nos ha reunido a su madre con su mujer, mi tía. A su ex-mujer, que ya está recuperada y vive cerca con Chris para que estamos todos unidos y a mí. Nuestros hijos estarían aquí, pero descansan en sus cunas. Solo tienen un mes y cada día que pasan están más bonitos.

No puedo dejar de mirarlos y juro que cada vez que lo hago se me llenan los ojos de lágrimas por lo mucho que los quiero.

—He ganado el juicio contra mi mánager, con lo que he recuperado mis derechos y todo lo que es mío.

—Era lógico, lo perdió contra mí y está en la cárcel acusado de intento de asesinato —le digo.

—Vale, era lógico. Pero quería que lo supierais.

—Umm, vale —le digo—. ¿Ya está? Esto ya lo esperaba...

—Eres una impaciente. —Le saco la lengua—. Me han hecho una oferta discográfica muy buena, donde tocaría mi propia música.

Sabía que este día llegaría, por eso sonrío falsamente.

—Enhorabuena, hijo —dice su madre.

—La he rechazado —dice Christian.

Mi sonrisa se acentúa.

—Enhorabuena —le digo yo ahora.

—¿Podrías disimular un poco? —Me pica.

—Lo he intentado, pero la idea de que te fueras de gira me inquietaba. Pero lo hubiera aceptado.

—Lo he rechazado porque soy feliz ahora, dando clases en el colegio de Owen y tocando y componiendo canciones para el musical de la ciudad donde está Leo. Estoy donde quiero estar y con quien quiero estar. La fama está sobrevalorada y no necesito un estadio lleno de gente para ser feliz. Esta es mi vida.

Lo abrazo feliz y hago una foto de este momento. No para nadie. Solo para nosotros, para nuestro álbum de recuerdos. Ese que solo ve quien yo quiero y que cuenta nuestra verdadera historia, no como la que contaba antes

que de tan natural que parecía no era consciente de la irrealidad que vivía.

Beso a Christian feliz, enamorada y sintiendo que al fin lo tengo todo y estoy donde quiero estar.

La vida está para luchar por lo que queremos, pero sin olvidar lo que tenemos. Porque solo si sabemos apreciar lo bueno que tenemos en ella sabremos mantenerlo cuando consigamos nuevas metas.

Porque no tiene más el que más tiene, como le ha pasado a Christian, sino el que menos necesita para ser feliz, y yo solo los necesito a ellos para ser feliz.

Al fin esta hada madrina ha encontrado su final feliz, ese que nadie ha contado en ningún cuento porque la gente se olvida de los secundarios, ignorando que sin ellos la vida no sería la misma.

Y lo he hecho siendo yo misma porque yo soy genial. Y punto.

#vivelavidasiendotú mismo #quenadietequieramásquetú
#túeresperfectoporserúnico.

Agradecimientos

A mi familia por estar siempre ahí, porque haga lo que haga me apoyáis en todo. Os quiero.

A mi querida Ediciones Kiwi, por entusiasmaros tanto con esta serie como yo. En especial a Tere, que ya más que editora es una amiga a la que me encanta tener en mi vida.

A mis queridas Merche y Clara, por estar siempre ahí y por nuestras charlas que dan «sabor» a mi vida.

A mis lectoras y toda la gente que se ha enamorado tanto como yo de esta serie. Gracias por estar ahí y hacerla posible con vuestro apoyo.